

Ramiro Sáenz

NOVIAZGO

Un Camino para dos



EL NOVIAZGO, UN CAMINO PARA DOS

“Todo el que oiga estas palabras y las ponga en práctica, se asemejará a un hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y dieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca.”
(Mt 7, 24-25)

INTRODUCCIÓN

Un profesor preguntó en clase: “¿Qué tiempo es yo amo, tu amas, el ama,...?”. Y uno de los alumnos le respondió: “Tiempo perdido”. Muchos están decepcionados hoy del amor, del amor limpio, puro, sincero, desinteresado. Mucho más de las posibilidades del amor en el matrimonio. Es verdad que todos podemos constatar hoy tantas rupturas matrimoniales. He escuchado las palabras desgarrantes de una mujer que me decía: “Si volviera a vivir no me casaría, o al menos no quisiera tener hijos para que sufran así”. Es más, me decía un matrimonio que su convivencia ya era “un verdadero infierno”. Ya en el Antiguo Testamento la Sagrada Escritura nos advertía sobre lo que significa equivocarse en el matrimonio: “*Más vale habitar en la esquina del techo que compartir la casa con una mujer pendenciera*” (Pr 21, 9); “*Preferiría habitar con un león o un dragón antes que vivir con una mala mujer*” (Si 25, 16). Cuando pienso en los tiempos felices del noviazgo cuando ni se podía sospechar un tal desenlace, me he preguntado ¿qué ha pasado? ¿Simple mala suerte?

A nadie se le oculta que en los últimos tiempos los fracasos matrimoniales han crecido de forma alarmante, hasta constituir casi la mitad de los que se casan. Y decir fracaso es decir dolores del alma, angustias, tristezas, sufrimiento de inocentes, vidas quebradas para siempre, heridas que tal vez nunca más cicatrizarán. Dolores muchas veces solitarios y callados, tantas veces sin esperanza. ¡Qué drama para la humanidad de hoy!

Debemos entonces preguntarnos seriamente:

¿Es el matrimonio la tumba del amor?

¿Es este un simple mal de los tiempos, inevitable?

¿Es cuestión de suerte?

¿Tienen vigencia aún el matrimonio y la familia tradicionales? ¿Son instituciones fuera de época?

¿Habrá que buscar nuevos modelos de familia más acordes a la época?

¿Por qué esos dichos populares, medio jocosos, tales como: “Los que están afuera quieren entrar y los que están adentro quieren salir”?

Pero también debo confesar que he conocido en mi vida matrimonios muy felices, que me han dicho con entusiasmo “cada día nos queremos más”, “si me volviera a casar lo haría de nuevo con ella”. Matrimonios que van creciendo al ritmo de sus hijos, disfrutando cada una de sus etapas y descubriéndose mutuamente cada día de nuevo. ¿Simple buena suerte?

Se suele decir que el noviazgo es la ilusión y el matrimonio la realidad, como dos cosas opuestas, una buena y otra mala. Algo así como una trampa donde caen los inexpertos. Por eso muchos eluden hoy el matrimonio en pro de un amor libre. Quieren los beneficios del amor sin

sus compromisos.

Evidentemente no es así. El noviazgo debe ser la preparación para una gran realidad que lo supera en todos los planos. No la des-ilusión sino la concreción de una gran ilusión, de un gran ideal. No obstante, “antes que te cases, mira lo que haces”, dice un viejo refrán. Esto significa simplemente que debes prepararte porque no es lo mismo tratarse de novios que convivir como esposos. Es cierto que en el noviazgo se suelen decir más bien todas las cosas lindas (y exageradas) y en el matrimonio las desagradables (y también aumentadas). Justamente por ello no debe ser un tiempo desaprovechado: mirarse, admirarse, alabarse, soñar, disfrutar el momento,... y nada más. No es esperar pasivamente algo que llega. Es preparar el terreno y sembrar, es poner cimientos. Debes considerarte dichoso si no has fracasado aún. Si estás en tiempo de comenzar.

De antemano te diré que debes estar tranquilo porque Dios ha hecho bien las cosas. Basta con conocerlas, sintonizar con ellas y seguir sus consejos. Y comenzar de nuevo sin desanimarte por el mal que veas a tu alrededor o que hayas tenido que padecer. Bajo los árboles añosos se suelen ver en primavera las jóvenes plantas que vuelven a comenzar. Así debes ser. Cada nuevo intento de verdadero amor en el mundo es una nueva primavera con promesa de frutos. Sólo una vez vivirás, sólo una vez serás joven, sólo una vez –probablemente– entregarás tu vida para siempre a otra persona. Quisiera hacerte comprender que esa vida, esa juventud y esa entrega valen la pena con tal que no te equivoques. Lo que se suele llamar adolescencia y juventud son la etapas más decisivas y hermosas de la vida. Sin duda la podemos comparar a la primavera. Es entonces que se prepara y se gesta la vida. ¿No has visto las variadísimas flores de ese tiempo del año? ¿No están llenas de belleza singular? Ellas son los órganos reproductores del reino vegetal. Atraen a las abejas para colaborar en la reproducción. Asombroso, ¿no? Dios ha rodeado de belleza, perfume y aire templado el momento más decisivo del mundo vegetal. ¡Cuánto más lo ha hecho con el de los hombres! Eso es lo que intentaremos descubrir. Porque la vida humana se sitúa en otra dimensión y otra perfección que la de todo el resto de la naturaleza.

La experiencia me ha enseñado que en la vida de una persona hay como dos grandes oportunidades: la primera es la que te dio tu familia, tu entorno, y has heredado; la segunda es la que tú mismo elegirás y forjarás.

Te hablaré claro para que, si tienes buenas intenciones y estas dispuesto a todo, tu futuro no sea un azar sino una certeza. Cada uno cosecha lo que ha sembrado. Eso sí: te diré las cosas como son, con toda crudeza y realismo, aunque se que muchas de estas verdades a algunos les parecerán duras o pasadas de moda. Pero ten la seguridad que de ellas depende tu felicidad o infelicidad futura. Y la de muchos otros. ¿Estás bien dispuesto para oírlas?

Aclarar hoy ciertas ideas es particularmente urgente dado el deterioro de estos conceptos en el ambiente que nos rodea. Hoy tenemos una novedosa *cultura* (o *anticultura*) que está aniquilando los grandes valores, instituciones o costumbres que sostenían una sociedad: la familia, los hijos, la educación, la sexualidad, la fidelidad, el amor,.. Que nos llega desde el mismo medio en el cual se desarrolla nuestra vida: medios de comunicación, modas, e incluso instituciones educativas y leyes que emanan de los que debieran ser los que velen sobre el bien común. Más aún, es absolutamente evidente el hecho de que los grandes centros de poder económico y político mundial están induciendo e imponiendo todas estas conductas. ¿Es casualidad que aparezcan simultáneamente en todos los países del mundo? Juan Pablo II calificó nuestros tiempos como una *civilización enferma*.

Me quedo azorado por las preguntas que hoy me hacen los jóvenes: “¿Está mal tener dos novias?”, “¿Se puede estar de novia a los 12 años?”, “¿Qué tienen de malo las relaciones fuera del matrimonio?”. “¿Hay más de dos sexos?”, “¿Podemos elegir nuestro sexo?”, “¿Por qué dos

homosexuales no se pueden casar?”, “¿Tiene derecho una mujer a *sacarse* un hijo no querido?”, “¿Por qué no se puede considerar la prostitución como un trabajo como todos los demás?”, etc, etc. O, peor aún, algunas afirmaciones hechas con absoluta convicción: “No me pienso casar”, “Si me caso no quiero tener hijos”, “Ahora es imposible encontrar una buena chica”, “No es posible la fidelidad”, “Es imposible la castidad”, “A nadie se le ocurre pensar que la virginidad tenga sentido”, etc, etc.

Lo peor del caso es que estas “novedades” se presentan no como un estado de decadencia, de corrupción, que nos reclaman unir todas las fuerzas humanas para frenarlo, corregirlo y rectificarlo, sino como un estado de progreso y madurez de la sociedad.

Basta un análisis de todo esto a la luz del sentido común, del sentido moral elemental para quedarse suficientemente preocupado. Sobre todo si lo cotejamos con los grandes sucesos de la historia de la humanidad. Dicho muy simple y claramente: estos fueron los síntomas del final de las civilizaciones. Ocurrió a los Griegos y a los Romanos. Si quieres una descripción hecha por el mismo San Pablo, que la conoció por experiencia, la tienes en la carta que escribe a los Romanos por el año 58 en el capítulo primero (v. 16-32). Es para que la leas, la medites y la compares a nuestros tiempos.

Esta visión de las cosas, por real y objetiva que sea, puede ser un poco desalentadora. No lo es de ninguna manera. Al contrario. Los primeros cristianos, los que Cristo mandó cambiar ese mundo lleno de corrupción, se encontraban en una situación semejante y lo lograron. Muchas otras veces en la historia han aparecido hechos análogos. Y se ha salido adelante. Pero, eso sí, con personas de ideas verdaderas y claras, grandes convicciones, firmes y perseverantes decisiones y la segura ayuda de Dios.

Yendo a lo nuestro, te diré que hay una institución que tiene tantos años como la humanidad, aunque cada pueblo pueda haberle dado características propias: la familia, el matrimonio. Y su preámbulo necesario, su preparación: el noviazgo. Tomen el nombre o las particularidades que sean, siempre existirán porque forman parte de la naturaleza humana. Cuando queremos cambiarlas terminan siendo sustituidas por otras que no son sino su caricatura, su versión deformada, inicio de un seguro fracaso. Llámese *amor libre*, *flirteo*, *amigobios*, o como se lo quiera denominar.

¿Qué es entonces el noviazgo? Creo que para entenderlo hay que explicar tres elementos que lo constituyen. El primero es la amistad. El segundo es el de varón y mujer. El tercero es el de matrimonio.

CAPITULO PRIMERO

EL NOVIAZGO ES UNA AMISTAD

1- ¿Qué es un amigo?

Seguramente esta palabra te será muy familiar. Todos hemos experimentado lo que es la amistad, lo necesaria que es. No se puede crecer ni vivir sin amigos. Habrá temperamentos más o menos propensos a ella, pero todos necesitamos los amigos. Aunque creas saber lo que significa, conviene hacer algunas precisiones.

Ante todo se debe aclarar que es una palabra sagrada que no debemos desvirtuar. Se trata de algo muy especial y muy grande. No es lo mismo que camaradería o compañerismo. Se pueden tener muchos compañeros o conocidos, pero amigos, pocos. Lo más natural es que haya amistad entre varones o entre chicas. Ojalá existiera también entre padres e hijos, hermanos o primos. En realidad la más estrecha, la más profunda, la más humana relación entre dos personas

es la de amistad. Es absolutamente necesaria para el equilibrio, el desarrollo y la maduración psicológica y moral de una personalidad. Por eso no es buena señal carecer de amigos. Algo está fallando en esa persona y tendrá sus consecuencias. Su necesidad comienza a percibirse en la adolescencia, etapa en la cual el entonces niño comienza a abrirse a los demás. Se descubre al otro, se percibe la necesidad de compartir con otros muchas cosas de la vida. Cuando nace una verdadera amistad, el amigo será el *otro yo*. Esta nueva realidad que se vive amplía el horizonte de la vida, despierta nuevas fuerzas en el sujeto y promete un nuevo motivo de felicidad. Por ello dirán los antiguos libros de la Sagrada Escritura: “*El que encuentra un amigo, encuentra un tesoro*” (Si 6, 14).

Los pueblos más sabios de la antigüedad no sólo la valoraron muchísimo sino que hasta escribieron hermosos tratados sobre ella, como Aristóteles (384-322 AC) entre los Griegos y Cicerón (106-43 AC) entre los Romanos. Tal vez te sorprendas si te digo que incluso entre el hombre y Dios puede y debe haber amistad. Lo dijo, como una revolucionaria novedad el mismo Jesús: “*Ya no os llamo siervos, porque el siervo ignora lo que hace su Señor; os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he revelado*” (Jn 15, 15).

Claro que es necesario reconocer que esta nueva y hermosa perspectiva puede concretarse o desvirtuarse. De aquí que sea necesario ahora analizar los fundamentos de la verdadera amistad.

2- La importancia de conocerse

El texto de Cristo recién citado nos introduce en una primera condición, esencial, de la verdadera amistad: el conocimiento. Ella exige, ante todo, conocimiento pues nadie ama lo que no conoce. No el simple conocimiento exterior o el que se puede tener de un compañero de estudios, de trabajo o de vecindad. Estos serían sólo *conocidos*. La amistad exige esas mutuas confidencias, esos secretos que a muy pocos se revelan, esas cosas de mi vida pasada o de mi interior que no me nace decir a cualquiera. Para estas personas se reserva la palabra amigo o *amigo íntimo*.

En el conocimiento mutuo del noviazgo hay un primer aspecto que podríamos llamar exterior. Muchos comienzan fijándose en el *signo* de las personas para ver si habrá o no compatibilidad: que si un *tauro* va bien con *pisís* o si dos *leo* se entenderán. Me estoy refiriendo a algo mucho más serio, profundo e importante. Es el conocimiento de los temperamentos, del carácter, de las costumbres, de las cualidades y defectos. Incluso la historia de cada uno. También son importantes los gustos, intereses e inclinaciones. No olvides que todo ese conjunto de elementos constituye la persona. Todo eso llevará cada uno al hogar que nace, todo eso tendrás que compartir. Debes observarlo tanto en ti como en el otro. Es curioso, pero la experiencia del noviazgo hace aparecer elementos de la propia personalidad que uno desconocía.

¿Cómo soy? ¿Por qué me deprimen tanto las contradicciones? ¿Qué le molesta al otro de mí? ¿Por qué reaccioné tan duramente ayer? No sabía que era tan celoso. ¿Por qué me cuesta tanto perdonar? ¿Me gusta su temperamento? ¿Qué es lo que más me atrae de él o de ella? ¿Qué es lo que no soporto? ¿Qué es lo que no me soporta? ¿Por qué nunca podemos hablar de ese tema? ¿Qué grado de amistad o confianza mutua tenemos? ¿Avanza nuestra amistad o se ha estancado? ¿Hay un obstáculo que nunca hemos superado? ¿Pelemos siempre por lo mismo? ¿Son nuestros familiares motivo de discordia?

Más importante aún es comunicarse lo más íntimo, los secretos del alma. Esas ocultas intenciones que a veces no se manifiestan. Hechos secretos del pasado que pueden condicionar la vida. Una joven tenía una conducta antinatural ante las manifestaciones de afecto y le aterrorizaba pensar en las relaciones íntimas de casada. Su novio no entendía por qué. Un día ella le confesó que había sido violada de pequeña. Otra le escondía a su novio que era bulímica. Si en

ambos casos se llega así al matrimonio es probable que fracase. Incluso conviene manifestarse las luchas interiores, los deseos, los intereses. Eso es lo más profundo que tiene una persona y es lo que se va a compartir. Conocí a un joven casado que luchaba tenazmente contra su tendencia homosexual que su esposa ignoraba totalmente. Ella no entendía ciertas conductas de su esposo y no podía ayudarlo. Es verdad que existe un derecho a reservar ciertos *secretos* del alma a Dios (y el confesor). Pero aquellas cosas que influirán en la vida de ambos, llegado cierto momento de madurez del noviazgo, creo que conviene decirlas. Además, ¿no se descargan los problemas más hondos del alma cuando se comparten con otro?

Hay entonces tantas cosas para hablar y contarse mutuamente. Hablar de las cosas más importantes de la vida que mañana (¡tal vez!) compartirán para siempre. Por eso les digo: ¡Sinceridad, muchísima sinceridad y transparencia! He visto disimular defectos por largo tiempo, incluso ocultarlos por los mismos familiares... para poder colocar al chico o a la chica... Total después que se haga cargo el otro para el resto de la vida.

Te daré al respecto tres *técnicas*, para conocer mejor al otro.

La primera es ver como son sus amigos. Los viejos amigos y los actuales. Porque, aunque con sus matices, la amistad es entre iguales o, al menos, entre muy parecidos. No creas cuando te dicen: “Mi hijo o mi hija son excelentes, lo que le hace mal son las *juntas*, las amistades que tiene. (Probablemente los padres de dichas *juntas* digan lo mismo...). Un antiguo refrán latino decía: *La amistad o los encuentra iguales o los hace iguales*. Incluso es significativo si te dice no tenerlos. ¿No puede ser signo de egoísmo, mal carácter, orgullo, o de alguna rareza psicológica? Personas de *pocos amigos*, terminan muchas veces aislando o anulando al otro.

La segunda consiste en lo siguiente: hazle conocer tu pareja a tus padres o a alguno de esos familiares próximos y que sean buenos observadores. Cuántas veces esa tía, o esa abuela que parece estar medio distraída cuando llega el novio o la novia... y sin embargo le bastó una mirada o escucharle una conversación para dar su sentencia: “Ese chico no te conviene...”; “Me parece que no te quiere...”; “¡Qué buena que parece esa chica!, ojalá que prospere la relación”. Y si pides razones, tal vez no te puedan decir más que un: “No sé, me parece...”; “¿No has visto su mirada...?”. O tal vez te den fundamentos demasiado leves: “¿Piensas que te quiere, hija, y te hace sufrir así...?”; “¿No te parece raro que no dure en ningún trabajo...?”; “¿Crees que es amor lo que siente y tiene celos hasta de tu madre?”; “¿No ves que te ha separado de tu grupo de amigos?”. En fin, no son argumentos decisivos, pero.... hay que tenerlos en cuenta.

La tercera es conocer bien a su familia. Me animo a afirmar lo siguiente: la mitad de una persona es lo que son sus padres, lo que es su familia y su ambiente. Algo muy importante que tiempo atrás se tenía muy en cuenta llegado el momento del despertar del amor. Antiguamente en todos los pueblos, y aún perdura en muchos, era costumbre que los padres *arreglaran* los matrimonios. Y curiosamente, según un estudio sobre el tema, prosperaban más que en la actualidad. ¿Sabes por qué? Porque de padres amigos y semejantes en gustos, cultura, educación, etc., hay hijos semejantes. Eso, en la hora de la convivencia es mucho, muchísimo. Me he sorprendido que con frecuencia, pasados los años, él le diga a su ex dulce novia, ahora esposa: “Te estás pareciendo cada vez más a mi suegra”. Es como una ley de la psicología: uno prolonga y reedita a los padres. Incluso en aquello que les ha soportado y reprochado toda la vida, como el mal carácter o la autoridad despótica.

Por tu parte debes tener en cuenta otra implacable ley de la psicología humana que a veces nos juega una mala pasada: el afecto condiciona el conocimiento. Se hace difícil ver los defectos de los que se quiere. O también haga ilusionar demasiado: “Ya se que es así, pero yo la voy a cambiar”; “El me ha prometido...”. Una joven enamoradísima, para evitar las críticas de sus padres al novio (y tenían razón) cortó relaciones con ellos. ¡Trágica solución! Los enamorados

creen que el amor vencerá todas las barreras. En sus sueños e ilusiones han perdido un poco en sentido de la realidad. Estamos en esta tierra y la vida enseñará de a poco que muchas otras cosas son necesarias.

Hay tres clases de personas que te pueden aconsejar bien: los que saben, los que tienen experiencia y los que te quieren. Cuando estas tres cualidades coinciden en la misma persona, tienes el consejero ideal. ¡Y cuántas veces las tres se dan en los padres! En realidad, para eso los ha puesto Dios.

3- ¿Lleva mucho tiempo conocerse?

Comprenderás que conocer bien al otro llevará un cierto tiempo. “Me costó años darme cuenta lo que pensaba mi novio --me decía una señora--, estuviera triste o contento tenía siempre la misma cara”. Por ello no son buenos los matrimonios que provienen de noviazgos demasiado breves. He escuchado a una joven separada que me decía: “Me casé con otra persona, no es el mismo que cuando estábamos de novios”. Un joven matrimonio debió separarse porque él la encerraba en la casa hasta que volvía del trabajo porque era un poco celoso (!?). ¿Cómo no lo advirtió en el noviazgo? Otro se separa porque ella estaba terriblemente apegada a su madre y no se resignaba a dejarla. Una pobre chica tuvo que dejarlo porque vivía aterrorizada (¡tenerle miedo a su propio esposo!) por los golpes y las amenazas de su pareja. ¿No le conoció ese carácter de novia? Cuando ocurren estas cosas, es frecuente que parientes y vecinos --sobre todo-- comenten: “Pero si todo el mundo lo sabía”, “Todos nos dábamos cuenta que eso no iba a andar”. Todos... menos los interesados. Hay personalidades simples, transparentes, espontáneas, que en seguida se dan a conocer. Otros son más opacos, complejos, menos comunicativos, poco sinceros, o muy introvertidos.

Al respecto debes estar muy atento a un detalle de importancia. Es ver si en su ambiente no notan cambios extraños cuando estas presente: “¿Qué raro, vos tratando bien a tu hermana?”, “¡Milagro, porque está tu novia ayudaste a levantar la mesa!”. Reconozcamos que puede deberse a un verdadero cambio de actitud que tu mismo has suscitado. Pero también puede ser simple ficción, apariencia. En fin, el tiempo va poniendo de manifiesto todo lo que hay dentro de cada uno.

El tema nos sugiera plantearnos sobre el tiempo que debe durar normalmente un noviazgo. A lo cual hay que agregar otro interrogante más: ¿con qué frecuencia es conveniente verse?

Evidentemente hay dos extremos que evitar: los noviazgos excesivamente largos y los demasiado cortos. Los primeros tienen un desgaste con el tiempo. A veces para romper esa rutina de años van necesitando una intimidad cada vez mayor que termina en la misma intimidad física propia de los casados. Los demasiado breves no llegan a conocerse bien y luego vienen las sorpresas. El tiempo nos hace aparecer en momentos de tristeza o euforia, de ira o de alegría, nos muestra elegantes o desarreglados, manifiesta nuestras reacciones ante tantas circunstancias distintas. Todo eso es una persona, todo eso manifiesta lo que somos y tenemos dentro.

¿Cuánto tiempo es el ideal? Es arriesgado dar cifras. Pero hay que concretar. Pienso que unos dos años, como término medio, es buena medida. Con todo, y para que veas lo relativo de estos números, he conocido noviazgos de 5 meses que son hoy matrimonios felices y otros de 10 años que se separaron al año de casados... Otros que se trataron tres días y luego continuaron la relación por cassette (¡!) tienen hoy una hermosa familia.

He conocido otros problemas propios de personas de temperamento débil. Es una especie de inercia. Están tan acostumbrados a estar juntos que casi no saben vivir solos, ni tienen por ello libertar para pensar por sí mismos. Postergan el matrimonio porque no están seguros, pero no se separan porque se han acostumbrado el uno al otro. Y así siguen años y años, perdiendo ambos

los mejores tiempos de su vida. Sobre esto hay que tener las cosas muy claras: o la unión progresa o se deja.

¿Y la frecuencia de las visitas o encuentros? Aunque el tema no te parezca importante, lo es. No es bueno verse todos los días, con sábado y domingo a tiempo completo. Esta frecuencia, que puede entusiasmar en los comienzos a los muy jóvenes, no hace bien con el tiempo. Es como si se perdiera con ello la gracia, la novedad, la expectativa de los encuentros. ¡Cómo era esperada aquella visita semanal años atrás! Hoy la excesiva frecuencia los hace aburridos, rutinarios. Aparte trae otros problemas serios. Se afecta el estudio, que queda en último lugar. O incluso el trato con otros amigos o la misma vida familiar. “Desde que está de novio no lo vemos en todo el día”, me contaban unos padres afligidos.

La vida no puede quedar reducida a una sola cosa: o todo es fútbol, o todo estudio, o todo charla con las amigas, o todo ropa, o todo... lo que sea. Hay que saber dosificar la vida como cuando se condimenta: un poco de sal, otro poco de orégano, otro poco de pimienta... Bastaría con verse los fines de semana y alguna visita durante la semana. E incluso juntos podrían participar en muy diversos programas -- que no todo es tampoco baile nocturno -- como visitas a los amigos, deportes, actividades recreativas, culturales o religiosas.

4- Hay que conocer y compartir otras cosas...

Hay un antiguo refrán que dice: *El que busca un amigo, no lo encontrará, pero el que busca un ideal encontrará muchos amigos*. Hay otros temas fundamentales que formarán parte de tu vida, de tu persona, o mejor, de la vida de toda la familia: es el de los ideales humanos y cristianos. Me refiero a todo aquello que ambos buscarán, les marcará un estilo de vida, ambos compartirán y los iluminará en los momentos de decisión y prueba. Sobre esto deben aprender mucho y hablar mucho.

Del sentido del amor, de la fidelidad, del matrimonio y la vida de familia, de la confianza, de los celos, de los hijos, de su educación, del rol de la mujer y del varón, del respeto mutuo, del sentido de la sexualidad, de la familia política, de los amigos,...

Del valor de los bienes materiales, de la casa, del trabajo de ambos, de las diversiones, del tiempo libre, de lo que consideran necesario y superfluo, ...

Del sentido de la vida, de la actitud ante el dolor o la muerte, de la justicia, la veracidad, la honestidad, la humildad, la paciencia, la templanza, la caridad, el sentido de Dios y de la vida religiosa, de la oración y de la vida sacramental de la familia, ...

De la preocupación por el bien común: sea la patria con su historia y sus problemas actuales,...

De la verdadera Iglesia de Cristo, sus fundamentos, su doctrina, su moral, su espiritualidad, sus exigencias apostólicas,...

Ya ves que los temas se pueden multiplicar hasta el infinito y sería muy bueno que pudieran compartirlo con otras parejas.

Creo que este breve enunciado es suficiente para que adviertas lo que importa tener ideas comunes y, sobre todo, verdaderas. No creas que todo esto son cosas abstractas. Se traduce en infinidad de actitudes, costumbres, reacciones. Todos los pequeños, los más pequeños gestos de una persona, ya sean palabras u obras reflejan una escala de valores que se tiene en lo más hondo del alma. De esa fuente afloran de mil modos el sentido de Dios y de pecado, el respeto del uno por el otro, el deseo de perfección, la capacidad de reconocer las faltas y corregirlas. Nunca olvides esto: compartir sin reserva alguna estos ideales y sobre todo la fe de aquel que se ama es una certidumbre de dicha. Si no, al momento de frecuentar amigos o entablar nuevas amistades, ya comenzarán las diferencias. Al disponer de unos pesos, uno querrá gastar en la casa y el otro

en un viaje. Si hay que elegir entre un nuevo hijo o cambiar el auto..., si durante las comidas se hablará o verá TV, si hay que ser duro o blando con ese hijo difícil, si es más importante para los hijos el catecismo o la clase de karate, si para ustedes valdrá más la Misa dominical o la carrera de fórmula 1. Deben instruirse mucho sobre estos temas, preguntar, leer, aconsejarse, hablar. Deben lograr *criterios comunes y verdaderos*.

Y en el matrimonio todo, todo se comparte. Visitando una casa, el hijo de tres años comenzó a hacer gestos y decir palabras bastante groseras. “Las cosas que aprende en la calle” dijo la madre. Pero la hija adolescente replicó con toda inocencia: “Si está haciendo lo mismo que papá”. Esos ideales encarnados en cada momento son los que darán a esa unión que tantas motivaciones afectivas y humanas tiene la más sólida base y eso mismo transmitirán a los hijos. Le darán la dimensión de gran empresa capaz de entusiasmar a un joven con deseos grandes. Serán la fuente de la futura felicidad. Los grandes ideales generan los grandes hombres y producen los más profundos goces.

Me he sorprendido muchísimas veces de la superficialidad con que se viven los preciosos años de noviazgo. Como ese matrimonio que se peleó porque uno se negaba rotundamente a tener hijos. ¿Nunca hablaron de eso?, les pregunté. No, jamás. Entonces, ¿de qué hablaban cuando novios? Y, de nuestros sentimientos, de salidas, de música, ropa, amigos, ... Debo decirte que eso no alcanza para fundar una familia. A veces una parte *tolera* pacientemente cosas buenas del otro, pero no las comparte. “Mi novio es muy bueno conmigo, me acompaña a Misa aunque él se queda fuera”, me comentaba una chica. Eso no basta... hace falta algo más. La vida humana que allí se gesta y se desarrolla es algo muy grande. Con todo eso no se resuelven los planteos matrimoniales. ¡Cuántas veces se comparte lo más superficial y se discrepa en lo fundamental! A los dos les gusta salir a caminar, la música tropical, Boca Junior y la Pepsi-Cola, pero jamás se han puesto de acuerdo sobre temas de familia, de moral o religión. Te puedes dar cuenta que con eso no se construye un matrimonio. Diría más: no hay derecho a casarse. ¡Cuántas personas se enteran de muchas de estas cosas en los Cursos de preparación al matrimonio, cuando faltan semanas o días para la boda! Otros hay que nunca lo sabrán... En el noviazgo todo debe hablarse, nada debe quedar sin tratar o postergado. Todo saldrá en algún momento. Que ningún tema sea como esas habitaciones donde se echan los muebles viejos y nadie entra: se llenan de polvo y alimañas. Un joven matrimonio me hablaba de las dificultades y pruebas que habían tenido, y concluían: “Si no hubiéramos tenido ideales tan en común, estaríamos separados. Es entonces cuando uno se da cuenta todo lo que significan”. Otro, en que ella había sido infiel, él la perdonó simplemente porque tenía claro los principios cristianos del perdón. Esa es aquella *roca* de que hablaba Cristo en la parábola capaz de ser *cimiento*: ni las tormentas ni las inundaciones la podrán derribar. En cambio ¿qué puede esperarse de la que está construida sobre arena? Habrán ciertamente roces, discrepancias y hasta peleas moderadas (¡ojala que no!), pero seguirán adelante e incluso mejorarán. Una vez le preguntan a una mujer ya mayor si alguna vez en la vida había tenido deseos de divorciarse. “De divorciarme, no, pero de matarlo muchas veces”, contestó. No se si te das cuenta de la diferencia.

Por ello, cuando dos jóvenes han sintonizado en sus temperamentos y se han encontrado en esos ideales comunes, entonces nacen esos amores, esos vínculos que las borrascas no lograrán sino fortalecer cada día. Ojalá ambos pudieran decir al unísono, como nuestro poeta J.L.Gallardo:

*“Me gustan mis amigos , mi patria, mi mujer,
mis hijos, mi apellido, mi Dios y mi deber”.*

Todos saben que no basta conocer una persona o compartir un ideal para pensar en un noviazgo. Cuantos hay que se tratan años y no nace entre ellos más que una simple simpatía. Esa amistad tan especial del varón y la mujer requiere otras cosas. ¿Cuáles?

5- Enamorarse...

Normalmente cuando dos jóvenes inician un noviazgo todo ha empezado por una sintonía que podríamos llamar *de piel*, nacida de ese primer contacto. A esto se lo llama simplemente *enamoramiento*. Es algo que a uno le sobreviene, que le ocurre, sin que sea posible imponérselo como uno podría proponerse aprender inglés o computación. Una fascinación por el otro que invade toda la psicología, cierta exaltación y embriaguez del corazón. Se diría que se está viviendo una primavera donde todo es poesía, felicidad. Todo ello acontece sin que se lo propongan expresamente. Por eso se suele decir: *Me enamoré*. Este estado del corazón contiene todas las promesas del amor. Se presiente que se toca la felicidad con las manos, que da fuerzas desconocidas, que transforma la personalidad. Tiene capacidad para producir en poco tiempo un poeta o, al menos, un lector de poesías (cosa que jamás logró el profesor de literatura). Como tiene algo de absoluto, no bastan los términos humanos que se usan de la vida cotidiana. Es necesario recurrir a los que utiliza el lenguaje sagrado: te adoro, para siempre, mi vida,... La afinidad que se descubre les hace tener la impresión que *esa* persona ha sido creada y existe para él o para ella. Como si en un lejano pasado hubieran sido una unidad y un día fueron fraccionados para encontrarse ahora como dos piezas complementarias. Casi como si hubieran estado predestinados por Dios para ser el uno para el otro. Hay una expresión que se escucha con frecuencia e interpreta esta complementariedad: “Si él no existiera, habría que inventarlo”. ¿No se habla popularmente de la *media naranja*?

¿Es un fenómeno puramente espiritual, *amor platónico* como lo llamaban, o físico o una mezcla? Contiene un poco de todo porque es como el acto vital de todo el complejo humano. Luego puede irse desplazando en uno u otro sentido, pero inicialmente abarca toda la persona: el alma, los sentimientos, el corazón, el atractivo físico. En sus orígenes no es algo puro ni malo. En sí mismo no purifica, no perfecciona. Simplemente despierta, dilata lo que encuentra dentro de cada uno. Hace florecer la planta que tenemos dentro y nos hará conocernos mejor a nosotros mismos. Podrá ser de egoísmo o de generosidad, de pequeñez o grandeza. Es un movimiento vital, hasta cierto punto imprevisible. Simplemente nace de uno, aparentemente de lo más profundo del ser. Tiene tanto de gozoso como de efímero y, aunque te asombres de lo que digo, superficial. Con todo, hermoso fenómeno humano que el Creador ha puesto en cierta etapa de la vida para prepararnos a algo más profundo: El amor.

Puede ser de muy diversa índole. Están los que se han sentido atraídos por algo meramente exterior, físico. Otros, después que alguien los presentó pudieron decir: “Me cayó bien”. Hay quienes se conocían de chicos, pero llegados a cierta edad y con cierta rapidez se *redescubrieron* mutuamente. En otros casos hay un deslumbre fulminante porque: “¡El es tan simpático!”, “Ella ¡tiene un carácter tan dulce y agradable...!”, ¡Me encanta su voz, su sonrisa...! En fin, hay tantas cosas que en los años juveniles hacen atractivo el uno al otro. Muchas de ellas el tiempo las irá borrando. De todas maneras hay que afirmar que el amor comienza por esa sintonía que tiene tanto de rapidez como de superficialidad. Y digo bien al decir superficialidad. Porque eso que fascinó en un primer momento, no tardará en pasar a un segundo plano. Del “Ese lunarcito tan lindo, ¿de quien es?”; no es raro que veinte años después se transforme en: “¡¿Cuándo te vas a operar esa horrible mancha de la cara?!”. Con el tiempo y el conocimiento mutuo se irán descubriendo otros muchos aspectos más profundos de la personalidad. No olvidemos que cada persona es insondable.

Hay una antigua canción cuyana que describe el nacimiento de este amor con todos los rasgos descriptos. Se llama *Amémonos*.

Buscaba mi alma con afán tu alma,
buscaba yo la virgen que mi frente
tocara con su labio dulcemente
en el febril insomnio del amor.

Buscaba yo la mujer pálida y bella,
que en sueños me visita desde niño,
para partir con ella mi cariño,
para partir con ella mi dolor.

Como en la sacra soledad del templo,
sin ver a Dios se siente su presencia,
yo presentí en el mundo tu existencia,
y como a Dios sin verte te adoré.

No preguntaba ni sabía tu nombre,
en dónde encontrarlo, lo ignoraba,
pero tu alma cerca de mi alma estaba,
más bien presentimiento que ilusión.

Amémonos, mi bien que en este mundo,
donde lágrimas tantas se derraman,
las que vierten quizás los que se aman
tienen un no se qué de bendición.

Amar es empapar el pensamiento,
en la fragancia del Edén perdido,
amar, amar es llevar herido
con un dardo celeste el corazón.

Es tocar los dinteles de la gloria,
es ver tus ojos, es escuchar tu acento,
es en el alma llevar el firmamento
y es morir a tus pies de adoración.

Ya ves que ese estado del corazón que ha descubierto al otro vive como un éxtasis que no encuentra palabras humanas para expresarse y recurre a las cosas divinas. Ahora bien, ¿qué papel juega ese atractivo inicial, ese momento de euforia? Como el papel o la leña fina para encender los troncos más gruesos. Actúa en ese primer momento, pero luego se eclipsa sin que se derrumbe el amor. Que es algo mucho más grande, estable y duradero. Ambos poseen una gran semejanza, como la tiene el fuego que nace de la leña fina o la gruesa. Podemos afirmar que las promesas del enamoramiento las cumple el amor. Uno es la ilusión, otro la realidad; uno está al principio, el otro al final; uno aparece sin mayor esfuerzo, el otro es el fruto de un largo camino; uno es florido como la primavera, el otro trae los frutos como el verano.

Es el momento de preguntarnos: ¿qué tiene el amor que sobrevive al enamoramiento?

6- Del enamoramiento al amor

Ante todo debe aclararse que amor se debe a muchos, más aún, a todos. Pero también debe decirse que hay diversos modos de amor. Uno es el amor a los padres, otro a los hermanos, otro a los amigos, otro al novio o a la novia y otro incluso a los enemigos. Claro que el más grande de todos será el que entregues a Dios. Cada uno será único en su modo, exclusivo, pero todos tienen algo en común.

Frecuentemente se refiere al corazón humano capacidad de *amar*. Se olvida que también le

pertenece la de *desear* y *gozar*. Ahora bien, ¿qué es propiamente amar? Es la capacidad de procurar real y eficazmente el bien del otro. De cambiarlo, de hacerlo crecer, de mejorarlo. Los italianos para decir querer dicen *ti voglio bene, te quiero bien*. El verdadero amor no busca tanto complacerse sino complacer al otro. No es querer ser feliz sino hacer feliz al otro. Curiosamente la primera condición de la dicha es no buscarla. El alma noble, limpia, grande, busca qué amar, a quién entregar su corazón, su vida; el alma vil y egoísta trata de vivir dichoso, de quién servirse para satisfacerse. Se quiere realmente al otro cuando se lo desea mejor, cuando se está dispuesto a poner los medios para que crezca. Amar entonces es cultivar la preocupación por el otro hasta hacérsele algo habitual, hasta transformarse en él. Es rendirse, es dejarse invadir por el destino ajeno. En su extremo heroico es capaz “*de dar la vida por el amigo*” (Jn 15, 13). “Amar, –escribe Saint-Exupéry-- no es mirarse uno a otro, es mirar uno y otro en la misma dirección”. No es poner en común dos gozos sino dos vidas. No es un mecanismo de conquista sino una exigencia de bien. Tan fuerte y grande es el amor cristiano, el que Cristo nos enseñó y practicó, que debe ser capaz de amarse incluso los enemigos, es decir, aquellos que nos han hecho mal. Claro que con ellos no hay ninguna sintonía de *piel* sino antipatía. Justamente por eso es tan difícil amarlos. Por eso, ya que el matrimonio y la familia tendrían un papel tan decisivo en la sociedad, quiso Dios ayudar nuestra debilidad en amar poniendo ese atractivo mutuo que tan naturalmente nace en los años juveniles. La flor con ser tan hermosa y atractiva, no tiene más que perfume, el fruto en cambio tiene perfume sazonado, sabor y alimenta. El amor maduro es el fruto de un largo camino que se recorre cuando la flor del primer amor se ha marchitado. Si no fuera así, ¿quién emprendería la difícil empresa del matrimonio y la familia?

Aunque todo el mundo crea que en cosas del amor nada tiene que aprender, debemos hablar del aprendizaje del amor, de la *escuela del amor*. Este debe rectificarse, crecer, purificarse, sublimarse. Para comprenderlo es necesario introducirnos en otras distinciones.

6- Hay tres maneras de amar

Antes de seguir avanzando habría que precisar algo importante. Es natural al hombre amar, amar muchas cosas. Se ama a Dios, a los amigos y a la Patria, pero también las bebidas y las comidas ricas, los medicamentos para la salud y los instrumentos de trabajo, el vehículo y el televisor. ¿Está mal? No si son amores ordenados.

Hay un primer objeto de nuestro amor son las cosas útiles. Nos es útil un ventilador o la ropa de abrigo y por eso los queremos, los buscamos. ¿Es ello amor? Si. Los antiguos lo llamaban amor de *utilidad*. Un médico que nos opera y nos salva la vida, aunque no tengamos ninguna relación humana con él, se puede decir que lo amamos porque le debemos un bien. Pero lo amamos con amor de utilidad. Es una relación humana mínima, no suficiente para fundar una amistad. Un grupo de malhechores se *usan* mutuamente. No van a fundar un grupo de amigos sino una *banda*. ¡Cuántas veces escuchamos la queja de alguna persona rica que desconfía de sus amigos porque lo *usan*. Y puede tener razón. No la quieren a ella sino sus bienes.

Un segundo amor se dirige a las cosas que nos *complacen*. Amamos la cerveza, un cigarrillo o una persona porque nos produce un gusto, un deleite. Tampoco este es malo, pero no puede fundar una amistad. Se puede amar un cómico o un artista porque su arte me gusta. O una persona simpática o graciosa porque su compañía me agrada. Pero si no va más allá, este fundamento no sustenta una amistad. Hace falta algo más. También aquí, si dos jóvenes se buscan porque se complacen sensual o sexualmente el uno al otro, no es eso verdadero amor. En realidad amo al otro porque me amo a mí mismo. Los antiguos lo llamaban amor de *concupiscencia*.

Ahora sí llegamos al verdadero amor, al único capaz de originar la amistad. Es el que te he

descripto anteriormente. A este llamaban amor de *bene-volencia*. Es buscar simplemente el bien del otro.

Cuantas veces una pareja se ha unido sobre el primero o el segundo amor, en la simple conveniencia o en la complacencia. No alcanza para sostener una amistad y se transforman en dos egoísmos compartidos con apariencia de benevolencia. Luego llegarán los fracasos, las sorpresas. En realidad nada de sorprendente. Ha faltado el verdadero amor.

7- Las dimensiones del amor

No creas que el amor verdadero es una cosa abstracta, desencarnada. Nada de eso. Responde a todas las dimensiones del hombre y lo ordena. Tres niveles abarca el amor, y esos tres se integran y complementan admirablemente.

El primero es el sensible. Podríamos ubicar aquí a todo ese mundo cercano a nuestro cuerpo, a nuestro ser psicofísico. Comprende los instintos y pasiones humanas. Somos sexualidad, sensibilidad, sentimientos y afectos. Los mismos animales tienen algo parecido. ¿No has visto entre sus hembras rasgos de ternura con sus crías? Por supuesto que en nosotros se da un modo humano. En el noviazgo, como en el matrimonio, debe darse y cultivarse esta dimensión. ¡Hay tantos gestos de delicadeza en este sentido que van manifestando y alimentando el amor! Pero, ¡atención!, que no son el amor. A veces lo acompañan, otras está indiferente, otras está ausente. Este mundo sensible puede independizarse, hacerse autónomo y cerrarse sobre sí mismo. Tenemos así lo que antes llamábamos amor de concupiscencia. En cambio si es capaz de elevarse, sublimarse, sujetarse a otro afecto superior, entonces se ordena. Se puede decir que la *carne*, con sus instintos, pasiones y sentimientos, se *espiritualiza*. No se destruyen sino que se elevan.

En un nivel superior se encuentra el que podemos llamar propiamente amor humano. Para que esa sensibilidad sea serena, delicada, medida, ordenada, necesita de otra ayuda superior: el amor humano o natural. Este amor se une y compenetra con el anterior y lo supera. Nos hace capaces de prescindir del gusto sensible, de lo que siento, por seguir algo bueno que es superior. Es el que nos lleva hasta el sacrificio, la renuncia y el heroísmo. Como procede de un alma espiritual, en concreto de la voluntad, puede adquirir una dimensión y un vuelo extraordinario. Es capaz de grandes cosas y, lo más admirable tal vez, es que puede educarse, crecer y llegar a ensanchar la capacidad misma de amar. Un impulso sexual, una pasión o un sentimiento pueden exigir ciegamente su propia satisfacción. Pero esta fuerza superior debe indicarle lo que es ordenado o no, lo que hace bien a la persona o la destruye.

Tampoco este se mantiene sólo. Necesita de otro superior que lo oriente y sostenga: es la *caridad*, ese amor sobrenatural que nace de la gracia de Dios, que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones. Es propio de las almas cristianas que viven unidas a Cristo. Este sí que tiene alas de águila para superar todos los obstáculos pues está fundado en Dios que es la razón última y más sublime de todo amor. Sólo éste es capaz de volar hasta el mismo Dios, hasta el mismo seno de la Santísima Trinidad. Sólo éste es capaz del heroísmo de los mártires. De dar a una vida ordinaria una dimensión extraordinaria. Es el que hacía decir a la Madre Teresa de Calcuta: “*Cuando me sienta abandonada, mándame alguien a quien amar*”. Es el que Cristo nos aconsejó en la Última Cena: “*Amaos mutuamente como Yo os he amado*”, “*No hay amor más grande que dar la vida por los amigos*” (Jn 13, 34).

Estos tres amores no se yuxtaponen como capas inconexas. Se compenetrان mutuamente y los superiores elevan a los inferiores. Los santos son las personas con la más exquisita sensibilidad y los más finos sentimientos.

Por supuesto está que existieron en Cristo de una manera excepcional. Los tres aparecen

tantas veces en su vida armonizados y compenetrados. Al sensible lo percibimos en su sensibilidad por los niños, por los enfermos, el llanto por su amigo Lázaro, el cuidado por su madre en la cruz y la delicadeza por María Magdalena en su primera aparición. El humano y el sobrenatural en todos los momentos de su breve vida entregada al bien de todos, amigos y enemigos, hasta morir perdonando en la cruz.

8- “Me enamoré de un separado...”

¿Qué hago? Bien está dicho: Me enamoré. A cualquiera le puede pasar que le caiga bien una persona con la que no puede llegar a nada por diversas razones. Hasta ahí no hay nada de malo. En todo caso puede ser una tentación. Lo importante está en lo que has hecho después de ese primer momento. ¿Has alimentado y cultivado esa simpatía o la has rechazado? ¿Tienes claro que debes hacerlo aunque te cueste? ¿Has puesto todos los medios? En un primer momento eso es fácil, más adelante será más difícil o imposible. Por eso, cuando alguna persona casada me viene diciendo que ama profundamente a otra y ya no puede dejarla, hay una larga historia en ese enamoramiento, una larga historia que no se quiso cortar a tiempo. Allí está la culpa.

Esto te da la pauta de la importancia decisiva de entender dos cosas ya dichas: que el verdadero amor supone el conocimiento no sólo de la otra persona sino también de lo que debe ser, de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo, de lo justo y lo injusto. A su vez que el amor puede darse en distintos niveles. En un nivel puramente sensible y en otro *razonable*. Este último es el propiamente humano. El que nos madura, el que nos hace crecer como hombres. La razón, y no el instinto o el sentimiento, es la que verifica si el amor es auténtico. La pura sensibilidad puede arrastrarnos a cualquier destino, no nos extraña. Tanto amar lo que nos perjudica como detestar lo que nos conviene. La inteligencia no, si está bien educada. ¿Es esto traicionar al amor? ¡No! Es justamente lo contrario. Es renunciar a los reclamos de la carne por el espíritu. Es hacer nacer y cultivar el verdadero amor. No te asombren estas luchas interiores, estas divisiones. Ya te explicaré por qué nos nacen a todos. Por ahora debes tener bien clara esta verdad.

9- El amor no es posesión

Uno de los primeros *test* de la clase de amor que se da en la pareja es el cambio de ambos. Porque normalmente, cuando se inicia un noviazgo, hay cambios y rápidos. Pero ¿cuáles? Si se los ve más expansivos, más entusiasmados por todas las cosas buenas que hacen (vida de familia, estudio, trabajo, amigos, vida cristiana) es buena señal. Si se los ve anulados, absorbidos el uno por el otro, no vayan a pensar que se quieren muchísimo. Es egoísmo compartido. El amor que busca la *posesión* del otro no es auténtico, es amor de sí. Si fuera verdadero sería justamente lo contrario: buscaría que el otro crezca, que se corrija, que sea mejor, que desarrolle su personalidad. Esos jóvenes que desaparecieron del mapa después que descubrieron su *pareja*, no advierten que están equivocados y que luego, si se casan, irán irremediablemente al fracaso. Conocí una señora joven que enviudó. Hasta entonces el marido le había dado todo lo que quería, pero que no saliera de la casa. Mujer llena de cualidades y generosidad, cuando él muere pareció renacer. Toda una vida anulada por un amor posesivo. Es señal de amor ayudar a crecer, a expandir al otro. Si a él le gusta jugar al fútbol con sus amigos, es amor saber decirle: “Me privo de estar con vos una hora porque sé que eso te gusta y te hace bien”. O si ella tiene una gran amiga que ha llegado de viaje, es amor decirle: “No te preocupes por mí, ya veré que hago; calculo que tendrán muchas ganas de hablar”. Tanto más si no se trata sólo de charla de amigas y fútbol sino de materias de estudio, o atención de los padres necesitados, o la ayuda a un amigo, o compromisos de cristiano (la Santa Misa, un apostolado o un retiro). ¡Cuántas novias han pasado

noches en vela cebando mate a un joven que a fuerza de empujones logró recibirse!. ¡Y cuántas jóvenes se han dignado pedir perdón a su pobre madre ofendida porque su novio se lo pidió! En esos jóvenes creo. Creo en esa manera de amar. De allí saldrán grandes varones y mujeres, grandes padres y madres.

Cuando dos personas se decepcionan no se han amado, porque el verdadero amor nunca puede decepcionar. Han sido dos egoísmos disfrazados, dos yo yuxtapuestos. Los ha defraudado su propio yo.

10- ¿Son malos los celos?

Justamente esta actitud antinatural, esta caricatura del amor es el que engendra los tan mentados *celos*. Ante todo hay que aclarar que hay unos celos que son una verdadera enfermedad psicológica que incluso puede invalidar un matrimonio. Me voy a referir a otros celos, a esa enfermedad curable del corazón.

Lo primero que debe tenerse en cuenta es que nacen de un espíritu posesivo, de un amor egoísta. Para tales personas, los demás son competidores, todo lo quieren sólo para sí. O al menos seriamente sospechosos. Compadezco tanto al celoso como al que los padece. Nunca dejan descansar. He visto reñir por celos a la novia con la madre de su novio o con sus hermanas. Cuántas mujeres hay que llaman 3 ó 4 veces al día por teléfono para ver si su marido está realmente en el trabajo y viven pidiendo información a los amigos. En cambio, cuando se ama de verdad hay confianza mutua. “Mi marido trabaja lejos”, me decía una mujer, “pero jamás se me ha ocurrido dudar de él”. Esa confianza mutua es otra señal inequívoca de amistad.

Claro que se puede dar pie a los celos con pequeñas o grandes infidelidades. Pienso en aquellas chicas que le coquetean a todos o esos chicos que juegan a seductor. La mutua entrega amorosa no debe reservarse nada. Tal actitud tiene algo bastante alarmante de frívolo y superficial. Si en una pareja ha habido serias infidelidades, ¿qué difícil es reconstruir la confianza! A veces pasan años y el tema vuelve a aflorar. ¡Qué exigente es el amor! ¡Cómo hay que cuidarlo!

11- El amor no es sexomanía

Es común hoy llamar amor a tantas cosas que no lo son. Es hoy frecuente identificar amor con sexo. ¿No es el tema del 99, 9 % de las películas, programas de TV o revistas que nos invaden? Al menos en nuestro país ha sido especialmente inculcado por el *American way of life*, es decir, el estilo de vida americano. Es el sexo libre, el sexo irresponsable, que sólo le interesa su presente de placer. Nos ha invadido, con la fuerza de la *moda*, las costumbres, las diversiones, el vestido, el lenguaje, la educación, el arte,... todo. Es criterio de vida y de conducta; se ha hecho *cultura*.

Ante todo debo decir algo muy cierto y duro a la vez: esta concepción del amor e inclusive de la sexualidad, que muchos presentan como un avance, un logro del progreso de los tiempos, es síntoma del estado de decadencia, del final de una cultura. Eso ocurrió justamente en la caída de todas las civilizaciones. Ya te hablaré del sexo más adelante. Pero ahora debo decirte que amor no es buscar un *partenaire*, un compañero de aventuras sexuales. Si no es amor la posesión de que hablábamos, tampoco lo es esta complicidad placentera. Eso es también egoísmo mutuo basado ahora en el placer. Se ama al otro por el placer que me da, no por lo que es en sí, por lo que vale, porque me inspira ideales que se hacen más grandes compartiéndolos, porque me despierta el anhelo de hacerle bien. Si bien es cierto que no debe descartarse un cierto atractivo de los cuerpos, eso no es la sustancia del amor sino su acompañante y su condimento. La belleza de los rostros, del arreglo personal, de la mirada, de la sonrisa,... no son cosas malas si las

situamos en su lugar. No te engañes con las ficciones de felicidad que muestra la pantalla. Son puras ilusiones. ¿Has sacado la cuenta de la cantidad de parejas (porque no se sabe si son noviazgos o matrimonios) que han cambiado las personas del mundo artístico? ¿Crees que es un indicio de felicidad?

Cuando en una pareja se han acostumbrado a buscarse en esa sola dimensión, ya se han puesto las bases de la futura infidelidad. ¿Por qué? Sencillamente porque con el tiempo se cansarán el uno del otro, y siempre aparece una chica más joven y atractiva o un hombre que no me hable de los problemas del trabajo sino que se ocupe de mí. Entonces comienza la historia que ya imaginas. Todos sabemos lo doloroso que es descubrir la infidelidad del ser que se ama. He conocido dramas próximos al suicidio, vidas desechas, muertes prematuras,... todo por eso que se dice tan fácil: infidelidad. Además tan difícil de rehacer en cuanto a cariño, confianza. Pasan años y años y nada vuelve a su estado anterior. Es como una copa de cristal que se quiebra. Se podrá pegar, pero, ¡qué difícil dejarla igual, que no se noten fisuras! ¿Por qué reclama tanto el amor? Simplemente porque es amor: se entrega todo y para siempre. Es como si de esa manera se lo hubiera matado porque se le quitó una nota esencial. ¿No se lo promete con esos términos el día del casamiento. Incluso el: “Te quiero” del noviazgo, ¿no lleva implícito el deseo de perdurar? Al menos sería ridículo decirse ese día: te quiero por 6 meses o durante los fines de semana y feriados nacionales.

El amor es algo grande. Más allá de la atracción, de la satisfacción o de la instintividad, es una decisión moral, del corazón humano que debe señorear sobre las pasiones. Es la única fuerza capaz de hacer cosas grandes. ¿No lo has experimentado vos mismo? ¿No es acaso porque ama conquistar la cumbre que el andinista hace días y días de un esfuerzo descomunal? ¿No es acaso por amor que la madre de ese hijo *Down* se sacrifica más que por los otros? ¿No es el amor lo que une esas parejas de ancianos donde nada cuenta la sexualidad? ¿No es el amor lo que explica que Teresa de Calcuta haya consumido esa única vida que tenía no para sí sino para los demás? Justamente es ella quien nos cuenta una hermosa anécdota. Dos jóvenes le ofrecen mucho dinero para los comedores de la India. “Les pregunté: ¿De dónde han sacado tanto dinero? Ellos me respondieron: Nos acabamos de casar hace dos días. Antes de la boda decidimos que no compraríamos trajes para la ceremonia ni para la fiesta. Queremos darles a ustedes el dinero. ¿Por qué lo han hecho?, les dije. Esta fue la extraña respuesta que me dieron: Nos amamos tanto que queríamos dar algo a otro para comenzar nuestra vida en común con un sacrificio”. El amor auténtico, y sólo él, es capaz de grandes cosas. Todo esto ya lo había dicho San Pablo hace dos mil años en su célebre *Himno de la caridad*: “*El amor es paciente, es servicial, no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija en la verdad; el amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*” (1 Cor 13, 4-7).

El sexo en su sentido puro y crudo como se presenta hoy, no es más que genitalidad, carne, materia, instinto. Pues bien, dos personas que se unen de esa manera sólo se acoplan, se yuxtaponen. El instinto sexual es anónimo no ve la persona que tiene delante sino su complemento sexual. Dos personas que no comparten más que eso, son dos soledades yuxtapuestas. Sólo las almas se compenetran mutuamente, se unen, se hacen *una*. La carne, en cuanto tal, no es la puerta del alma. Pero el alma es capaz de ser la puerta de la carne hacia luces y goces superiores.

Se debería hablar más exactamente de *sexomanía* o quizás de *sexolatría*. En el primer nombre se indica su parentesco con una disfunción del sistema psíquico, por el segundo con una enfermedad del corazón. Te puedes imaginar que esto hará estragos en el noviazgo.

No dudo que somos frágiles. La juventud y el afecto son un arma de doble filo. Son como

un río de montaña que corre con fuerza. Si se es capaz de aprovecharla producirá grandes bienes, de lo contrario será un ímpetu demoledor. Hay una hermosa poesía de Alfredo Bufano que expresan el temor de que el noviazgo les sirva para pecar, para perder aquel amor que debe ser el primero e irrenunciable:

¡Dios mío, Dios mío
me causa pavor
pensar en que puedo
pecar por su voz;
pecar por sus ojos,
por su corazón,
por sus manos finas,
por ella mi Dios;
por ella, por ella,
-- nieve, rosa y sol --
por ella, Dios mío,
que es tu obra mejor!

La culpa no es mía
ni de ella, Señor.
¡Canta, canta y canta
nuestra vida en flor!
Cien pájaros locos
dicen su canción
en la selva virgen
de mi corazón.
Mis ramas no pueden
ya con tanta flor.
¡Tanta savia ardiente
me mata, Señor!
¡Por esto, Dios mío,
dame tu perdón
si un día por ella,
perdiera tu Amor!

12- Tienes que hacer a tu esposo, tienes que hacer a tu esposa

Se escucha mucho decir a los padres: “Mi hija ha tenido suerte con sus esposo”. Si pensamos bien en ello, no hay tanto margen a la suerte. Primero porque se han elegido mutuamente. Además, y esto es lo importante, los años de noviazgo no sólo están para conocerse sino para *hacerse*. Ninguno de los dos es perfecto. Justamente esos años tan hermosos son los más importantes de la vida. Allí se está gestando el futuro. Cada día, cada hora de noviazgo es importante. Es una siembra. Luego cosecharán lo que hayan sembrado juntos.

Ese conocimiento mutuo hace aparecer cualidades y defectos. Esos ideales que los hacen mirar hacia arriba los deben mover a ir corrigiendo defectos. ¿No es cierto que cuando hay amistad se aceptan bien las observaciones del otro? ¿No es entonces el noviazgo el momento decisivo para ayudarse mutuamente a cambiar? ¡Cuántas veces ni los padres lograron que un hijo corrigiera su desorden, pusiera voluntad y disciplina en el estudio o se hiciera responsable, y la novia lo consiguió en pocos meses! ¡Cuántas veces he visto a chicas cuyos novios los llevaron a un verdadero despertar de la fe que ni en su casa habían logrado! Sin lugar a dudas se puede decir que los novios están haciendo su futuro esposo o esposa, el futuro padre o madre de sus hijos. Ese camino emprendido en el tiempo del amor fácil, del amor entusiasta y generoso, marcarán los futuros matrimonios para siempre. Pero si ese camino no se emprende entonces, casi puedes darlo todo por perdido. Ya luego muy difícilmente se comenzará. Esta tarea mutua debe dar nuevo sentido a tu noviazgo. Recuerdo siempre a una chica que me decía preocupada por la vida espiritual de su novio: “No concibo el cielo sin él”.

Muchas veces me encuentro con estos dramas: “Es que él no tiene ninguna intención de cambiar”; “Me pide que no lo moleste más con ese tema,...”. ¿Crees que puedes ir así al matrimonio para toda la vida? “Que ya más adelante,...que cuando nos casemos,...” Entonces no le creas. El amor o la recta intención se demuestra con obras o es falso. Si ahora, que se está

dispuesto a todo, no cambia mucho menos lo hará después. Entonces todo se hará más difícil. Muchas personas se han casado ilusionados con promesas y el tiempo les ha demostrado lo contrario. Entonces ya es tarde. En casi todas las rupturas matrimoniales cuando les pregunto si ese defecto desencadenante estaba antes, casi siempre me suelen decir que sí, desde novios. “Pero no le di importancia, pensé que iba a cambiar”.

Como todos sabemos, el cariño mutuo juega malas pasadas. Como hacer ocultar los defectos de su pareja para que sus padres o amigos no se los objeten. Sé que duele reconocer los defectos de los seres queridos, pero es para bien de todos y aquí están en juego grandes cosas. Suelen también defenderse mutuamente diciendo que nadie los entiende... Puede ser,... pero ¿que nadie, nadie los entiende? ¿No habrá algo de cierto?

13- Crecer juntos

¿Conoces ese juego en que varias parejas corren carreras atándose la pierna izquierda de uno con la derecha del otro? Ganan los que mueven sus piernas al unísono. Siempre el matrimonio me hacía recordar ese juego de infancia. Los dos deben proponerse tener unidad de criterios, de ideales, de aspiraciones. Los dos lo necesitan y, si lo intentaran juntos, ¡cómo se hace todo más fácil! Hay un tiempo tan especial como lo es la primavera en la naturaleza. Luego, el verano, serán los frutos. En este tiempo de sueños, ideales, proyectos todo es más llevadero. La futura vida matrimonial, la convivencia, exige ya cierta maduración humana y cristiana. Exige virtudes. “Es más fácil morir por la mujer que se ama que vivir con ella”, dijo Byron con humor. Para ser capaz de vivir que quien amas, seguir creciendo en el amor y alcanzar juntos tus metas es que debes inscribirte en la *escuela del amor*.

Debes tener presente algo de suma importancia: el amor es una *virtud* y por lo tanto un hábito, una cualidad que perfecciona al hombre y lo hace crecer en su propia esencia de hombre. Más aún, se trata de la más perfecta de todas lo cual significa que es la que abarca más todas las dimensiones de la persona, en sus relaciones con Dios, con el prójimo y consigo mismo. El Apóstol San Pablo la llamaba “*vínculo de perfección*” (Col 3, 14), la “*mayor*” de todas las virtudes, que “*no acabará nunca*” (1 Cor 13, 8 y 13). Pero como toda virtud es también capaz tanto de crecer como de estancarse y morir.

Nadie nace maduro ni perfecto. Para eso está el tiempo, para eso está la ayuda de los demás. El noviazgo es una de las más grandes y decisivas. ¿Por qué? Porque el que inicia rectamente este camino es porque le entusiasma la cumbre, el fin. En realidad lo que entusiasma a una pareja ¿no es compartir, estar juntos? La familia es justamente eso llevado a su plenitud: compartir todo para siempre. Es algo tan grande, tan entusiasmante, que quien lo ve con claridad adquiere como alas para volar alto, para los más grandes ideales. He visto jóvenes estancados, mediocres, sin ideales, ya invulnerables a los consejos y ejemplos de su casa. De pronto, una chica o un chico le cambia la vida, le producen el despertar de una serie de fuerzas que estaban dormidas. Entonces ponerse a estudiar o trabajar sin descanso, hacerse responsable; descubrir su compromiso con su familia, con los demás, valorar la patria e interesarse por su verdadera historia; entusiasmarse por corregir sus defectos, por la santidad, por conocer más las cosas de Dios, por ser apóstol de Cristo. ¡Qué bien hace Dios las cosas! ¡Qué fuerza transformadora ha puesto en los grandes ideales! ¡Cómo nos maduran humana y cristianamente! ¡Si supiéramos aprovecharlos! Un joven de vida bastante desordenada se había enamorado de una chica angelical. El percibió lo que ella valía. “Cambié de vida –me contaba– para que ella se fijara en mí”.

Los novios que ya piensan en casarse a lo primero que atinan es a pensar en la casa, en ir comprando el ajuar. ¡Con qué ilusión van eligiendo cada cosa! ¡Qué esfuerzo hacen a veces en

privaciones para poder adquirirlas! Pues bien, ¡cuanto más vale ese crecimiento y maduración en virtudes de la pareja! Ese es su verdadero y fundamental capital. Ayudarse en eso es realmente quererse y poner los sólidos cimientos de un gran hogar. Eso es crecer en el amor, en el verdadero amor, en la capacidad de amar. El hombre está hecho para amar pero debe madurar en el amor, psicológica y moralmente. Vienen al caso aquellos versos de Francisco L. Bernardez:

Aquellas manos desnudas
Ya no son manos vacías
Desde que el amor las llena
Con su propia maravilla.

Aquellos pasos sin rumbo
Aquellos pasos sin vida,
ya tienen rumbo seguro.
Desde que el amor los guía.

Aquel corazón oscuro
Luce una luz infinita
Desde que el amor lo alumbra
Con su verdadero día.

Aquel pobre entendimiento
Tiene una fuerza más limpia
Desde que el amor lo inflama,
Desde que el amor lo anima.

Aquel mundo sin objeto
Tiene una razón precisa
Desde que el amor eterno
Lo sustenta y justifica.

Crecer, crecer en virtudes. Sobre todo deben insistir en aquellas más necesarias a la convivencia. ¿Sabes cuáles son? Esto mismo pregunté una vez a un grupo de matrimonios. Casi todos me respondieron que en estas tres: comprensión, paciencia y generosidad.

¡Cuántas personas instruidas son moralmente subdesarrolladas, incapaces de amar! Einstein, el famoso sabio que revolucionó la ciencia física tenía una atrofia en este aspecto. A la que sería su segunda mujer le escribió una vez que trataba a su esposa Maric “como a una empleada a la que no puede despedir”. Estableció las condiciones que debía cumplir si quería seguir con él. “A: Te encargarás de que mi ropa esté en orden, que se me sirvan tres comidas regulares al día en mi habitación, que mi dormitorio y mi estudio estén siempre en orden y que mi escritorio no sea tocado por nadie, excepto yo. B: Renunciarás a tus relaciones personales conmigo, excepto cuando éstas se requieran por apariencias sociales. En especial no solicitarás que me sienta junto a ti en casa, que salga o viaje contigo. C: Prometerás explícitamente observar los siguientes puntos cuando estés en contacto conmigo: no deberás esperar ninguna muestra de afecto mío ni me reprocharás por ello, deberás responder de inmediato cuando te hable, deberás abandonar de inmediato el dormitorio o el estudio y sin protestar cuando te lo diga. D: Prometerás no denigrarme a los ojos de los niños, ya sea de palabra o de hecho”. Evidentemente se separaron. De sus tres hijos, uno (el primero) lo entregó su mujer en adopción y otro murió

loco en un hospital psiquiátrico. ¿Te das cuenta lo que significa la falta de virtud, de amistad, de verdadero amor? Esto comenzó en el noviazgo, pero allí se nota poco, se vive pensando en otras cosas superficiales y pasajeras y se pierde el tiempo más precioso para sembrar la futura felicidad.

14- La edad del amor

Todo lo visto hasta ahora te hace ver que iniciar un noviazgo es una de las primeras decisiones importantes de tu vida. Ahora bien, ¿cuándo es el momento adecuado?

Para entender la respuesta hay que detenerse un instante en considerar las grandes etapas de la vida del hombre. Un gran pedagogo de nuestros días, V. García Hoz, encuentra cinco etapas vinculados a otros tantos factores en la maduración de la persona para el amor.

De niño se descubre la diferencia social de los sexos (sin connotación erótica); advierte que hay diferencias entre niños y niñas, hombres y mujeres. Cuando se inicia la adolescencia, a raíz de los fenómenos físico-psíquicos, se descubre el sexo como tal, con una fuerte tendencia a la búsqueda del placer egocéntrico. Otro factor que marca una etapa es la curiosidad que nace por conocer el sexo opuesto. Una cuarta está signada por la tipificación de la persona ideal que le atrae: aspecto físico, carácter, personalidad. La última es el fenómeno de la personificación de la anterior. Se descubre ahora la persona concreta a la que quisiera entregar la vida y compartir mis ideales. Ha ingresado en este momento el verdadero amor que ha sublimado lo físico y lo sensible.

Este análisis es muy importante para lo que luego veremos como educación sexual o mejor, educación para el amor. Por ahora debemos observar que desde la segunda etapa se ingresa en lo que se ha llamado *adolescencia*. Un momento muy especial, delicado y decisivo.

La adolescencia se caracteriza por ser el tiempo de grandes cambios. Es la etapa del desarrollo personal y de la afirmación de sí mismo. Es el tiempo en que desaparece la *seguridad* que daban los padres y aún no se consolida la propia. Se va descubriendo todo ese nuevo mundo personal que está apareciendo de su cuerpo, sentimientos, emociones y sensaciones. También su mundo exterior de personas. De ahí su descubrimiento del amor y de la amistad. Como es la etapa de afirmación de sí, entra en crisis toda autoridad externa, sean los padres, los educadores o la misma religión. Toda ley, todo mandato y opinión que no sea suyo tiene poco o ningún valor. Es entonces el tiempo de la rebeldía, de la libertad absoluta. Es capaz incluso de aceptar los modelos e ideas más absurdos, sólo porque sintonizan con él, con sus inclinaciones, tendencias o problemas más íntimos que está experimentando. Es su *lógica*. Se piensa demasiado en sí mismo; todo el mundo gira alrededor de sí. Se suele estar convencido que se ama a fulano o fulana, pero en realidad se debiera decir que él o ella me hace sentir bien. Ese desarrollo del sujeto lo hace extremadamente sensible a lo que los demás deben hacer por él. Piensa que todos le hacen injusticia a cada momento. No advierte que es terriblemente injusto porque no piensa en los demás, en la cantidad de obligaciones que tiene con el prójimo: los padres, los educadores, la sociedad, los mayores,... Como su personalidad no está formada, es muy voluble, influenciado por el ambiente. Sería incapaz de ir contra una moda o contra corriente en los más mínimo. Sin embargo se cree muy seguro de sí y proclama su capacidad de autonomía, su seguridad en saber muy bien lo que debe y no debe hacer. Si se equivocan, los demás tendrán la culpa. Todo en él es inestable: sus ideas, sus gustos, sus amigos, sus decisiones. Idealiza fácilmente ese nuevo mundo: amigos, novia, novio, amor, vida. Con el tiempo irá viendo que la realidad es más compleja, que no todo es blanco o negro o químicamente puro. El adolescente pide autonomía y libertad, pero es incapaz de usarla bien y, sobre todo de hacerse cargo de sus actos. Claro que todo esto él no lo advierte...

Este cambiante punto de vista puede sintetizarse en estas cuatro escenas: el niño piensa: ¡que grande es Papá, lo sabe todo!; el adolescente: Papá está fuera de onda, no me entiende; el joven maduro: Papá tenía razón en muchas cosas; el adulto: ¡Qué sabio era Papá!.

Un adolescente que no madura se convierte en un perpetuo rebelde, un idealista separado de la realidad, un crítico, un revolucionario. O también en el que capitula ante el mundo circundante porque no adquirió personalidad, sea este la mayoría, lo fácil, lo exterior o el placer.

¿Piensas que es edad de asumir la responsabilidad de un noviazgo? Iniciarlo es interrumpir un proceso de maduración con serio riesgo de no lograrlo nunca más. O de lo contrario se iniciará otra cosa muy distinta a un noviazgo aunque lleve su nombre. Se jugará al amor. Y ¿sabes lo que pasa a los que queman etapas de la vida? Lo mismo que a la fruta que madura fuera de la planta: no tiene jamás el verdadero sabor. Son los que no maduran más, los eternos adolescentes. Muchos de esos llamados *Don Juan*, que van de noviazgo en noviazgo, que pasan por la vida enamorando sin concretar nada son de estos casos. Pareciera que han desarrollado su capacidad de amar siendo lo contrario: incapaces del verdadero amor.

Concretando la pregunta inicial, ¿crees que con la turbulencia de los 13 o 14 años se está en condiciones de comenzar algo serio? Entonces no se piensa más que en sí y una pareja en este estado no será sino dos egoísmos unidos o dos crisis sumadas. En realidad no conviene que sean muy jóvenes por varios motivos. Una buena razón es que son todavía inmaduros para comenzar algo que supone una referencia, aunque todavía sea lejana, a algo en lo que ellos ni piensan: el matrimonio. En el lenguaje común se lo solía llamar *edad del pavo*. ¡Qué no son capaces de hacer dos pavos juntos! Pero hay otra razón. Un noviazgo temprano impide a ambos tener la sana libertad para conocer otras personas, tratar con sus amigos, dedicar tiempo a otras cosas, madurar en su ambiente natural.

En concreto voy a arriesgar cifras con todo lo relativo que ya sabemos que son. Diría que a las chicas les conviene noviar después de los 16, a los varones de los 18.

15- El lugar donde madura el amor

La juventud es otra etapa distinta. Es justamente la edad más propicia para ampliar los conocimientos de las cosas, descubrir el mundo que nos rodea. Es el momento de cultivar las relaciones humanas, descubrir a los demás. Por ello llama tanto a los jóvenes la aventura de viajar, de conocer otros lugares y personas. Justamente esa relación con los demás, cuando está bien llevada, hace madurar como persona. Es ahora cuando deben cultivarse las verdaderas amistades que en la adolescencia tenían la nota de cierta superficialidad e inestabilidad. Como se va forjando la personalidad, van naciendo los ideales -- o no nacerán jamás -- y van consolidándose las más profundas amistades. Este es el tiempo de compartir con un joven de otro sexo uno de esos ideales más grandes al que puede aspirar un hombre: la familia.

Es ella, la familia, y sólo ella la que da sentido último al noviazgo. Porque uno de los fines más grandes y nobles que un joven se pueda plantear es ese. Compartir con otro el milagro de la transmisión de la vida y entregarse todo a otro con el cual emprender juntos el camino de la vida, el camino hacia la eternidad. En el seno mismo de esa pequeña y tan admirable sociedad maduran todas las virtudes. El varón tiene allí el más firme apoyo para lanzarse al mundo. Para la mujer será encontrar la protección necesaria para sentirse segura en el hogar donde será un poco artista, ecónoma, psiquiatra, educadora, enfermera, encargada de relaciones sociales, amiga, esposa y madre ... Pero no olvidemos que la condición indispensable para que ambos maduren en sus vocaciones respectivas es encontrar en el hogar un apoyo. Ni que decir lo que significa el nacimiento del primer hijo. A la mujer la madura el sólo hecho de la maternidad. Parece que esos nueve meses, tan bien pensados por Dios, son los necesarios para ir creciendo misteriosamente al

compás de ese hijo. He visto madres muy jóvenes, de 14 o 15 años, que con el primer hijo adquieren un aplomo de mujeres que no se los darían muchos años de enseñanza ni de simple tiempo. El varón, por su lado, encuentra una razón más, tal vez la más importante, para sacrificarse en el trabajo. ¡Cuántas renunciadas he visto hacer a padres y madres para dar diariamente de comer a sus hijos! ¡Y les parece algo tan natural! Y en verdad lo es. Dios les da fuerzas muy especiales dándoles razones muy especiales para vivir. Si han crecido juntos, si han llevado un buen noviazgo, están preparados para una decisión irrevocable, no temen.

16- Cuando nace una verdadera amistad

Hemos hecho un pequeño recorrido para aclarar algunos puntos. Ahora te podría definir la amistad propia del noviazgo: es el mutuo amor de benevolencia que nace de esa sintonía de personas e ideales entre un chico y una chica. Cuando los dos sintonizan no sólo en ese primer nivel de simpatía sino cuando se encuentran dos amores verdaderos, no aquel que busca al otro sólo para usarlo o gozar con él.

¿Quieres saber lo que es ser amigos de verdad? He aquí el relato de un joven que perdió a su mejor amigo. “Me maravillaba de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él. Bien dijo uno de su amigo que era ‘la mitad de su alma’. Porque yo sentí que mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos, y por eso me causaba horror la vida, porque no quería vivir a medias, y al mismo tiempo temía mucho morir, por que no muriese del todo aquel a quien había amado tanto”. El joven es nada menos que San Agustín, unos años antes de convertirse. Tenía pasión por la amistad y nadie supo describirla como él.

Creo que todos sabemos algo de lo que significa un verdadero amigo. Decía Chesterton que en matemáticas 1 más 1 son dos, pero en la amistad son como docientos. Valdrás más, te sentirás más seguro en la vida, te aparecerán fuerzas que antes no tenías, te dará una razón más para vivir, luchar y corregirte. ¡Los milagros que hace una amistad bien entendida! ¡Los hermosos hogares que formaría! ¿Nunca has oído ponderar esos matrimonios mayores diciendo: “¡Qué compañeros que son!””. Es uno de los más grandes elogios. Ser como dos cuerpos en una misma alma. La *fidelidad* se ha convertido en ellos en algo natural, espontáneo. Una vez a un joven de novio un amigo le propone una aventura con otra chica. “Aunque Dios me lo permitiera,-- le respondió--, no me lo permitiría mi amor por ella”. Detrás de esa unión tan grande que parecen como dos hierros soldados a fuego hay muchos años de paciencia, humildad, mansedumbre, caridad,... Todos nombres del amor auténtico. ¿Crees todavía que es cuestión de suerte o de signos del zoodíaco? El problema de los matrimonios no es que discrepen o incluso discutan. El problema es no estar preparados para crecer con ello.

He conocido ancianos matrimonios que al faltar uno de ellos el otro ya no sabe vivir solo y al poco tiempo se deja morir. Es que el amor hace del otro un *otro yo*, pues dicho con las sabias palabras de San Juan de la Cruz, “el alma está más donde ama que donde anima”. Entonces la muerte del otro se lleva consigo la propia alma. “*El amor es fuerte como la muerte*”, dice el Cantar de los Cantares (8. 6) porque ambos sacan el alma del cuerpo. Entendemos ahora aquella célebre afirmación de la Sagrada Escritura que antes habíamos citado: “*El amigo fiel es seguro refugio, el que le encuentra ha encontrado un tesoro*” (Si 6, 14). El gran escritor francés, G. Thibon, cuenta la impresión que le dio un anciana española que había perdido a su esposo de joven a los pocos meses de casada. “Nunca más me volví a casar, pero he vivido de los recuerdos que me dejó”. Esta es la unión de espíritus, esto es verdadera amistad. “Agradece volver a encontrar --escribía A. Maurois-- bajo los cabellos blancos la mirada y la sonrisa que habían sido amadas bajo cabellos negros o rubios”.

Había aclarado al principio que se trata de una amistad muy particular, muy específica: entre un varón y una mujer. De eso hablaremos ahora.

CAPITULO SEGUNDO

EL NOVIAZGO ES DE UN VARON CON UNA MUJER

Aunque parezca algo demasiado elemental, es necesario precisar una serie de cuestiones sobre la identidad de ambos. Ante todo, es obvio que hay diferencias fisiológicas notables: hormonales, cromosómicas, oseas, musculares, psicológicas, etc. Nos interesa ir un poco más allá. A sus diferencias psicológicas y espirituales, a los diversos roles que ocupan en la sociedad y la familia y su admirable complementariedad. Hoy, que todo se cuestiona, tendremos que hacer además otras aclaraciones que nos ayudarán a valorar más los planes de Dios en la creación del varón y la mujer.

1- Al final, ¿cuántos sexos hay?

Unas décadas atrás hubiera sido absolutamente innecesario tratar este tema. Era evidente para todos. ¿Te das cuenta cómo ahora hay que aclarar hasta las cosas más elementales del sentido común? En una sociedad normal, sana, las ideas y principios morales se asimilan del mismo ambiente desde la infancia porque están incorporados a él, se han hecho costumbre, criterio, norma de vida, ley. Todo un síntoma...

Aunque la amplitud de la materia es muy enorme, diremos lo mínimo necesario en lo se relaciona a la nuestra. Ante todo, se ha difundido mucho, machaconamente y por presión, la llamada teoría del *género*. Aunque hace mucho que se estaba gestando la idea, de neto origen marxista, hizo su presentación pública en 1995 en Pekín, en la famosa IV Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la Mujer. Así se sostuvo (y se impuso) la idea de que ya no debe hablarse de *sexo*, pues se interpretaría en el sentido tradicional, sino de *género* o, en todo caso, *orientación sexual*. Esta nueva teoría sostiene que, por más que hay en nuestro cuerpo una determinación masculino-femenino por nacimiento, lo que propiamente es el sexo es una libre elección. Ellos la llaman *orientación sexual*. Tradicionalmente, dicen ellos, la sociedad nos *imponía* dos sexos y orientaciones sexuales. Hoy ha nacido un nuevo concepto de *libertad* evitando todo condicionamiento o autoritarismo que me permite elegir mi propia sexualidad. En realidad –dicen– esta viene dada con la misma naturaleza y no puede ser cambiada. De esa manera se presenta un espectro de opciones: bisexual, transexual, homosexual (gay-lesbiana), travesti,... y las que uno elija. Luchar contra estas tendencias sería no sólo inútil sino antinatural y pondría en peligro la salud y el equilibrio psicológico de la persona. Sus insistentes presiones han logrado que en el 1991 la Organización Mundial de la Salud retirara la homosexualidad del catálogo de enfermedades. Sostienen que un 10 % de la población está afectada por esta situación pero la represión social impide que se manifieste. Se consideran víctimas de la discriminación social y retrucan con su conocido *orgullo lésbico-gay*. Se nos exige respetar su orientación sexual, respetar las *diferencias*, y se lo evalúa como un avance en los *derechos humanos*. A quienes rechazan estas teorías, no aceptan o temen experimentar relaciones homosexuales se los llama *homofóbicos*, una enfermedad o ya considerado en muchos lugares como un *delito*.

Estas opiniones hoy tienen los medios de comunicación a su favor, se imponen en la educación y se legitiman por las leyes. En pocos años se nos han introducido en todos los sectores de la sociedad y, en esta era de la *libertad de pensamiento*, se imponen coactivamente y han logrado un vuelco notable de la opinión pública y de las leyes a su favor, como la legitimación de sus *matrimonios* y la adopción de hijos. ¿Qué opinar de este fenómeno?

Todas las culturas y pueblos medianamente sanos de la historia de la humanidad han

considerado que sólo existen dos sexos: varón y mujer, macho y hembra. El mismo reino animal lo hace patente. La Sagrada Escritura, al hablar de la creación, dice sencillamente: “*Los hizo varón y mujer*” (Gen 1, 27). Ello no obstante ha existido también y desde siempre en algunos casos la atracción hacia el mismo sexo que comienza a manifestarse desde la adolescencia. La psiquiatría científica lo considera una enfermedad, neurosis, que requiere una ayuda especial.

¿Las causas? Lo primero que debe afirmarse es que no se es homosexual por esencia, por naturaleza, como ellos sostienen. Además definirse como persona aludiendo a la sexualidad –y desordenada– es una reducción del ser humano, un menosprecio o desconocimiento de lo más perfecto y elevado de nuestro ser. Se podrá, en todo caso, hablar de tendencias, conductas, afectos, sentimientos, deseos, etc., homosexuales. ¿Su origen? Hasta hoy se considera casi descartado un origen genético. Es decir, no hay un presunto *gen gay*. Tal vez podría atribuirse a algún factor hormonal o lesión cerebral, pero aún sin certeza científica. De lo que sí hay certeza de la ciencia es lo que podríamos llamar el influjo cultural. Es decir todo aquello adquirido por fallas en la educación familiar, amistades, ambiente, etc. Parece decisivo en este punto la ausencia física o la presencia débil de la figura paterna. También es frecuente en casos de violación. Habría que agregar los casos de libre elección. De aquellos que sin tener la tendencia han adquirido el hábito por experiencias libres, generalmente hastiados de otro tipo de relaciones. En este sentido puede terminar siendo no sólo una enfermedad, una disfunción, sino una grave culpa, una degradación moral. En suma, cualquiera que fuere su origen, surge como consecuencia de un problema en el desarrollo del individuo. Es necesario decirlo claramente: la homosexualidad está relacionada con hogares rotos, infancias desdichadas y malas relaciones con los padres.

En honor a la verdad se deben denunciar las grandes mentiras detrás de lo que podríamos llamar *ideología gay* que han oscurecido más el panorama. Se ha generado en torno a ellos una gran hipocresía social de la que serán las primeras víctimas.

No es verdad, como se publicita, que sean el 10 % de la sociedad cuando, a lo sumo, serán el 1 %. Además sólo una minoría de ellos se proclaman pública y orgullosamente como *gays*. La mayoría permanece en la discreción, el secreto y anhela ayuda y curación. En esto los *gays* son despiadadamente discriminadores... de sus pares. Se auto proclaman representantes de quienes detestan su actitud.

No es verdad que sean tendencias naturales y normales. Tenga el origen que tuviere (heredado, psicosomático, cultural, elección voluntaria) es una enfermedad, una culpa o ambas cosas, pero nunca algo bueno para la naturaleza humana. Sufren una alta probabilidad de dramas físicos, psíquicos y sociales. No se dice, por ejemplo, que tienen los índices más altos de SIDA, de suicidios y sus celos y rencores los llevan a los crímenes mas crueles que se conocen.

No es verdad que sean felices en su estilo de vida, en su *subcultura* o en su *vida de pareja*. Podrán legalmente contraer matrimonio, adoptar hijos, tener cobertura social, gozar de inmunidad de crítica, privilegios, etc., pero no serán felices. Lo suyo seguirá siendo un desequilibrio y una disfunción de la naturaleza. Con todos los papeles que se quiera y las leyes en su favor, sus presuntos matrimonios no serán más que compartir... una desgracia común. Es falso que sean felices con su pareja: su unión es estéril y estadísticas recientes revelan que el término medio de convivencia de una pareja homosexual *estable* es de 18 meses. Dos personas del mismo sexo no pueden donarse afectivamente por incapacidad biológica e insuficiencia psicológica. No poseen la capacidad de la complementariedad. Su mutua atracción no nace del amor sino de una deficiencia. Diversos estudios, que hoy abundan, revelan datos estremecedores: de unas 160 parejas, sólo 7 duraron 5 años; cerca del 30 % de ellos había tenido relaciones con más de 1.000 personas, el 80 % extrañas. ¿Es esto amor? ¿Es capacidad de amar? Años atrás, uno de ellos,

preso por intento de homicidio en una cárcel italiana, escribió un libro contando toda la realidad íntima que viven. Rencillas, celos, inestabilidad afectiva, soledad, droga. Su presunto mundo feliz tiene poco de real.

No es verdad que puedan integrarse pacíficamente a la sociedad. Su psicología los hace especialmente agresivos, buscan compulsivamente su *partenaire*, cómplice o víctima. Sea por dinero, engaño, presión o violencia. Por ello buscan con ansiedad los ambientes propicios, como los internados. Si la sociedad los quiere apartar de los centros educativos o de jóvenes, dirán que se los discrimina.

Incluso está ya comprobado que tales tendencias son tratables. Psicólogos especialistas que lo han hecho lo atestiguan. Uno de ellos, el holandés Gerard van den Aardweg, con amplia experiencia de consultorio y tratamiento de homosexuales, sostiene que, si los pacientes colaboran, el porcentaje de superación de sus conductas, tendencias y sentimientos es casi total. Al menos cambian en sus inclinaciones fundamentales y pueden llevar una vida normal. El logro ideológico de haberlo eliminado de las enfermedades que necesitan cuidado y tratamiento ha conseguido agravar su situación.

En la Biblia se nos habla de la tristemente célebre ciudad de Sodoma (de donde viene el término actual *sodomía*), destruida por Dios debido a su estado de corrupción moral (Gén 19, 1-29). Fue una degradación muy extendida en los pueblos vecinos a Israel y, para el *Pueblo elegido* y educado por Dios, era un pecado gravísimo que merecía la pena de muerte (Lv 18, 22, 20, 13). San Pablo comenta y analiza las causas últimas de este fenómeno en el mundo antiguo en la carta a los Romanos. Por la necedad de haber ignorado a Dios a pesar de que la creación lo manifiesta, fueron castigados con esta clase de corrupción. Transcribo el texto porque tiene la autoridad del Apóstol y la fuerza de la palabra inspirada por Dios: “*Por eso los entregó Dios a pasiones vergonzosas; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza. Igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, ardieron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en sí mismos el pago merecido de su extravío*” (1,26-27). Para meditar y extraer muchas conclusiones...

En verdad, son personas que necesitan un especial cuidado, tanto en su cuerpo como en su psiquis y su alma. Toda la sociedad debe unirse para ayudarlos con enorme caridad, como se hace con los más necesitados. Pero ello supone partir de la base que es una enfermedad o una disfunción. Menos aún privilegiar sus conductas y mostrarlas como naturales. Su actual legitimación es uno de los desórdenes sociales más graves de nuestro tiempo, síntoma de una sociedad en descomposición. Su justificación les hace duplicar su mal. El primer acto de caridad hacia ellos es la verdad. Esta actitud equívoca no sólo aniquilará la sociedad sino a ellos mismos, como decía San Pablo. De esta manera jamás recibirán la atención que necesitan como enfermos. Los sacerdotes sabemos cuantas personas, en la reserva natural de esa confidencia, solicitan ayuda espiritual y no sienten ninguna identificación con el publicitado *movimiento gay*.

No se si son convincentes las razones que te doy. Tengo, con todo, una última: ¿has visto una manifestación *gay*? ¿Te gustaría ser uno de ellos?

Es el momento de recordar ese dicho que siempre se cumple: *Dios perdona siempre, el hombre a veces, la naturaleza nunca*.

Retornemos mejor a considerar la maravillosa obra de Dios y entrar en el tema de las diferencias sexuales y de todo lo que ello implica. ¿Qué es ser varón? ¿Qué es ser mujer?

2- ¿Es malo el sexo?

Te he querido hablar de la sexualidad luego del amor para que la puedas ubicar más

exactamente en su lugar. El antiguo relato de la creación habla del momento solemne en que Dios crea a ambos: “*Los hizo varón y mujer*” (Gn 1, 27). Es decir, que esa diferenciación de dos sexos se origina en el mismo acto creador, se recibe como un don de Dios junto con la existencia. Ambos iguales en cuanto personas, complementarios en cuanto varón y mujer. Denota una gran ignorancia (o mala fe) afirmar que la Iglesia ha visto al sexo como un *tabú*, es decir algo malo y prohibido. La sexualidad con todo lo que implica está hecha por Dios. Cobran especial valor aquellas palabras de un autor cristiano de los primeros siglos de la Iglesia: “*No debemos avergonzarnos de nombrar aquello que Dios no se avergonzó de crear*”. La atracción sexual y el placer de la unión son puestos por el Creador. Aunque no hubiera habido pecado original la reproducción humana sería igual. “*Creced y multiplicaos*” (Gn 1, 28), indicó Dios a Adán y Eva. Incluso dice el gran doctor de la Iglesia San Agustín que sin pecado original el placer de la unión sexual sería más intenso. Tampoco es cierto, y es otro error difundido, que el pecado de los primeros padres haya consistido en un pecado sexual. Todo lo contrario. Consistió en una falta del espíritu, de soberbia en concreto.

¿Qué sentido le dio Dios a la sexualidad? Es fácil entenderlo con una comparación muy simple. Dios puso dos inclinaciones vitales en lo más profundo del hombre: una para conservar su propia vida, la otra para conservar la especie humana. A la primera se la llama hambre y sed, vinculados al instinto de conservación, a la segunda se la llama instinto o apetito sexual. Justamente para que el hombre no se retrajera de ambas, puso en sus ejercicios el placer, la satisfacción. No para que apeteciera el placer por sí mismo sino para que le ayudasen a buscar esos dos bienes tan fundamentales. El hambre y la sed le indican que debe conservar su vida tomando alimento y bebida. La natural búsqueda de la otra persona de diverso sexo que está llamado a procrear, a multiplicarla. Ambas inclinaciones, tan vehementes, nos deben hacer pensar en el valor que Dios da a la vida. Por esta razón hasta los mismos paganos vieron en el acto sexual algo sagrado, y el mayor filósofo de la antigüedad, Aristóteles, sostenía que el semen del varón era algo divino porque en él se inicia la vida humana. Pero el hombre es hombre, es decir dotado de espíritu, de inteligencia y conciencia, voluntad y capacidad de amar. No es un animal superior sino algo esencialmente distinto. Por ello se habla en el relato de la creación del hombre hecho “*a imagen y semejanza*” (Gn 1, 27) de Dios. Ello quiere decir que el hombre no debe tratar su sexualidad como algo simplemente regido por leyes animales, como simple impulso biológico. Debe integrar su sexualidad en su ser de hombre, en el cual se unen cuerpo y espíritu.

En la comparación que pusimos hay una diferencia entre la búsqueda de comida y bebida y el apetito sexual. El término, el fin de los primeros no son más que simples cosas; en la inclinación sexual, el *otro* es un ser humano, una persona, que vale infinitamente más que las cosas. Por eso la inclinación por el otro sexo es simultáneamente la búsqueda de otro, de un compañero, de una persona con la que se quiere unir de alguna manera. En otras palabras, la sexualidad humana es unitiva, es un medio muy particular que une dos personas en una comunidad de vida. Esto que intento explicar es lo que en la Biblia se dice muy simple y poéticamente: “*Voy a hacerle una ayuda adecuada*” (Gn 1, 18). Y luego: “*Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne*” (2, 24).

En realidad los que pueden unirse son los espíritus más que los cuerpos. Estos serán, en todo caso, una expresión y un instrumento de esa unión del corazón. La sexualidad entonces, para ser auténticamente humana y no animal, debe estar integrada en algo mucho, muchísimo más alto y sublime: el conocimiento y el amor de dos personas. Cuando esa unión de los corazones quiere ser total y para siempre, los cuerpos expresan ese deseo interno en su donación plena y total. Entonces la unión de los cuerpos será el lenguaje con el que se expresa el amor de las almas. El

estímulo de la carne pasa y queda la donación del espíritu, el único que tiene capacidad para perdurar y darnos la felicidad. Hay una gran diferencia entre placer y felicidad. La primera es del cuerpo y la segundad del alma. ¿Qué te ha quedado de tus desórdenes sexuales?, pregunté una vez a un joven hastiado de ellos. Nada, me respondió. Esa es la diferencia entre el placer y la felicidad.

El mundo natural nos da sabias y bellas enseñanzas. En los peces la fecundación se realiza sin ningún contacto entre el macho y la hembra. Estas dejan los huevos en determinados lugares hacia donde se dirige el macho por instinto. En las aves se da unión física, pero sólo por yuxtaposición de orificios adecuados, pues no poseen órganos capaces de penetrarse. Los animales terrestres se penetran, pero sólo materialmente. Sólo el hombre es capaz de unirse, superando a todos los demás, en los espíritus. ¿No hay una gradación muy sugestiva en estos hechos de la naturaleza?

Tal vez por eso el lenguaje común las ha llamado *relaciones íntimas*. Si lo *íntimo* de una persona es lo interior, lo espiritual, el corazón, ¿no se está indicando que esa relación física es la expresión, el signo de la unión espiritual? ¿Qué queda de esa intimidad sin el amor, la unión interior y definitiva? Algo puramente animal que al hombre cansa y hastía. En cambio cuando se da aquella, la sexualidad misma adquiere todo su sentido: dar esa vida que es prolongación de dos que se aman y unir físicamente los cuerpos de dos corazones ya inseparables. Es lo que se llama sentido *unitivo* y sentido *procreativo* de la sexualidad. Ambos inseparables en el plan de Dios. Por el primero se unen dos personas a través del sexo, por el segundo los que se unen se reflejan y prolongan en los hijos. Los que separan la sexualidad del espíritu, del amor, serán dos egoístas solitarios, dos soledades unidas. Hoy se vive una paradoja. Se ha separado “*lo que Dios ha unido*”. Se busca el placer por el placer (sentido unitivo) excluyendo la procreación que ya hemos descrito y podríamos llamar ahora *cultura hedonista*, *cultura antinatalista*. Por otro lado se busca el fruto de la unión (sentido procreativo) sin la unión como en la fecundación *in vitro* o la adopción por parte de parejas gay.

La vida que se engendra no nace exclusivamente de la carne. Por ello hay un misterio detrás de esa unión. *Misterio* es todo aquello que algo se nos revela y algo permanece oculto. Entonces será Dios el misterio por excelencia. Tal vez por ello muchos paganos antes de Cristo percibieron que algo sagrado envolvía el sexo procreativo. El moderno *erotismo*, esa exaltación de la carne sin ninguna referencia al espíritu e incluso al misterio de la vida, caricaturiza el misterio. Busca desesperadamente algo nuevo, algo infinito, algo que sacie al hombre en la pura y simple carne. Ese *plus* lo mendiga al mundo ilusorio de la imaginación o a las *técnicas* de la sexualidad. Este pansexualismo se convierte inexorablemente en, *sexomanía* y, en consecuencia, *sexolatría*. Es la obsesión por extraer a la carne algo infinito. Se le pide a la carne lo que sólo puede dar el espíritu. Una moderna *idolatría* que tiene sus rituales, sus templos, sus dogmas y su culto. Ya el mismo Cristo nos había hecho una seria advertencia: “*Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu*” (Jn 3, 6). El amor mira a la persona, el erotismo a lo que la excita. El amor por ello se fija en el rostro, que es lo más expresivo de lo personal. El erotismo mira otros miembros que son anónimos.

¿Has visto el mundo vegetal? Las flores, en primavera y con su variada hermosura, señalan el tiempo propicio para la fecundación y son ellas mismas los órganos sexuales de las plantas. Con su belleza atraen las abejas que colaborarán a la fecundación. Algo semejante y aún muy superior ha querido Dios para el hombre. Hay una edad propicia, la juventud, que es la primavera del hombre. ¡Qué sentimientos nuevos despierta el renacer de la naturaleza! ¡Todo exulta belleza, vida, exuberancia, plenitud, fuerza vital! Tiene toda su belleza no sólo en lo físico sino en la frescura de los ideales y en la fuerza para emprenderlos. ¡Qué tiempos hermosos! Si los

atravesaras por los caminos que el Creador te ha marcado, ¡qué frutos vendrían! Siguiendo la metáfora anterior, diremos con G. Thibon que “la paradoja del amor humano radica en la desproporción entre su raíz animal y su flor espiritual, más aún, en la reabsorción de la raíz por la flor”.

El tema de la sexualidad no debe plantearse al nivel del sexo sino al nivel del hombre, en el sentido fundamental de su vida, del cual el sexo es sólo una parte. Pensarla, por otro lado, sin la responsabilidad de su fruto y sin compromiso de amor es sexualidad no sólo irresponsable sino animal. Aunque en realidad ni siquiera animal sino infra-animal porque estos tienen su sexualidad ordenada. Las relaciones fuera del matrimonio que hoy se evalúan como algo tan normal, son un verdadero desorden y el comienzo de la descomposición de la vida; un atentado a la misma vida humana. Es transformar el precioso tiempo de preparación en tiempo de caída. Esto nos introduce en un problema que es en cierto sentido un misterio: ¿Por qué el hombre es tan propenso a estos desórdenes?

3- Aquella vieja historia de Adán y Eva

Esto nos lleva a la necesidad de explicar ese misterio que es el hombre, dentro del cual nacen las ideas, deseos y sentimientos más sublimes a la vez que los más bajos. Un gran poeta latino decía: “*Veo lo mejor, lo apruebo pero hago lo peor*”. Exactamente lo mismo que nos confesaba San Pablo: “*Realmente mi proceder no lo comprendo pues no hago lo que quiero sino que hago lo que aborrezco...*” (Rm 7, 15). Es experiencia humana universal percibir esa lucha interior de muchas tendencias opuestas, no sólo las de la sexualidad. Muchas interpretaciones han querido darle a esta dualidad que hay en el hombre. Unos dijeron que hay dentro nuestro dos sujetos: el espiritual y el corporal. Del primero, que es bueno, viene todo lo recto y puro; del segundo viene todo lo malo. Falsa solución porque el hombre es una unidad de alma y cuerpo, materia y espíritu. Otros dijeron que todo lo que nace de dentro nuestro es bueno y que cuando la conciencia o razón nos reprocha está equivocada, está influenciada por esquemas culturales impuestos de afuera y hay que rechazarlos. También esto es falso. Las normas de moralidad nacen de la naturaleza humana y son eternas y universales. Otros pensaron que hay que anular todos los deseos y pasiones porque viven perturbándonos y son difíciles o imposibles de sujetar. No es correcto pensar así, porque son parte de nuestro ser y sería tan ridículo como querer arrancarse un brazo. Y se podría seguir...

En esta, como tantas otras cosas, las enseñanzas de la Revelación Cristiana han sido definitivamente esclarecedoras. ¿Qué nos dicen? Que aconteció en los albores de la historia humana una fractura, una rebeldía profunda y grave del hombre para con Dios. El resultado fue esa dispersión interior, esa lucha en el corazón entre lo bueno y lo malo. Esta historia, con diversos matices, se encuentra en las tradiciones de los pueblos más antiguos de la humanidad. En el cristianismo se lo ha llamado *pecado original* y a sus protagonistas *Adán y Eva*. Desde entonces el hombre se encuentra interiormente disperso, desordenado, desintegrado. Tiene en sus mismas entrañas una lucha, una fuerza centrífuga que lo divide. ¿Qué otra cosa son los sentimientos de envidia, venganza, enojo, vagancia o soberbia? ¿No tira cada pasión para su lado? ¿No buscan lo suyo a pesar de que la razón les indica otra cosa? Ambos, razón y pasión, ¿no están en el mismo sujeto? Mentimos y nos indigna que nos mientan, nos enojamos y no soportamos las iras ajenas: “*No hago lo que quiero sino que hago lo que aborrezco*” (Rm 7, 15). Este antagonismo en nuestro interior se suele expresar en el Nuevo Testamento con las expresiones de *carne y espíritu*. Por ejemplo, este texto del mismo Apóstol: “*La carne tiene apetencias contrarias al espíritu y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos*” (Gal 5, 17). Más adelante da una especie de breve catálogo de lo que nace de la

carne: “Fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías...” (V. 19-21). Creo que San Pablo nos aclara lo suficiente, ¿no? Si recuerdas el viejo catecismo, este nos enseñaba que luego de ese pecado ambos se avergonzaron de su desnudez, se pelearon culpándose mutuamente y su hijo Caín mata a su hermano Abel por envidia. La explicación que trajo el cristianismo es la única equilibrada y correcta: el hombre ha quedado desordenado por dentro luego de aquel misterioso pecado de origen. ¿Te das cuenta por qué somos tan frágiles? Deberíamos decir con frecuencia lo que rezaba San Felipe Neri: “Señor, no te fies de mí”.

Hoy han aparecido infinidad de nuevas enfermedades psiquiátricas a la vez que se han aumentado las tradicionales. Baste pensar en la abundancia de *adicciones* (al alcohol, la droga, el juego, la TV, el sexo, etc.) o las depresiones. Sabemos también y lo complejo de sus tratamientos. Hay psiquiatras que sostienen que casi la mitad de la población sufre alguna de ellas. Cifra probablemente muy exagerada, pero sea la que fuere es preocupante. Pues bien, cuando uno se pone a estudiarlas puede quedar con la impresión de que el fondo del hombre es eso: un manojo de pasiones o fuerzas destructivas, imposibles de ordenar, que nos acechan constantemente. No es así. No hay perder de vista que somos criaturas de Dios y bien se dice en el Génesis que el hombre que había creado era “*muy bueno*” (1, 31). Los desórdenes del *pecado original* afectaron sus inclinaciones, su superficie, su obrar, no su esencia de hombre, que sigue siendo capaz del bien y la felicidad. Este principio tradicional está corroborado por la moderna ciencia. El gran médico-psiquiatra argentino, C. Velazco Suárez, con años de experiencia en tratamientos psiquiátricos afirma: “En lo más profundo del hombre el psicoterapeuta se encuentra no con una instintividad caótica sino con las fuerzas saludables de la persona que mantiene viva la esperanza de un normal desarrollo del paciente”. Esta es la esperanza que siempre tenemos delante de las miserias que arrastramos.

Te propongo finalmente un tema para que medites y puedas comprender mejor las cosas que pasan en nuestro mundo. Hay algo más profundo y esencial que ha permanecido en el hombre porque no puede ser erradicado. Es la necesidad de un absoluto, la necesidad de Dios. Como los vegetales necesitan el sol así el hombre a su Creador, a la fuente de su vida. Pero ¿en qué quedó esta inclinación vital luego de aquella ruptura original? La ruptura con Dios no quitó la sed de Dios. Entonces será sustituida por caricaturas. Nacen así los *ídolos*. Ahora, si el hombre no busca retornar a su fuente, se engañará con sustitutos a los que dará valor absoluto, le asignará atributos divinos, le mendigará la felicidad que anhela. Será el dinero, el poder, la fama, el sexo,... Por esta razón hemos hablado más atrás de *sexolatría*. Pero bien sabemos hasta qué punto son ídolos crueles que nos defraudan y luego se vuelven contra nosotros. En todos los tiempos se han dado los pecados de lujuria. Pero jamás en la historia ha habido una deformación idolátrica de la sexualidad como en estos tiempos. La causa es manifiesta: estamos viendo uno de los hijos legítimos del ateísmo. Si diéramos un paso más en este análisis habría que decir que al fin todos estos ídolos son creados por el hombre, por el espíritu, por el yo inflamado que busca desesperadamente su felicidad dentro suyo. Cumbre del egoísmo y de la clausura sobre sí mismo. Negación, la más absoluta del amor, el único capaz de sacar el hombre de sí mismo y abrirle las puertas del verdadero absoluto, del único que puede darle la felicidad y la vida porque es el *Dios Vivo*.

4- ¿Cómo se reconstruye el hombre?

Desde entonces, el hombre tendrá que luchar consigo mismo para restablecer ese orden. ¿Es posible? Por supuesto. Todo consiste, en primer lugar, en tener ideas claras sobre lo que es bueno o malo. Es como el proyecto, el plano de una casa. Si el constructor no lo tiene ¿qué puede

hacer? Es como el término de un itinerario. Si sales de viaje y no sabes dónde ir ¿puedes comenzar?

Ese proyecto, ese destino final ya fue percibido oscuramente por todos los pueblos aunque en medio de muchos errores. Además quisieron luchar por lo que veían justo, recto y bueno, pero no tuvieron fuerzas. La antiquísima religión de la India, en su culto a la diosa Kali, en el día de su fiesta se permiten cinco *libertades*: carne, pescado, alcohol, sexo y droga. Era un signo de su impotencia para practicar el bien que veían.

Nosotros tenemos un faro, una regla, un punto de referencia: la conciencia, pero la conciencia bien formada. Con la ayuda de Dios hay que ir practicando todo tipo de buenas obras, en lo grande y lo pequeño. Nacen así los *hábitos*. Así como los hay malos: mentira, injusticia, calumnia, robo, etc., también los hay buenos: veracidad, justicia, humildad, caridad, honestidad, etc. Todo ese conjunto de buenos hábitos, que estrictamente se llaman *virtudes*, van reconstruyendo al hombre. Tales hábitos se adquieren con la repetición de actos. No hay otro camino. Si nos proponemos constantemente ser justos con los demás en todas las cosas (que va de pagar las deudas, devolver lo prestado, ser agradecido, ayudar al que lo necesite, etc) irá naciendo y creciendo en nosotros la *virtud de la justicia*. Y así en todo lo demás.

En el tema que nos ocupa, toda lo que llamamos *sexualidad* se ordena, se perfecciona, se integra a todo nuestro ser, por la llamada virtud de la *castidad*. El casto es el que se ha hecho dueño de sí mismo en algo que le está íntimamente unido. Por eso podemos decir con toda convicción que el joven que es capaz de ordenar su sexualidad, sus pasiones afectos y sentimientos y de integrarlos en su vida (sin matarlos) y ponerlos al servicio de ideales más altos, ese es un joven normal, ese tiene salud mental o espiritual. Tarea posible aunque nada fácil y que exige un largo esfuerzo. Escucha ahora este vigoroso consejo de San Pablo: “*Que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, y no dominado por la pasión, como hacen los gentiles que no conocen a Dios. Que nadie falte ni se aproveche de su hermano en este punto, pues el Señor se vengará de todo esto... pues no nos llamó Dios a la impureza sino a la santidad*” (1 Tes 4, 3-7).

Poniéndonos ahora a filosofar un poco, diremos que las pasiones humanas, los instintos, la carne están hechos para el espíritu, para el alma. Su estado normal es estar abiertos y transparentes para esta fuerza inmaterial que los ordena, los serena, los completa y los corona. Quedan así para el hombre dos opciones: o los instintos de la carne deforman el espíritu o el espíritu transforma y eleva la carne. En el segundo caso tenemos al hombre pacificado, sereno, virtuoso, santo. El hombre no es un animal pegado a un ángel. Nuestra sensibilidad es la de un ser espiritual y nuestro espíritu es el de un ser sensible. Profunda unidad que debemos conquistar a fuerza de constancia y fidelidad a nuestros ideales. El ya citado G. Thibon, dice que esta pretendida unidad requiere dos condiciones: la *verdad* y el *sacrificio*. Caso contrario tenemos al hombre ambicioso, soberbio, lujurioso, que han hecho de su degradación y corrupción una teoría justificada, un falso ideal de vida, una *ideología*.

La castidad tiene un guardián, un custodio, un ayudante bastante poco conocido y valorado: el *pudor*.

5- ¿Es bueno el pudor?

Lamentablemente esa hermosa palabra está bastante en desuso. La podríamos llamar también *vergüenza*. Es ese movimiento casi instintivo, espontáneo, natural, que cubre y custodia aquello que tiene que ver con la sexualidad. Ahora bien, esto ¿es bueno o malo? ¿Es señal de inmadurez? ¿Nace de un concepto negativo de la sexualidad?

Antes de responder intentemos describirlo más detalladamente. El pudor no es la castidad,

es el custodio de la castidad O mejor, signo de la castidad a la vez que su protectora. Ambas marchan juntas y son inseparables. Es lo que hace ya al adolescente cubrirse o ruborizarse cuando se hablan *ciertos temas*. Incluso a los adultos esconder ciertas manifestaciones de afecto. Preserva la intimidad de la persona y se resiste a mostrar los que debe permanecer velado. Ordena las miradas, las palabras y los gestos, inspira la elección de la vestimenta e invita a la paciencia y a la moderación en la relación amorosa. El pudor advierte el peligro y aleja de él. Custodia la curiosidad malsana donde advierte un riesgo. Regula toda una manera de vivir sanamente en un mundo donde sabe que debe resistir a las tiranías de la moda y la presión de las ideologías dominantes.

Es ese velo, esa barrera que por considerar la sexualidad como algo grande y valioso la cuida, porque fácilmente se daña. No nace de un sentido negativo de la sexualidad sino al contrario: porque la valora tanto, la protege. Con gran agudeza el gran genio de San Agustín observaba que “el hombre tolera más fácilmente una multitud de espectadores cuando se irrita injustamente con otro que la mirada de uno sólo cuando se une justamente con su mujer”. Hace incluso de la sexualidad, o mejor, de la capacidad de engendrar, un *misterio*, ya que es algo que nos supera, que no terminamos de comprender. ¿No es acaso incomprensible la capacidad de transmitir la vida? ¿Quién no se asombra ante una vida que comienza en un bebe? La chica, sobre todo, y el varón que tienen pudor son psicológica y moralmente sanos. Es un signo de salud del alma, como el sistema inmunológico íntegro es signo de salud del cuerpo. El que no tiene pudor es como si tuviese SIDA, ha perdido sus defensas.

Hay quienes argumentan que no se deben esconder las manifestaciones de la sexualidad porque no son algo malo. Es verdad que las cosas malas se esconden, se disimulan. Pero ambas manifestaciones exteriores, aunque sean semejantes, tienen opuesto origen. El pudor teme la mentira, el disimulo la verdad. El pudor se vela ante las miradas impuras, superficiales o injustas, la disimulación se vela ante la luz verdadera y el juicio justo.

El pudor o vergüenza es entonces un signo de salud del alma, de psicología sana y sentido moral. Pocas cosas dan más encanto a la mujer que el ruborizarse de un modo natural, casi instintivo... Hoy se ven la vergüenza y el pudor como males que deben desterrarse. Han contribuido mucho a ello el mal ejemplo de todos los personajes del mundo artístico. Me recuerdo una de esas mujeres de la *farándula* que se gloriaba porque su hija adolescente había aceptado que su madre apareciera desnuda en público (!). También la modas femeninas que no cubren sino que insinúan, sugieren. Muchos bailes modernos son un despliegue de sensualidad y las chicas aprenden desde muy jóvenes a usar su cuerpo como un instrumento de seducción. También el lenguaje y la conducta tan libre entre chicos y chicas, etc, etc. ¿Es esto exaltación de la sexualidad? Al contrario. El significado de todo ello es que se ha perdido el valor de la sexualidad, se la ha vanalizado. Se la ha destruido porque se la ha sacado de su lugar y se la ha dejado desprotegida. Por haberse hecho autónoma y suficiente ha perdido su sentido.

Hasta los pueblos que hoy llamamos *primitivos* han dado un sentido moral a la sexualidad. Un eximio psicólogo español, A. Polaino Lorente refiere el caso de los habitantes de las islas de Trobriand. Para ellos es inmoral el animalismo, la homosexualidad, el incesto y la masturbación. “La decencia, el pudor y el decoro –continúa– tienen también un amplio repertorio en el comportamiento de los habitantes de las islas de Trobriand. En muchos aspectos, sus reglamentos morales son desde el punto de vista psicobiológico, más sanos que los nuestros. Y esto a pesar de que su cultura sea calificada desde la nuestra como primitiva...”

¡Qué hermoso ejemplo el de Santa María Goretti! Por defender virilmente la pureza, no teniendo aún doce años, muere de 14 puñaladas bajo la mano asesina de un joven de 20. Ella en el suelo ya y bañada en sangre se cubría con su ropa las partes del cuerpo que por el forcejeo y las

heridas habían quedado descubiertas.

6- ¿Tiene aún sentido la virginidad?

Unos cincuenta años atrás muy pocos se hubieran hecho esta pregunta. Era entonces una ilusión llena de sentido el famoso vestido blanco de las novias: significaba la virginidad. Simple costumbre muy antigua que era signo de salud social, de valores que habían alcanzado un consenso y se expresaban en ese signo tan atrayente y tan cristiano como es el vestido blanco. Quien hubiera perdido la castidad se hubiera juzgado sin derecho a usarlo o al menos lo llevaría con cargo de conciencia.

Hoy los jóvenes se han formado en un mundo sin valores. Difícilmente se vea una película donde no aparezca la escena de sexo o esté bien enfocado. Ello ha formado una mentalidad. Ha sido tan desvalorizada la virginidad, tan diabólicamente combatida, que a la joven que quiera conservarla la tratan de ridícula y la hacen sentir mal como si ella fuera la transgresora.

¿Sabes de dónde viene la palabra virginidad? De verdor. Significa entonces frescura, juventud, vida, fecundidad. Lo contrario es lo marchito, lo estéril y envejecido. Cuando nace de una verdadera decisión interior, de un convencimiento, trasmite a la joven esa lozanía que se percibe hasta en sus ojos y su modo de ser. La virginidad es el sello físico que expresa el valor de esa entrega a uno sólo y para siempre. La virginidad no se da dos veces. ¿Qué chica no ha sentido el remordimiento de haber perdido la integridad con ese joven que pasó por su vida? Hasta los pueblos que no conocieron a Cristo y sus enseñanzas llegaron a valorarlas. Los célebres romanos tenían las *vestales* o vírgenes consagradas que estaban dedicadas al servicio de los dioses. Los Incas también conocieron algo semejante. Pero como no tuvieron las motivaciones del cristianismo se vieron obligados a sostenerla con grandes privilegios y grandes castigos. Una vestal podía salvar la vida de un condenado a muerte pero si transgredía su voto era enterrada viva. Entre los Incas era quemada.

El signo físico en realidad no es lo más importante. Debe expresar lo interior, que no se ve. Allí en lo interior debe residir esa voluntad de conservar el corazón y el cuerpo para esa ofrenda mutua de toda la vida. Muchas chicas que la han perdido y lo lamentan deben saber que si la virginidad física es irrecuperable, no así la del corazón. Esta, que es la más importante vuelve a renacer con el arrepentimiento y el perdón.

Estoy hablando naturalmente de la virginidad de la mujer, que es la única que tiene un signo físico. Tal vez por que es en ella que se gesta la vida, ese milagro que ocurre entre los hombres. Pero lo dicho vale exactamente para el varón. Por supuesto que esta afirmación choca aún más con el sentir de la calle, pero es así. Incluso es más valiosa por la lucha más ardua que debe sobrellevar.

Tan valiosa es que, cuando se ofrenda a Dios por el voto de castidad, constituye un verdadero estado de vida, comúnmente llamado *vida religiosa*. Esta arrancó grandes elogios de San Pablo cuando le escribía a los Corintios: “*La mujer virgen se ocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu*” (1 Cor 7, 34). Incluso el sacerdocio se concede a los que hacen voto de castidad, imitando a Cristo que fue virgen, a San José, a San Juan Bautista y a los Apóstoles.

7- Lo que está permitido y no en el noviazgo

Hay quienes, con un poco de humor y falta de pudor, repiten ese principio callejero que dice: “En el amor, como en la guerra, todo está permitido”. En verdad las cosas no son así. ¿No tiene sus reglas y leyes la fabricación del vino, la siembra del trigo o un partido de fútbol? ¿No las tiene la amistad e incluso la guerra? Las reglas, leyes o ritos preservan las cosas. El amor, si

es verdadero y humano, tiene sus reglas, sus exigencias. Evidentemente no se puede hacer un catálogo de cosas permitidas y prohibidas, como si se tratara de un régimen de comida o la fabricación de un artefacto. Estamos tratando la relación de dos personas.

Habría que poner algunas leyes o principios fundamentales. Ante todo, recordar que no son casados sino novios. Lo que para aquellos es bueno y legítimo no lo es para estos. Y esta otra: las expresiones de afecto y cariño son buenas si manifiestan y cultivan el amor propio del noviazgo, no son buenas desde el momento que, al crecer la excitación, comienza a rebajar el amor. Esto no se puede cuantificar. Es muy distinta la sensibilidad del varón y de la mujer. Hay momentos y momentos, estados y estados, personas y personas. Si realmente se quieren, deben cuidarse el uno al otro o, mejor aún, ayudarse a crecer en la castidad. Tu novio o tu novia no es tu cómplice y tu no debes ser para el otro una ocasión de pecar. En los oratorios para jóvenes que creó San Juan Bosco se ponía este cartel: *“Puedes hacer todo lo que quieras, menos pecar”*. San Agustín, por su lado, escribía: *“Ama y haz lo que quieras”*. Si entiendes bien lo que es amar, está todo dicho. En realidad no habría que preguntarse hasta dónde sin tener problemas de embarazo, o no pecar gravemente. El amor verdadero hace multiplicar las expresiones de afecto que son propias de este estado. Hay que preguntarse cómo vivir la relación personal en el noviazgo para que el amor no sólo no decaiga sino que crezca y se eleve constantemente.

Viene al caso comentar algo sobre ciertas *ocasiones*. Hay muchos que no tienen la menor intención de ser fieles a la conciencia, a la ley moral, a Dios en definitiva. Responderán de todas maneras de todos sus actos ante el supremo Juez. Para ellos no tengo palabras ni consejos, porque no los entenderían ni aceptarían. Hay otros que tienen buenas intenciones, que aspiran a ser fieles a Dios y a su conciencia recta, pero se sienten demasiado seguros por el hecho de saber más o menos lo que está bien y mal. Habría que advertirles que en estas cosas, como tantas otras, no hay que fiarse de uno mismo. Dice un viejo refrán: *“El que ama el peligro, en él perecerá”*. Me estoy refiriendo a ciertas ocasiones que terminan doblegando las mejores intenciones y los más firmes propósitos, como los lugares bailables, a ciertas compañías o esos viajes de fin de curso... *“¿Puede un hombre ponerse fuego en el pecho sin que se queme su ropa?”*, nos advierte la Escritura (Si 6, 27). Si evitas la ocasión ya has vencido en un 90 %, si te pones en la ocasión ya prácticamente has aceptado la caída. ¿No dice acaso el Acto de contrición que tantas veces habrás rezado, *“Propongo firmemente no pecar más y evitar las ocasiones próximas de pecado”*? Otros hay que se saben débiles pero recurren a los auxilios necesarios y evitan la ocasión. Sólo estos saldrán adelante.

8- La prueba de amor o el chantaje amoroso

¿Qué decir de este viejo tema? Observemos ante todo que suele ser el varón el que exige la relación a la mujer. Tal vez sepas en el fondo de tu conciencia qué es lo que está bien y qué no, pero como circulan tantas falsas razones por la calle te expondré las razones verdaderas.

Primera razón. Todos percibimos que las relaciones físicas están ordenadas a la generación, aún entre los mismos animales. Entre personas no unidas para siempre un hijo sería un estorbo, a la vez que cometeríamos la injusticia de dejar ese niño sin padre, o sin padres unidos, o con riesgo de morir. ¿Conoces los dramas psicológicos y morales de los hijos de madres solteras?

Segunda razón. La persona humana es una unidad de cuerpo y espíritu. La unión sexual, de por sí tan íntima y total, es la expresión física de una entrega del corazón. Nadie puede darse totalmente sino una vez. Este aspecto de la sexualidad es más patente en la mujer, en quien no sólo está el signo de la virginidad sino que psicológicamente se entrega más en su corazón. Está comprobado que no mejora la relación de la pareja, como muchos argumentan, sino que la deteriora.

Tercera razón. Así lo han comprendido hasta las culturas paganas de todos los tiempos, desde las tribus africanas hasta las americanas, que preservaban a sus mujeres hasta el día de la boda. Incluso elegían vírgenes para servir a los dioses.

Cuarta razón. Las estadísticas, hoy tan atendidas, son muy elocuentes. En las mujeres aumenta los casos de frigidez, en ambos las enfermedades venéreas, depresión, aumento del porcentaje de suicidios y fracasos matrimoniales.

Quinta razón. Es en realidad la de más valor: así lo ha manifestado claramente Jesucristo, el Hijo de Dios que vino a enseñar a los hombres lo que nosotros, por la debilidad de nuestra inteligencia y el desorden de nuestras pasiones nos costaba percibir. Habló muchas veces sobre el valor de la castidad y aconsejó evitar hasta los pensamientos que llevan a pecado: “*El que mira a una mujer deseándola, ya pecó en su corazón*” (Mt 5, 28). Cuando perdonó a la mujer adúltera, le dijo: “*Vete y no peques más*” (Jn 8, 11). Si quieres otros textos aún más impactantes, vinculados a la justicia de Dios, lee estos: “*No os hagáis ilusiones, ni los impuros,... ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales... heredarán el Reino de Dios*” (1 Cor 6, 9); “*Pero... los lujuriosos... tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre*” (Ap 21, 8).

No se si te son convincentes estas razones. El noviazgo no es un matrimonio adelantado o de prueba (sin las responsabilidades correspondientes), sino su preparación. Te diría finalmente lo que San Agustín advertía a quienes exponía las clarísimas pruebas de la existencia de Dios: “Para el que quiera creer tengo muchas razones, para el que no, no tengo ninguna”. Tu conciencia bien formada te dará luz sobre estas y otras razones.

Y bien, si la *prueba* de que se ama a alguien es querer su bien, puedes verificarla viendo tu capacidad de renuncia por el otro. Aquella vulgar prueba de amor es entonces todo lo contrario: del egoísmo del placer disfrazado de amor. San Agustín, a quien ya te he citado varias veces, convertido a los treinta años luego de una vida desordenada, había experimentado esa diferencia: “Hube de experimentar por mí mismo –escribía– la distancia que hay entre el amor conyugal pactado con el fin de la procreación de los hijos y el amor lascivo, en el que un hijo nace contra el deseo de los padres”. ¡Cuántas jóvenes son engañadas con este simple juego de palabras! Aunque en realidad habría que hablar de chantaje. Porque las chicas, cuando consienten piensan que así pueden retener a su novio, o que con eso impiden que vaya con otra. ¡Falso remedio! Debo decir terminantemente que el varón que exige eso a su novia no la quiere, o no la quiere bien. Cuando las jóvenes me vienen con esos dramas no dudo en decirles que lo cambien... Que lo cambien (en sus ideas) o lo cambien (al novio). Si fuéramos honestos habría que llamarla *prueba de desamor*. No es amor (bien del otro) el que lo rebaja. Sepan también que esta forma de desamor se suele pagar caro. ¿Saben las chicas y los chicos que estas *aventuras* no se suelen guardar en la mutua intimidad sino que pronto se publicitan? Por necesidad de contar experiencias íntimas en las chicas o por alarde de victoria en los chicos, pero no quedan en el secreto que quedaría en la intimidad matrimonial.

9- Cómo se cazan los cóndores

¿Has visto esa magnífica ave de nuestras más altas montañas? Con su porte y su vuelo espléndido esta hecho para las alturas. Pero ¿sabes cómo se cazan? Es muy fácil. Se hace un corralito de leño y en el centro se pone un animal muerto. Los cóndores bajan de sus alturas y comen carne hasta saciarse. Al querer levantar vuelo, por el peso que cargan, deben carretear y aquí no hay espacio para hacerlo. Entonces se los agarra con la mano. Cuando veo los jóvenes, hechos para volar alto en sus grandes ideales y proyectos, sin fuerzas porque los atractivos insaciables de la carne los han aplastado, no puedo evitar pensar con tristeza en esa fácil cacería. El hombre es un ser simple, y cuando sólo llena el alma con los deseos de la carne no puede ya

echar a volar con las alas del espíritu. Es incapaz de valorar todo aquello que elevaría su vida, que le daría un sentido noble y grande. Ahora sólo vive de sus placeres inmediatos: la música, la comida y la bebida, la sensualidad,...

El ambiente que vivimos no nos ayuda para nada a entender la sexualidad ni a ordenarla sanamente. La hipertrofia de la sexualidad que hoy vivimos está matando el alma de nuestros jóvenes. No hay película sin sus escenas pornográficas, ni propaganda, ni espectáculo, ni match de box, ni fútbol, ni.... nada. Un inocente niño llegó a pensar que las motos que se compraban incluían una chica. La mujer, como nunca, se ha hecho un simple instrumento de placer, una cosa. De nada valen esas tontas distinciones entre *erótico* y *pornográfico*, donde lo primero sería legítimo y lo segundo malo. Ni desviar la atención reduciéndolo a un problema estético: “las mujeres de buen físico pueden usar *tanga* o *top less* pero no las gordas...”. Las modas, especialmente femeninas, las diversiones, los bailes,... La iniciación sexual se presenta como normal y la castidad como anormalidad. El que hoy tiene 15 o 20 años tal vez vea todo eso como cosa natural. Y la humanidad lo está pagando caro, especialmente en la destrucción de la familia, con lo cual se destruye la fuente de la vida, tanto física como espiritual.

Un poco más atrás te mencioné a Santa María Goretti, mártir de la pureza a los 11 años. Es muy aleccionador conocer el final de la historia. Antes de morir, ella ofrece su vida por su asesino, Alejandro Serenelli, que se convierte en la cárcel. Al declinar de su vida y en libertad deja una carta-testamento. “Soy un anciano de 80 años –escribe–, próximo a concluir mi jornada. Dando una mirada al pasado, reconozco que en mi primera juventud tomé un camino falso: el camino del mal que me condujo a la ruina. Veía, por la prensa, los espectáculos y los malos ejemplos que siguen la mayor parte de los jóvenes sin pensar, y yo mismo tampoco me preocupaba. Consumí a los veinte años el delito pasional del cual hoy me horrorizo con su sólo recuerdo”. Estas líneas fueron escritas también para ti.

Muchos argumentarán: siempre han existido esos males sociales. Sí. Pero hoy se dan con varias características muy particulares: antes se veían como un mal y se combatían, hoy se ven como normales y se promocionan; antes se escondían, hoy se hacen públicos. Tengo a la vista, por ejemplo, la propaganda de un cabaret en un diario de Buenos Aires que dice: “Si el placer es pecado, bienvenidos al infierno”. ¿Te das cuenta de todas las falacias que hay en esa frase? ¿Y de la terrible invitación que contiene? Por supuesto que todo se justifica con el hipócrita nombre de amor o de libertad.

10- El drama de las diversiones

En verdad divertirse no es ningún drama. Más aún, expandir el alma con los amigos, buena música, un viaje o un paseo, un paisaje, deportes, obras de arte o muchas otras cosas es necesario al ser humano. Que estas diversiones sean para bien de toda la persona, para su madurez y crecimiento, supone una virtud, de la que ya hablaban los antiguos: la *eutrapelia* o recto esparcimiento. Signo de salud psicológica y espiritual a la vez que medio necesario para lograrlas.

Cada edad tiene sus preferencias. A los niños les entretienen sus juegos llenos de ingenuidad. A los mayores un paseo o simplemente sus conversaciones o cuentos mil veces reiterados. En ese sentido, la edad juvenil necesita muy especialmente de ciertas diversiones porque contribuyen al desarrollo de su personalidad: La música, el baile, las artes, las amistades y especialmente los deportes. Claro que, aunque parezca extraño, es necesario aprender a divertirse adquirir el hábito de las diversiones sanas, que hagan crecer. Es un equilibrio que se sitúa entre varios defectos: el de los que viven amargados (y amargan a los demás) y no ven sino todo lo trágico de la vida, el de los que todo lo toman superficialmente, o los que no ponen ningún límite

moral en sus esparcimientos, o el de los que lo confunden con el placer. Son parte de la vida, son necesarias para la vida. El mundo moderno, tan vacío de ideales, sin riqueza interior, es un mundo triste. Que necesita toda una estructura mecánica para entretenerse: la TV, el *ciber*, la música ensordecedora, efectos luminosos, alcohol, droga,... La actual psicología está hablando del *síndrome del domingo*, es decir, un día vacío. En muchos lugares hay profesionales que se encargan de animar las fiestas familiares.

Pero uno de los males más grandes de hoy es que los jóvenes tienen pocas alternativas para divertirse, y esto sí que es un *drama*. ¿Qué se puede hacer un sábado por la noche? Una inmensa estructura comercial está montada para hacer toda clase de *ofertas* con innovaciones cotidianas. Que van desde los lugares bailables, llámense *Disco*, *Boliche* o como sea, hasta los centros gay o los espectáculos de *strip-tease* de varones donde concurren toda clase de mujeres solteras y casadas. Incluso se hace cada vez menos distinción entre un lugar reservado y uno más sano. En los primeros había oferta de mujeres en todas sus variantes. Hoy encontramos eso mismo en cualquiera. Y ¿qué ambiente hay en esos lugares? Alguno dirá que todo depende de lo que lleva dentro. Sí, pero si somos honestos, el ambiente condiciona. ¿Quién se anima a ir sólo contra la corriente? Si en esos lugares encuentras música y baile sensual, oscuridad, chicas vestidas muy provocativamente, comportamientos totalmente desinhibidos de las parejas, etc, etc., ¿piensas que eso no te hace nada? Vos, como cualquier otro, sos vulnerable. Es como caminar entre llamas y querer no quemarse. Tienes que tener la honestidad y la valentía de reconocer que eso no te hace bien al alma. Y eso te debe bastar. A una chica que le expliqué esto mismo, al volver de uno de esos lugares donde concurría habitualmente me confesó: “Desde entonces no pude más estar tranquila allí”. Otra me reconocía: “Sabía que me hacía mal, pero el mundo nos fascina demasiado en esta edad, y uno siempre busca disculparse o convencerse”.

Entonces ¿no se puede hacer nada? Sí y mucho. Lo primero que habría que aclarar es que la alegría no es algo que se pueda imponer desde afuera, artificialmente. La alegría es un estado del alma que ha encontrado su sentido, su fin en esta vida, su bien. “No bebo para alegrarme sino que bebo porque estoy alegre”, escribía Chesterton. Es lo que resulta del amor ordenado, de las virtudes, de la tranquilidad de conciencia. “No me digas que te has divertido si quedas con remordimientos de conciencia”, decía San Juan Bosco. Demos ahora un paso más: hay que inventar diversiones, esparcimientos alternativos. Hay que tener imaginación, creatividad. ¿Por qué el mundo nos tiene que condicionar con sus *tiránicas* costumbres? Conozco muchos jóvenes que se divierten juntándose en casas de familia, saliendo de paseo, con deportes y muchas cosas más. Hoy urge crear *microclimas* de amigos con ideas comunes. Las diversiones saldrán solas. Hay que buscar ante todo los ideales que convoquen y creen ambiente. Esto no es teoría sino que lo he visto muchas veces. Claro que exige la virilidad que sólo un cristiano puede tener. Enfrentar al mundo, a las burlas que seguramente vendrán, a las críticas que muchas veces nacen de los amigos o de la misma familia, no es fácil. Hace falta ideas muy claras y personalidad cristiana. Lo contrario es debilidad y cobardía. Cristo nos ha dejado un fórmula breve y concisa: “*No te pido que los saques del mundo sino que los guardes del maligno*” (Jn 17, 15).

11- ¿Educación sexual?

Muchos se ilusionan con la moderna *Educación sexual* que hoy se está impartiendo a todas las edades y por todos los medios imaginables. Hasta consideran que es un gran adelanto de la humanidad haberse atrevido a extender a este campo lo que se ha llamado tradicionalmente *educación*. “Hasta ahora era un tema prohibido, *tabú*”, sentencian algunos; “pero con esta innovación vendrán grandes beneficios a la sociedad”. La cuestión merece un breve análisis.

¿Te has preguntado cual es el sentido de esta *educación*? Para unos pocos, más moderados,

es instruir sobre el sistema reproductivo humano. Simple anatomía. Pero el sentido más universal y común del término es otro. Te lo diré con las mismas palabras de sus promotores: *es dar la instrucción necesaria para poder usar y disfrutar libremente tu sexualidad evitando las enfermedades de transmisión sexual y un embarazo no querido*. Es lo que suelen llamar *sexo seguro*. Para implementar esta enseñanza, se ha hecho común dar clases con imágenes y incluso distribuir preservativos a diestra y siniestra.

Así planteadas las cosas se perciben al menos tres graves errores:

Primero. Si se considera una simple clase de anatomía, se corre el seguro riesgo de despertar la imaginación prematuramente (si es muy chico) o cultivarla sin significación o sentido moral (si es adolescente). Las imágenes, que invariablemente acompañan las clases, son una agresión al pudor y una incitación al sexo sin orden ni sentido. Mucho más la distribución de preservativos. Tal como se está dando en nuestros días podríamos llamarla *información obsesiva*. Es separar el impulso sexual de la persona, es decir, del orden moral. Simplemente degradarlo.

Segundo. Tal educación consistiría en una cuestión meramente sanitaria: evitar enfermedades. Donde un embarazo –un ser humano– es prácticamente considerado una enfermedad. Además, repartir preservativos es una gran mentira. Está absolutamente comprobado que no frena muchas enfermedades de transmisión sexual, ni impide 100 por 100 los embarazos y mucho menos el temible SIDA, cuyo virus es 500 veces más pequeño que un espermatozoide. A esta altura de las cosas, yo me pregunto: ¿quién se va a hacer cargo de estos *errores* que suponen vidas humanas? Ya no sólo excluimos una actividad vital del orden moral. Ahora la orientamos hacia algo inmoral que puede llegar a ser muy grave y destructor de la persona humana, como luego veremos.

Tercero. Yendo al fondo de la cuestión, en realidad aquí subyace una moral y una concepción del hombre. ¿Cuál? Un hombre dueño de una libertad absoluta, sin reglas ni normas ni principios morales. En quien la sexualidad no es algo constitutivo de su persona, con un fin nobilísimo puesto por el mismo Dios en la creación, sino como un instrumento más de placer. Donde su único mal sería coartarla. Wilhelm Reich, teórico de la llamada *revolución sexual*, afirmaba tajantemente: “Entender el deseo sexual como orientado al servicio de la procreación es un medio de represión de la sexología conservadora”.

¿Sabes a dónde conduce esto? La ciencia te lo puede responder con toda seguridad y he tenido la oportunidad de comprobarlo en infinidad de casos. Conduce a la necesidad de experimentar sensaciones inéditas, sean las de la homosexualidad o de la droga. Hay una ley de la naturaleza que afirma que para seguir produciendo su efecto, el estímulo sexual ha de agrandarse, complicarse o cambiar de forma. Lo que impactaba a los jóvenes de hace 50 años ya no los afecta. Ahora se necesita el paroxismo del sexo, el sexo y la droga, el sexo y la violencia, las perversiones del sexo. Hoy ya es una *adicción*, una nueva enfermedad que está urgiendo terapias largas y fastidiosas. A la pérdida absoluta del respeto por el otro sexo, reducido ahora a una instrumento de placer. Al cultivo del egoísmo más radical pues no se busca sino su propio placer. Al hastío del sexo y de la vida. A la eterna ansiedad pues nunca sacia. El alma, que es espiritual, no le puede pedir al sexo, que es del cuerpo, algo infinito que la colme y que sólo se encuentra en los bienes espirituales. Sólo las virtudes hacen felices a las personas, sólo la castidad es camino de la felicidad. Esto no es un principio abstracto, es la constatación que hago todos los días.

Educación es otra cosa. Es formar toda la persona que es una unidad de vida. Es llevarla a la plenitud de sus capacidades. Es dar la primacía al espíritu sobre la materia, o mejor, integrar, elevar y sublimar lo corpóreo en lo espiritual. Es integrar la sexualidad en la persona y ordenarla según su fin natural que es la unión, la donación de sí y la procreación. Es vincularlo a la dignidad humana. Además se educa enseñando el sentido de las cosas, el dominio de sí. Se educa con

gestos y costumbres ya desde la más tierna infancia en ese ambiente donde el pudor es tan natural: la familia. Entonces hacen falta pocas palabras, poca instrucción, porque la misma naturaleza enseña muchas cosas. La humanidad tienen suficiente experiencia de que hace falta poca enseñanza para los actos biológicos pero sí para hacerlos humanos y trascendentes. En la familia la misma relación afectiva de los padres es una enseñanza viva y el pudor natural que existe entre hermanos de distinto sexo es la mejor lección de vida. El Apóstol San Pablo lo recomendaba al joven obispo Timoteo, su discípulo: “A las jóvenes exhortalas como a hermanas, con toda pureza (1 Tim 5, 2).

¿Crees que esto nunca existió antes?

12- El accidente de un embarazo inesperado

“Mi amiga está embarazada y sus padres no lo saben. Tiene 15 años, está estudiando y si ellos se enteran la matan”. Con pequeñas variantes, muchas veces he escuchado estas palabras. ¿No son bastante frecuentes estos embarazos? ¿Qué pensar?

Una joven en esta situación no tiene más que tres salidas: tener el hijo de soltera, casarse *de apuro* o abortarlo. ¿Qué consejo le darías?

Ante todo, jamás abortarlo. Eso es sencillamente el *crimen* de un ser *inocente e indefenso* y *sin bautismo* realizado por su propia madre. No es raro que los mismos padres presionen sobre su propia hija para que lo aborte. Una mujer que hace eso deja de ser mujer, hecha para dar la vida, protegerla, desarrollarla y vivir para ella. Podrá sacarse a su hijo del seno pero, si no ha destruido totalmente su conciencia moral, no se lo quitará jamás de su mente. He conocido muchas mujeres que abortaron. Cuando tienen luego un hijo, cada vez que lo ven les atormenta el recuerdo del que mataron. Conocí una mujer que de soltera se había hecho varios abortos. Se casa y pronto constata que ya no puede tener hijos. No tenía consuelo.

¿Has visto cómo se forma un bebe en el seno de su madre? Los datos científicos más recientes nos dicen que entre los 18 y 25 días ya late el corazón, a los 40 días ya funciona el cerebro, antes de los dos meses reacciona si se le hace cosquilla, su estómago segrega jugos gástricos y están formados todos sus órganos vitales, antes de los tres meses ya puede mover la lengua, tragar, entornar los párpados y cerrar la palma de la mano si se la acarician, chuparse el dedo, ... Todo esto por el tiempo en que suelen hacerse los abortos. ¿No has visto cómo los niños en peligro se refugian en los brazos de su madre? Aquí en vez de amparo encuentran un verdugo. Se calcula que al menos mueren 50 millones de niños anualmente por aborto. Asesinatos hipócritamente llamados *legales* muchos de ellos, y en países considerados *civilizados* para colmo. Actualmente se lo plantea como un *derecho de la mujer*. “*Crimen abominable*” lo ha llamado la Iglesia. Es el verdadero genocidio del siglo XX y más aún del XXI del que tan pocos hablan. ¡Que terrible responsabilidad para la humanidad! Esos niños que son un problema y una incomodidad para esas madres que no los quieren tienen muchísimas otras que están dispuestos a la adopción. Aunque es un hecho que la madre que tiene un hijo y lo ve difícilmente quiera ya darlo. Así es de fuerte el instinto materno.

¿Conoces el caso del Dr. Nathanson? Es un médico judío que se dedicó durante años a crear clínicas de aborto en EEUU. El personalmente dirigió unos 75 mil. Fueron las modernas técnicas de exploración del embarazo a través de los ultrasonidos y la posibilidad de observar el corazón del feto en monitores electrónicos lo que le hicieron cambiar de postura. Lo suyo era un crimen. Toma conciencia que está matando seres humanos indefensos. Abandona todo y comienza a dar conferencias por todo el mundo contra el aborto, denunciando especialmente el manejo mentiroso de las estadísticas. Tiempo después se convierte al cristianismo y se bautiza. Ha tenido la valentía de publicar en estos días la historia de su conversión en un libro que tituló *La mano de Dios*.

¿Casarse *de apuro*? Nunca hay que recomendarlo. Porque normalmente no está madura la relación y con frecuencia terminan separándose. Muchas veces los mismos padres recomiendan estos casamientos para guardar las apariencias. Sólo conviene el casamiento cuando ya lo hubieran decidido de antemano. Además, si somos honestos, ¿qué tristes son esos casamientos de urgencia! Se pierde el encanto de la preparación de la casa, los muebles, la fiesta y el sentido del vestido blanco. Habría que agregar las dificultades de una vivienda probablemente prestada e improvisada o los apuros de un trabajo inestable o una carrera sin terminar.

¿Entonces? ¿Qué hacer? Lo que en general hay que recomendar es que tengan ese hijo, puedan seguir viéndose y después se verá el tema del matrimonio. Y sobre todo darle mucho apoyo porque para esa madre improvisada son momentos muy difíciles para los que no suele estar preparada. Además la reserva con que se suele mantener todo el tema hace que esté muy sola.

En cualquiera de los casos ¿no ves la triste situación que se vive? ¿No has visto cómo disfrutaban los jóvenes la distintas etapas de su noviazgo y, sobre todo, su culminación en los preparativos de su boda? ¿Y la alegría que significa el primer embarazo en un joven matrimonio? Todos lo comparten, todos los esperan, todos los ayudan.

13- Los desórdenes de la sexualidad en la vida del hombre

Analizar un poco la historia de la humanidad ayuda a comprender mejor este fenómeno que está tomando formas dramáticas en nuestro tiempo. Sólo recordaré dos hechos muy significativos. Uno es de comienzos de la humanidad. ¿Te recuerdas la historia de Sodoma y Gomorra que cuenta la Biblia? Era tal su corrupción de la carne (especialmente homosexualidad) que Dios las destruyó con una lluvia de fuego y azufre (Gén 19). El otro ejemplo es el Imperio Romano. Esa organización política tan extraordinaria, que había perdurado más de siete siglos, en su caída aparecen los mismos fenómenos de hoy: sexo libre, infidelidad, antinatalidad, aborto y homosexualidad. Nosotros también estamos pagando muy caro estos desórdenes.

Cuando el hombre decae se animaliza. Con ello mueren no sólo todos los ideales, sino también la misma sexualidad. El ya citado G. Thibon, que es uno de los más lúcidos estudiosos modernos del amor y la sexualidad, decía: “Asistimos a una especie de degeneración hipertrófica de la sexualidad: el erotismo moderno procede de la excitación más que del vigor, del cerebro y de los nervios más que de la carne y de la sangre. Y sus exageraciones reflejan una impotencia fundamental para asumir normalmente la realidad sexual. Se pone la sexualidad en todos lados en la medida en que se es incapaz de ejercerla en el lugar que le corresponde”. Es una paradoja que el pansexualismo sean un síntoma de sexualidad anormal. Continúa el autor: “Una sexualidad que necesita constantemente ser alimentada más que por la realidad, por la ficción, lo artificial, que alimenta la imaginación y allí crea y engorda el ídolo. La civilización de la imagen separa al hombre de la realidad para vivir en la ficción: eso es el erotismo moderno, la continuación de la flor de plástico, el vino artificial o el ocio dirigido”. Genial, ¿no?

Cuenta un escritor que en un bar oyó hablar a dos jóvenes alternativamente de autos y mujeres. El tono apenas variaba... Eran dos productos de consumo. Incluso lo hacían con más seriedad cuando hablaban de autos. De hecho son más caros y hacen correr más riesgos. En esto se ha transformado ese sagrado don para transmitir la vida: en un producto de consumo.

Victor Frankl, verdadera cumbre de la psiquiatría del siglo XX, decía que “la obsesiva búsqueda del placer sexual produce la neurosis sexual que engendra impotencia y frigidez”. ¡Es tan ridículo ver que junto a las propagandas de espectáculos de erotismo los periódicos traigan las ofertas de institutos de rehabilitación sexual y sexólogos que curan impotencias o frigideces! De nuevo te recuerdo el sabio refrán: “*Dios perdona siempre, el hombre a veces, la naturaleza jamás*”.

Ahora te voy a citar dos autores, ambos judíos, nada sospechosos de moral puritana o cristiana. El primero es Erich Fromm: “Hechos clínicos obvios muestran que los hombres y mujeres que dedican su vida a la satisfacción sexual sin restricciones, no son felices, y a menudo sufren graves síntomas y conflictos neuróticos”. El otro es el célebre Sigmund Freud, para quien es la muerte del amor: “La libertad sexual ilimitada no conduce a mejores resultados (en el amor)... En las épocas en que la satisfacción amorosa no ha encontrado dificultades, el amor ha perdido todo valor, la vida se ha vuelto vacía, y han hecho falta fuertes reacciones para restablecer los valores afectivos indispensables. Desde este punto de vista cabe afirmar que el ascetismo cristiano ha creado para el amor todo un conjunto de valores psíquicos que la antigüedad pagana no había sabido conferirle”. Para meditarlo seriamente.

Una de las más modernas adquisiciones de la humanidad es la industria y el comercio del *erotismo* y la *pornografía*. Las cifras son apabullantes tanto en dinero como en usuarios. Si las razones del sentido común no son suficientes nos tendrían que conmovir ciertos datos. Como, por ejemplo, que sus consumidores represen casi el 90 % de los violadores, que con frecuencia generan actitudes homicidas, que han hecho crecer exponencialmente el tráfico de niños para la pornografía infantil, que terminan casi todos en las más aberrantes desviaciones sexuales con serios cuadros psiquiátricos, que guarda una relación directa con la violencia familiar, etc, etc,...

En realidad lo que está sufriendo hoy la humanidad es la pérdida del *sentido de la vida*, como lo ha estudiado tan exhaustivamente el gran médico y psiquiatra judío, apartado de la escuela freudiana, Viktor Frankl. Cuando Dios no es la fuente de todos los ideales del hombre, aparecen los sustitutos: el dinero, el poder, el placer, etc. Pero nada de esto puede llenarlo. Entonces aparece la profunda sensación de *vacío*. De allí a la depresión, la desesperación o el suicidio hay un paso. Un joven escribió esta poesía que justamente tituló “*Vacío*”.

En mi mundo ya no hay luces,
las veredas son muy frías,
las miradas son de piedra,
ya no existe el porvenir...

Yo me siento en una tumba
y sin luz, no ven mis ojos,
los momentos son de asfixia,
no podré sobrevivir...

En mi alma hay una pena,
que no sé cómo extinguir,
como el fuego va quemando,
mi esperanza de vivir...

Y no encuentro mi refugio,
busco luces por seguir,
y no encuentro más que penas,
que me incitan a morir...

Corro y corro tras la nada,
corro y corro y sigo aquí,
esperando a que regrese,
lo que nunca ha de venir...

Y el vacío me consume,
ya no sé qué hago aquí,
mas yo vaya donde vaya,
sé que no me iré sin mí...

Y la lucha se hace ardua,
y las llagas arden penas,
en las lágrimas no hay luces
¿cómo haré para seguir?

Siento el hielo aquí en mí...

Peor son aún las consecuencias en el orden espiritual: se anula el sentido moral y se vuelven incomprensibles las cosas de Dios. ¿Recuerdas el silencio de Cristo ante Herodes que tanto lo irritó? (Lc 23, 6-12). Herodes era el prototipo del hombre carnal, lujurioso, que se había quedado con la mujer de su hermano e hizo decapitar a San Juan Bautista como precio del sensual baile de Salomé (Mc 6, 17-29). Años más tarde, San Pablo reflexionará sobre este tema diciendo: *“El hombre animal no entiende las cosas del Espíritu de Dios”* (1 Cor 2,14). ¿No es esta una de las razones por las que el mundo de hoy es incapaz de ideales altos o que los viva tan superficialmente? San Pedro nos sacude con duras palabras que la humanidad debería meditar: *“Sobre todo (Dios) castigará a los que, por deseos impuros, andan tras la carne y desprecian la soberanía del Señor”* (2, 10). A su vez, la misma pérdida del sentido de Dios, de su verdad, de su luz, de su bondad, de su felicidad ofrecida al hombre mortal, lo sumerge más en el abismo. Recordemos las palabras de San Pablo: *“Alejaos de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, y no dominado por la pasión, como hacen los gentiles que no conocen a Dios”* (1 Tes 4, 4-5).

14- La sexualidad en el matrimonio

A veces se idealiza demasiado la vida sexual en el matrimonio. Se lo ve como una *panacea*. Pero la realidad es muy distinta. No existe el pleno y constante disfrute como muchos piensan. Ante todo, el ejercicio normal de la sexualidad implica un mínimo de obstáculos y responsabilidades. Además el cansancio, las enfermedades, el embarazo, las tensiones, etc., la limitan mucho. Incluso a veces para la mujer pierde pronto su atractivo. En un mundo de imágenes artificiales tales limitaciones no existen. Por eso el matrimonio les significa una frustración.

Aunque algunos planteen esto como un argumento contra el matrimonio, en realidad es un argumento contra sus ideas. Es que la sexualidad debe encontrar su lugar en la vida del hombre y del matrimonio, que es limitada. En una pareja normal, decía San Josemaría Escribá, la sexualidad debe llegar a ocupar el quinto, sexto o séptimo lugar...

Tal vez habría que plantear las cosas de otra manera. En el matrimonio lo fundamental es el amor conyugal. Dentro de él la sexualidad ocupa su lugar subordinado e integrado en algo superior. Que tiene muchas maneras de expresarse según las etapas de la vida, los momentos, las personas. El cariño de un matrimonio maduro está lleno de gestos de gran delicadeza que lo expresan y alimentan. ¿Se puede llamar a eso sexualidad? Volvemos al tema de siempre: sexualidad no debe confundirse y reducirse a genitalidad; de ese modo quedamos reducidos al nivel de la animalidad.

Debemos convencernos que el hombre debe buscar su felicidad, su realización en otros lugares, que es donde la ha puesto Dios. El corazón del hombre puede expandirse sin límites en los ideales de justicia, dominio de sí, educación de los hijos, vida familiar, apostolado en el propio ambiente, amor a la patria y, sobre todo, amor al Señor. Como dice ese gran buscador de Dios que fue San Agustín: *“Porque nos hiciste, Señor, para tí, nuestro corazón está inquieto hasta descansar en tí”*. En esto sí que no hay límites.

15- ¿Qué es ser varón?

Cuando se habla de sexo masculino o femenino no hay que pensar solamente en una

cuestión puramente física y genital. Ya lo hemos aclarado en su momento. En mucho más, es un todo: un conjunto de rasgos biológicos, psicológicos y espirituales, un rol en la sociedad y en la familia, una manera distinta de concretar la naturaleza humana. ¿A qué me refiero?

Si tuviéramos que hacer comparaciones con el cuerpo humano diría que el varón es como la cabeza y las manos.

Ser varón es ante todo ser *cabeza*. Su inteligencia es por naturaleza más racional que intuitiva, capaz de abstracción, discernimiento y definición. Atiende más al conjunto de las cosas y es más atento al mundo exterior y las cosas. Como cabeza debe ser capaz de un juicio sereno y prudente, capaz de asumir responsabilidades y tomar decisiones irrevocables. Lo cual supone independencia de criterio, seguridad de sí mismo, autoafirmación. Es en general poco variable en sus actitudes psíquicas. Por eso debe crecer en esa madurez emocional que no esté sujeta a sus estados de ánimo ni a los condicionamientos del ambiente ni de las presiones de los cercanos. Vive en el mundo del trabajo, de las relaciones humanas, de los negocios, de la justicia. Por ello necesita una voluntad pronta para dar a cada uno lo que le es debido, sean sus padres, sus hijos, su esposa, sus amigos, sus compañeros o la misma sociedad. Un día deberá hacerse cargo y guiar a su mujer y toda una familia con sus decisiones justas, prudentes y maduras. En síntesis, debe ser autoridad serena sin despotismo, fuerte sin agresividad, decidido sin atolondramiento, seguro sin orgullo ni rigidez, casto protector de la mujer. El varón está hecho para vigilar, guardar, custodiar y defender la mujer, la familia y la sociedad. Incluso con su propia vida.

Como *mano* debe ser capaz de “*someter*” (Gn 1, 28) la creación por la inteligencia y el trabajo, esa naturaleza rebelde que nos da “*espinas y abrojos*” (Gn 3, 18) pero que con sabiduría y constancia será la que nos de el pan de cada día para el hogar. Manifiesta también su amor dedicándose al trabajo. Esto le exige ir habituándose a emprender un trabajo, un oficio o una carrera.

Pero en él se desdobra fácilmente la “*carne*” y el “*espíritu*”. De ahí las dos tentaciones que le son más propias: la *lujuria* y la *soberbia*.

El verdadero varón es el que muestra su temple en el dominio de sí, la más difícil de todas las conquistas. Más aún, en la *castidad*, el más duro y continuo combate que todo joven debe librar. Combate mucho más duro en el varón que en la mujer. Por eso la castidad es la forma más propia de ser varón, de ser viril, porque somete la “*carne*” al “*espíritu*”. No ha sido casualidad que de los doce Apóstoles, sólo el apóstol virgen, *San Juan*, fue capaz de acompañar a Cristo hasta el Calvario y soportar la cruz. Es justamente él quien recibe en premio la custodia de la más grande y pura de las mujeres: la Santísima Virgen María. Un varón como Juan, que ha demostrado su virilidad en los peligros de muerte, era garantía de protección para una mujer como María. La castidad da eso tan propio de la varonilidad: la fortaleza. Ya ves la relación que hay entre castidad y fortaleza, entre pureza y virilidad.

Soy consciente que el *mundo* piensa exactamente al revés. Varonilidad es con frecuencia iniciación en la sexualidad temprana, es capacidad de seducción, es *probarse* con la mujeres. Tal vez se acepte que la virginidad deba exigirse a la mujer, pero jamás al varón. Es débil ante la tentación de buscar mujeres *fáciles*. En eso el mundo ha degradado al varón y no es raro que hoy aparezcan y se justifiquen otras deformaciones como la homosexualidad y otras de las que ya hemos hablado.

Aquellos que no pueden o no quieren controlar y ordenar su sexualidad tienen algo de poco varoniles, de afeminados o de niños. Debes aprender a guardarte para el día en que te encuentres con esa mujer que has elegido para siempre, que ella sea tu primera mujer. Y que de ese encuentro pueda nacer ese ideal de todo varón y mujer: un hijo que sea como la expresión de ese amor y la prolongación de esas dos vidas.

El varón debe ser el custodio de su novia y no el constante acoso a su pureza. Debe ayudarle a crecer en todas las obras buenas y virtuosas, pero muy especialmente en esta. No porque sea la más importante sino porque es en la que estarán más expuestos. La intimidad, el afecto, la juventud de ambos son un arma de doble filo. Les puede servir para hacerse mucho bien o para desbarrancarse juntos. Un varón se conoce por el modo como trata a tres mujeres: su madre, su hermana y su novia. O mejor aún, se puede decir que tu trato con tu hermana y tu madre te harán madurar para saber un día tratar a tu novia y a tu esposa. Esta relación de familia, donde es tan natural el pudor, es la mejor escuela para aquella otra relación donde los zarandeos de la concupiscencia quitan a menudo la serenidad y la rectitud en el trato. Debes pensar siempre: estoy haciendo a mi esposa y a la madre de mis hijos.

Por otro lado, el espíritu *soberbio* lo hace poco sensible a la verdad. Su razón es entonces su fuerza o su poder. Se apega a su propio juicio y a su voluntad simplemente porque son suyas, no porque sean justas y verdaderas. Para el mundo, virilidad es fuerza sin necesidad de ser razonable ni justa. En alguien que debe tener la capacidad de decidir con prudencia y equidad, se transforma en tiranía y despotismo. Gusta con frecuencia de la apariencia. Sea en el *físico*, en la ropa o en una conducta ocurrente. No se da cuenta que para la mujer eso no es lo más importante y perciben pronto el ridículo en que caen muchos. Cuando se habla de los efectos del pecado de origen en el varón, se dice que “*dominará*” (Gn 3, 16) a la mujer, la que antes era “*hueso de sus huesos y carne de su carne*” (Gn 2, 23). El amor se transforma en posesión y dominio. Escucha ahora este hermoso texto de San Pedro: “*Vosotros, maridos, en la vida común sed comprensivos con la mujer que es un ser más frágil, tributándoles honor como coherederas que son de la Vida*” (1 Pe 3, 7).

Incluso la soberbia hace al varón avergonzarse de las cosas religiosas, dejándolas a la mujer. ¿No son reacios para asistir a la Santa Misa, confesarse, rezar en público? ¿No suelen buscar los últimos lugares? ¿No son fáciles a negar su condición de cristianos como San Pedro? ¿No delegan a su mujer la educación religiosa de los hijos? En todo esto debería ser también cabeza como le gusta serlo en todo lo demás.

Cuando veo a nuestros jóvenes ablandados por la imitación de los *ídolos* del Rock o de la farándula, sin ideales, sin horizontes, muertos en el alma, siempre necesitados de bebida, droga, sexo y libertad, pienso que nuestra patria no tiene futuro. Pero se que también hoy tenemos muchos otros que sin prensa y en el anonimato quieren otra cosa. Para que veas te transcribo la carta de un joven muerto heroicamente en Malvinas, el teniente 1º Roberto Estevez, dejada a su padre.

“Querido Papá:

Cuando recibas esta carta yo ya estaré rindiendo cuenta de mis acciones a Dios Nuestro Señor. El que sabe lo que hace así lo ha dispuesto: que muera en el cumplimiento de mi misión. Pero fijate vos ¡qué misión! ¿No es cierto? ¿Te acordás cuando era chico y hacía planes, diseñaba vehículos y armas todos destinados a recuperar las Islas Malvinas y a restaurar en ellas nuestra soberanía? Dios que es un Padre generoso ha querido que éste su hijo, totalmente carente de méritos, viva esta experiencia única y deje su vida en ofrenda de nuestra Patria. Lo único que a todos quiero pedirles es: 1º- Que restauren una sincera unidad en la familia, bajo la cruz de Cristo. 2º- Que me recuerden con alegría y no que mi evocación sea la apertura a la tristeza. Y muy importante: que recen por mí.

Papá: hay cosas que en un día cualquiera no se dicen entre hombres, pero hoy debo decirtelas. Gracias por tenerte como modelo de bien nacido, gracias por creer en el honor, gracias por tener tu apellido, gracias por ser católico, argentino e hijo de sangre española, gracias por ser soldado, gracias a Dios por ser como soy y que es el fruto de ese hogar donde vos

sos el pilar.

Hasta el reencuentro si Dios lo permite. Un fuerte abrazo. ¡Dios y Patria o muerte!”

Roberto

Con jóvenes como estos, con nervio, nuestras familias, nuestra Patria y nuestra Iglesia tendrán columna vertebral.

Si me pidieras un ejemplo vivo de un gran varón, pienso espontáneamente en *San José*. El fue quien tuvo a su cargo una de la misiones más difíciles de la historia. El supo conducirse y conducir con responsabilidad y lucidez nada menos que al Hijo de Dios y a la Virgen María. ¡Qué carga puso Dios en sus manos! Fue la cabeza de una familia donde el menos perfecto. Por eso cuando debe huir a Egipto para salvar de la muerte a Jesús el ángel le habla a él en sueños. Fue casto custodio de María, sostuvo con su trabajo a la Sagrada Familia y fue varón de decisiones prudentes y firmes cuando se puso en peligro la vida de Jesús.

16- ¿Qué es ser mujer?

No es necesario reiterar que tiene, como el varón, sus propios rasgos biológicos, psicológicos y espirituales. Es también un modo de ser, un rol en la familia y en la sociedad.

La mujer es como el *corazón* en el cuerpo humano. Está oculto pero es el que da vida a todo el organismo. Representa la sensibilidad y el amor. De allí que debe cultivar aquellas cualidades que le son propias como la dulzura, el pudor, la delicadeza de espíritu, la sensibilidad, la paciencia, la mansedumbre, la moderación en el hablar, la cordialidad, de ternura. Su inteligencia es especialmente intuitiva, de una mirada va al corazón de las cosas y es capaz de advertir los sentimientos más profundos. A veces pareciera que hasta los adivinara. Cuando algo anda mal en el noviazgo, en el matrimonio o la familia, es la primera en advertirlo. Una madre me contaba su sospecha de que a un hijo algo le pasaba. ¿Cómo lo sabe?, le pregunté. “Por la mirada”, me respondió. Si es propio del varón la capacidad de crear y luchar con la naturaleza, con las cosas, de la mujer es la capacidad para tratar con personas. Ella es la que encarna los principios, hace vida las ideas que el varón concibe. Su amor lo manifiesta con presencia y ternura. Aunque cambia más por sus variaciones psicosomáticas, tiene una extraordinaria fortaleza para el sufrimiento.

En ella está esa especial aptitud para lo singular, lo sensible, los detalles, más que para ideas universales. ¿No son las mujeres las que se acuerdan de los cumpleaños y aniversarios? Pone en las cosas de su entorno esa nota de delicadeza, de belleza. Comenzando por su arreglo personal, del que está siempre pendiente. (¿Qué mujer ha pasado frente a un espejo y no se ha mirado?). Siguiendo por el de la casa, que es donde cultiva y despliega todo su amor y talento artístico. Una vez entré en una casa: no había adornos, ni flores, ni orden. Me dejó helado la frialdad del lugar. Luego me enteré que no había una mujer, se habían separado. También delicadeza y belleza en el trato, en el modo. Es por ella que la casa es un *hogar*, es decir un lugar cálido donde se hace posible y hermosa la vida. Hogar que es proyección de su seno materno, ese primer amor que nos acoge, esa primera cuna que nos recibe y esos primeros brazos que nos estrechan.

No tiene esa dicotomía de la “*carne*” y el “*espíritu*”. Hay una síntesis de ambos: el *corazón*. Un corazón profundamente sensible, de carne. Que busca con ardor ser amado y amar. Esa necesidad de ser amada le da especial receptividad: ve, escucha, recibe. Si lo propio del varón, en esta relación, es desear a la mujer, lo de la mujer es ser deseada por él. En este sentido ella es como la tierra, hecha para recibir la semilla y hacerla fecunda. No en vano se compara a la Virgen María con la tierra del Paraíso. De aquel humus original y virginal, que ya había dado muestras de fecundidad, es tomado Adán. De María, nueva tierra virgen, nuevo Paraíso, es tomado el nuevo Adán: Cristo. Volviendo a nuestros jóvenes, ¡cuántas chicas se enamoran ante la sola presencia de

un joven atrayente sin que él haya hecho nada para conquistarla y ni siquiera lo advierta! Hecha más para escuchar que para hablar (aunque parezca extraño lo que afirmo), en ello crece su encanto: “*Un don del Señor es la mujer silenciosa*” (Si 26, 15). Como María, la hermana de Lázaro que “*sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra*” (Lc 10, 39). Quiere ser descubierta, tenida en cuenta, buscada, comprendida, amada, pero sobre todo, gratuitamente. El amor no tiene los cálculos, la medida de la justicia. Un gesto, una palabra, una flor, sin que ella la pida. Si lo necesitara pedir ya perdería valor. Por ello le gusta ser misteriosa, porque el misterio atrae, fascina. “Todo en la mujer es enigma”, decía Nietzsche.

Ella es como un campo apto para la siembra. ¿No es eso justamente la fecundidad? Es como si viviera de los dones, tanto de recibirlos como darlos. Aquí entramos en el otro aspecto: la capacidad de amar. ¿No entrega ella el admirable don de la vida? ¿No está hecha para alimentarla y desarrollarla? Su otra relación fundamental, la de esposa, complementa sus más importantes donaciones de sí. Nadie como la mujer sabe pagar con amor y desvelos la fidelidad de un esposo. Capaz, aún más que el varón de ser *compañera* fiel hasta el extremo. Por algo los varones buscan un tipo de mujer para divertirse, pero otro para casarse. Puede llegar en su fidelidad hasta el heroísmo, sin importarle los excesos. Como aquella admirable conversa, Santa María Magdalena, que desbordó a Cristo con atenciones no sabiendo cómo pagar el don de la gracia que le debía (Jn 20, 1-18). O aquel gesto de María, hermana de Lázaro, de derramar el valioso perfume de pura gratitud (Jn 12, 1-8). Hecha toda ella más para las personas que para las cosas, y si se ocupa de las cosas es porque las ordena a las personas. La mujer es la presencia más cercana que tiene el hombre porque nadie como ella puede comprenderlo, adivinarlo.

El amor de la mujer siempre tiene algo de *redentor*. Donde hay un dolor, una pena, una necesidad, una soledad, está ella. ¿No es acaso un arma artera del varón usar este flanco para seducirla? Basta contarle las penas o que ella misma las perciba para captar su atención y su auxilio. Hay un secreto vínculo entre la vocación redentora y maternal. O tal vez habrá que decir que el anhelo redentor es el más bello complemento para la misión de madre y esposa.

¿Entonces, no estamos describiendo todo lo que necesita una mujer para ser esposa y madre? Lo que explica la totalidad de la mujer es su capacidad de ser madre en el seno del hogar. Para esto Dios le dio lo que le es propio: el cuerpo, la psicología, el corazón. Allí encontrará su vocación, su plenitud de mujer.

Pero la mujer está hecha para ser protegida, guardada y custodiada por el varón y la sociedad. Entonces es capaz de desplegar todas las riquezas de su personalidad y dar los más admirables frutos. Las más hermosas flores necesitan de un clima adecuado, buena tierra, humedad, calor, protección, para poder desplegar toda su belleza y fecundia. Cuando a la mujer se la deja sola, cuando se la aísla, o ella misma se declara autosuficiente, se marchita. Muchos pueblos en sus más antiguas tradiciones –y cuántos cuentos de niños!– han tenido la clásica figura de la *bruja*. Expresada plásticamente por el arte como horrible, decrepita, estéril, solitaria, agria, perversa. Tal vez, más aún que en el varón, la perversión o la bondad moral se hacen tan visibles. Esto está logrando el moderno *feminismo*. No me refiero a las exigencias de justicia que la mujer puede reclamar en todo tiempo. Me refiero a ese espíritu, a esa corriente ideológica de nuestros días que proclama la independencia de la mujer y la igualdad con el varón. Ella se plenifica al encontrar al verdadero varón que la guarde, custodie, proteja y haga crecer. A su vez ella posibilitará que el varón madure. Pero no es igualándose ni compitiendo con él sino complementándose. “*Si en sus labios hay bondad y dulzura, su marido ya no es más uno de tantos hombres. El que adquiere una mujer tiene el comienzo de la fortuna, una ayuda adecuada a él y una columna donde apoyarse. Donde no hay valla, la propiedad es saqueada, donde no hay mujer, gime un hombre a la deriva*” (Si 36, 23-25). Detrás de todo gran hombre hay siempre una

gran mujer, madre o esposa.

Pero la realización de la mujer, el gozo de la maternidad puede frustrarse ya desde la juventud. ¿Cómo? Muy simple. Cuando esa necesidad de amar y ser amada, de atraer al varón se deforma. Ya el viejo Vizcacha se burlaba de ello:

Es un bicho la mujer
que yo aquí no lo destapo:
siempre quiere al hombre guapo,
mas fíjate en la elección,
porque tiene el corazón
como barriga de sapo.

Lo mismo B. Shaw con otra comparación: “La mujer espera al varón... como la araña espera a la mosca”. Alguien me acercó esta oración *infalible* para conseguir novio, a San Marcos de León::

“¡Oh San Marcos de León, tu que desataste y desarmaste a la fiera más grande del mundo, desármale el corazón a... para que venga, que venga, que nadie lo detenga, que corra, que corra, que nadie lo socorra, que las calles se le acorten y sus pasos se le alarguen, que llegue a mí como un manso cordero, humilde y rendido a mis pies!”. Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Cuando el ser femenino se deforma, todas las cualidades que he mencionado: el cuerpo, la inteligencia intuitiva, la sensibilidad, la dulzura y todo lo suyo se transforman en armas para la seducción. Esa necesidad de afectos se hace acuciante. Cuando se mencionan las consecuencias de la caída original en la mujer, se dice que “*buscará con ardor a su marido*” (Gn 3, 16). Así aparece ese modelo moderno de mujer *sexy*, como si fuese la mujer ideal, siendo que es la corrupción de la mujer. Utiliza todas las armas con que cuenta, especialmente con la que más fácil y eficazmente lo va a atraer sin fijarse si con ello se harán bien o mal. Sorprende verla en acción, esgrimiendo su capacidad de mujer. Pero lo que muchas veces no advierte es que si busca atraer con su cuerpo y su sensualidad, pagará por ello un precio muy alto. Ante todo porque los que conquiste con esas armas no buscarán en ella sino lo que ella ofrece. Así no se puede fundar un amor verdadero, sólido, profundo y duradero. Además, si se llega al matrimonio en esas condiciones se habrá puesto la base de la infidelidad ya que en ese campo su esposo siempre podrá encontrar una chica más joven y atractiva que pueda desplazarla. Es sabido que en este terreno es ella la que pierde más que el varón. Ella se liga más afectivamente, ella es la que sobrelleva el embarazo o ella es la que suele tomar la terrible decisión de matar un inocente en su propio cuerpo.

El pudor, la castidad, la virginidad son más fáciles connaturales en ella que en el varón. Pero si al él lo hacían más viril, a la mujer la hacen más *hermosa*. Si el varón tanto aprecia esta cualidad, ¿no es la belleza lo más acorde a la mujer? Eso que tanto busca y se complace. Pero no la belleza mundana, la belleza seductora, sino un cierto encanto, un candor que se hace visible, se trasluce y es capaz de ser percibido por ojos igualmente puros.

En asuntos de castidad suele ser el varón el principal transgresor. Pero hay una culpabilidad muy propia de la mujer en la que suele fijarse muy poco: sus actitudes y su modo de vestir. El tema de la moda femenina merece algunas consideraciones aparte. Tres sentidos tiene la ropa en el ser humano: abrigarlo, cubrirlo y embellecerlo. Lo primero tiene que ver con su vida física, lo segundo con su vida moral y lo tercero con su vida estética. Con mucha frecuencia la mujer no se da cuenta (o no quiere darse cuenta) que con su modo de vestir provoca y causa muchas tentaciones en el varón. En general muchas modas modernas, más que cubrir insinúan el cuerpo de la mujer. Se puede vestir perfectamente a la moda, a la vez que con corrección y belleza. A la

mujer la tienta mucho, la traiciona esa necesidad casi instintiva de atraer al varón para ser mirada, buscada y deseada.

No está mal que la mujer busque atraer al varón, sobre todo si es un buen chico. Sólo que debe hacerlo con recursos honestos. En primer lugar presentándose arreglada. Eso le es muy natural y no está mal. Es más propio de la mujer que del varón la preocupación por su arreglo. Ya lo observaba el libro del Eclesiástico: “*La belleza de la mujer recrea la mirada*” (Si 24, 22); “*La gracia de la mujer recrea a su marido*” (Si 26, 13). Más importante aún es la manifestación de sus cualidades propiamente femeninas, como la dulzura, delicadeza, sensibilidad, mansedumbre, buen sentido. Escucha los consejos de dos Apóstoles: “*Que vuestro adorno no esté en el exterior, en peinados, joyas y modas, sino en lo oculto del corazón, en la incorruptibilidad de un alma dulce y serena*” (1 Pe 3, 3-4); “*Que las mujeres, vestidas decorosamente, se adornen con pudor y modestia, con buenas obras, como conviene a mujeres que hacen profesión de piedad*” (1 Tim 2, 9-10).

Dos atractivos tiene la mujer aun cuando no sea linda: la *sonrisa* y el *carácter*. He conocido mujeres bastante feitas pero con una gran simpatía y dulzura. Han encontrado quien las quiera y a quien hacer feliz. También he conocido chicas preciosas que, exigentes y vanidosas, se han quedado solteras o se han casado muy mal. Por algo está aquel refrán popular: “*La suerte de la fea la linda la desea*”. La personalidad de una mujer se refleja en dos cosas: las manos y el rostro. Sobre todo la mirada. ¿No basta ver los ojos de una mujer para captar su alma? Esa profunda observación psicológica estuvo indicada por la misma Escritura: “*Por la mirada se conoce al hombre*” (Si 19, 29); “*La lujuria de la mujer se ve en la osadía de sus ojos*” (Si 26, 9). El modo de vestirse de la mujer en tiempos de mayor pudor y sentido de la feminidad ha sido cubriendo el cuerpo y dejando ver las manos y el rostro.

Si ahora me pidieras un modelo de mujer, te nombraría a la *Santísima Virgen María*. Ella adornada de virtudes desde su Concepción Inmaculada, “*agradó a Dios*” (Lc 1, 30) su esposo. Sobre ella “*descendió*” el Espíritu Santo y el “*poder del Altísimo*” la “*cubrió con su sombra*” (Lc 1, 35). En su etapa de madre “*guardaba en su corazón*” los acontecimientos más importantes de su Hijo (Lc 2, 19, 51). Es la tierra virgen y fecunda del nuevo Paraíso. Amada de Dios, estaba llena de amor al Señor y a los hombres. Nos dio el “*fruto bendito de su vientre*” (Lc 1, 42), estuvo al pie de la cruz de su Hijo y luego junto a los primeros cristianos. Su amor sobrenatural no le atenuó su sensibilidad sino que la hizo más fina y delicada, como lo demostró visitando y ayudando a su prima Isabel y en las bodas de Caná. Ella fue novia, esposa y madre de una castidad virginal suprema. Es y será la gran mujer modelo de todas las novias, esposas y madres. Por algo es la mujer más cercana que tiene el hombre en este destierro.

17- Dos psicologías complementarias

¡Dios ha hecho tan iguales y tan diversos al varón y a la mujer! Esa igualdad es para que se busquen ya que, como decían los antiguos, *similis similem quaerit*, lo similar busca lo similar. Pero tan diversos en sus distintas psicologías que antes describíamos. Para que esa diversidad los enriquezca mutuamente deben observar dos cosas importantes.

En una estadística hecha entre matrimonios sobre la virtud más importante para la convivencia, una resultó unánimemente elegida: la comprensión. Tal actitud exige un conocimiento de las características más profundas del otro sexo y de esta persona en concreto. La mujer, sobre todo, sólo sabe vivir con quien la comprende. Ya hemos hablado de las diferencias psicológicas. Debemos agregar todos los valores personales de cada uno, las capacidades, debilidades o gustos. Comprensión que no consiste solamente en conocer al otro sino mucho más: aceptarlo, hacerse cargo de todo lo que el otro es. Eso es amor verdadero. Claro que esto es el

resultado no sólo de esos años tan importantes de preparación sino de toda una vida. De no darse en profundidad esta comprensión nacen tantos distanciamientos interiores que van resquebrajando el amor. ¡Cuántas personas no han podido cultivar grandes cualidades o se han anulado porque el otro no lo comprendió! Es elocuente el caso de Isabel Lesseur, casada con un importante militar y diplomático francés. El era ateo y ella había tenido una profunda y sincera conversión. Aunque difería tanto con su marido, se propone acompañarlo en su intensa vida social. Muy enferma y teniendo que soportar toda clase de burlas y hostigamientos de su mismo esposo, ella no cesa de comprenderlo y acompañarlo en las frívolas y fastidiosas recepciones. Muere muy joven y la primera sorpresa de su marido fueron los agradecimientos de tanta gente que recibió de su mujer consuelos y palabras confortantes. Pero el impacto definitivo ocurrió cuando leyó su diario: había sido una verdadera mártir escondida y él nada menos que el verdugo. Había vivido al lado de una gran mujer sin percatarse de ello. Se convierte y luego se hace sacerdote dominico. Isabel tiene la causa de beatificación introducida y su primer biógrafo fue su esposo. ¡Cuántas mujeres y hombres viven al lado de personas llenas de valores y no lo advierten! Parece extraño decirlo pero es necesario descubrir todos los días a quien tenemos al lado.

Lo segundo necesario es la complementariedad. Las reivindicaciones actuales de uno y otro sexo han opacado una riqueza más del noviazgo, del matrimonio y de toda la sociedad. La mujer no es un varón frustrado empeñada en una lucha por la igualdad, ni el varón un pretexto para ciertas libertades. Es absurdo entablar una competencia o *guerra de sexos*, como si fueran opuestos, como si se excluyeran mutuamente. Cada uno tiene sus características bien definidas y de afirmarse esa identidad nace esa posibilidad de complementarse. Ambos se requieren mutuamente, ambos forman un todo. Ambos plenifican en su orden un aspecto de lo humano. Si uno pone más la razón, el otro la sensibilidad; si uno la fuerza el otro la delicadeza; si uno lo universal, el otro lo particular, los detalles. El afecto y la vocación de la mujer se universaliza en contacto con el ideal del esposo; el varón gana en delicadeza concreta en contacto con la ternura femenina. Ninguna pasión humana impregna tanto la persona como el amor de los sexos. Pero es medio para una unión más alta, del espíritu que lo logra. El sexo espiritualizado por el verdadero amor logra ponerse al servicio y abrirse el uno al otro, ambos al bien de la humanidad e incluso a la plenitud de vida de Dios.

Justamente por ser distintos es que nunca se dará esa perfecta transparencia entre ambos. Serán, el uno para el otro, un *misterio*, un pequeño mundo siempre nuevo que me invita a asomarme cada día.

El camino de la vida, de la madurez y del crecimiento espiritual no es fácil. Qué tremendo (o imposible) resulta cuando se lo transita sólo. El viejo sabio pagano Aristóteles decía que la soledad es para los dioses o las bestias. Pero ¡qué distinto se hace todo cuando se encuentra un verdadero amigo, un compañero para toda la vida con quien se transita en unidad de ideales y el dulce alivio del amor hecho sentimiento y espíritu! Esto ha querido Dios para el matrimonio, realidad que ya se comienza a gustar en el noviazgo.

Concluyo este capítulo con este hermoso texto del Catecismo de la Iglesia Católica una síntesis de lo que debe ser el noviazgo. “*Los novios están llamados a vivir la castidad en la continencia. En esta prueba han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno y el otro de Dios. Reservarán para el tiempo del matrimonio las manifestaciones de ternura específicas del amor conyugal. Deben ayudarse mutuamente a crecer en la castidad*”.

Con lo cual ingresamos en el tercero y último tema.

CAPITULO TERCERO

EL NOVIAZGO SE ORDENA AL MATRIMONIO

1- ¿Noviazgo sin matrimonio?

“Novio es una palabra tremenda, una palabra medieval. El noviazgo tiene que ver con una idea bastante occidental y cristiana del amor que culmina en el matrimonio, la institución más ridícula de todas. Y está basado en tres mentiras enormes como la fidelidad, la monogamia y la honestidad, valores absolutamente en desuso”. He querido transcribir textualmente estas palabras porque no tienen desperdicio. Son de uno de los más famosos ídolos rockeros del momento. Aunque la afirmación es un desvarío mental, así piensan muchos hoy.

No es raro que los jóvenes inicien una relación de noviazgo no solamente muy temprano sino inclusive sin la menor intención de prepararse al matrimonio. ¿Qué sentido tiene entonces? Encontrar un compañero en la vida, pasar mejor algún momento o permitirse *libertades* que no cabrían en otro tipo de relación. *Amor libre*, en síntesis. Pero, ¿es esto amor, es esto libertad? Este tipo de personaje es bastante antiguo. Tanto que ha dado origen a un personaje en la literatura hispánica: se lo llamó *Don Juan*. Es el que enamora a muchas y en ese menester transcurre su vida. ¿Es el campeón del amor? No. Exactamente lo contrario. Es la típica persona incapaz de amar, es el impotente en el amor. Que sustituye la profundidad de que es capaz el amor verdadero por la multiplicidad, la cantidad. Su misma necesidad de cambiar de objetos, que no personas, es signo de su perpetua insatisfacción. Una vida miserable que terminará un día marchito y estéril de cuerpo y alma.

También los hay con una idea bastante particular de esta antigua institución humana. Ya sea pensando en una convivencia provisoria o sin hijos o sin fidelidad. ¿Es buena esta actitud?

El noviazgo sin relación al matrimonio no tiene sentido. Sería tan absurdo como un estudiante que no se quiera recibir, un deportista que no quiera competir y ganar o preparar una comida que no se quiera comer. Podrá haber amistad, compañerismo, trato con muchos, y todo esto es normal y necesario. Una verdadera sintonía amorosa de dos jóvenes que quede inconclusa es una verdadera frustración no un ideal. Pero, ¿por qué esta situación ocurre cada vez más? Pienso que es porque se desconoce la verdadera naturaleza del matrimonio. A causa de ver tantas calamidades y de recibir tantas ideas falsas sobre él, se termina temeroso y vacilante. Quizás sea por la profunda inmadurez de los jóvenes que gesta la cultura contemporánea, que justifica y legitima el egoísmo y el individualismo, despoja de valor el esfuerzo y la renuncia de sí.

¿Has tenido oportunidad de preparar un campamento, una fiesta, o un viaje? ¿O de esperar la llegada de un ser querido o una fecha importante? ¿No has visto como la expectativa transforma todos los momentos y da un nuevo sentido a todas las cosas? ¿Y cuando esto se comparte con otro? Esto y muchísimo más debe significar la llegada de ese momento tan deseado de la unión matrimonial. ¿Qué novios no se han ilusionado con la llegada de ese día? Esto supone que comprendas bien lo que significa esa decisión irrevocable nacida de un amor auténtico: casarse.

Pero hay otras consecuencias de esta nueva modalidad de actitud humana que se hará más patente con el tiempo. ¿Qué será de la ancianidad de esos jóvenes que no quisieron ser generosos con la vida? Cuando llega la vejez se vive de la desdencencia. ¿No has visto que los abuelos parecen querer y vivir más de los nietos que de los hijos? ¿No te han impresionado esos casos en que los ancianos se extinguen solitarios en un asilo sin familiares que los acompañen en los últimos años de su vida? En el 2003 por una ola de calor murieron en Francia 15 mil ancianos por falta de cuidados. Muchos de ellos no fueron reclamados por nadie. Es la etapa de la vida en que se percibe más claramente lo que se ha sembrado. Esto nos trae a la memoria los inmortales consejos de Martín Fierro a sus hijos:

La cigüeña cuando es vieja

pierde la vista, y procuran
cuidarla en su edad madura
todas sus hijas pequeñas:
apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.

2- Lo que significa casarse

Esta palabra ha despertado en todos los tiempos los más grandes entusiasmos y expectativas de felicidad. Lamentablemente ahora, para muchos, se está convirtiendo en algo despectivo, peyorativo. Algo así como la pérdida de la libertad y el comienzo de problemas. Algo temible ¿Será así? Para entender esta vieja institución tan humana deben comprenderse bien dos cosas: el amor del varón y la mujer y la naturaleza humana.

El amor, porque cuando se lo encuentra realmente, o mejor, cuando se encuentra la persona amada, ¿no nace necesariamente el deseo de que esa presencia perdure? Eso significa que es de la esencia del amor el querer perpetuarse. Querer para siempre la existencia de la persona amada. Nadie diría honestamente: “Te quiero los fines de semana”, “Te quiero hasta fin de año”. ¿No nace también el anhelo de exclusividad? Ese amor tan particular, esa entrega, exige que sea sólo para una persona. Porque todo el ser, que se entrega en esta relación, no se puede dar simultánea ni sucesivamente a varios. Toda aquella bondad y belleza del sexo, entendido no sólo como genitalidad sino en su sentido más amplio de afectos y sentimientos, alcanzan aquí todo su esplendor, todas sus posibilidades. Sólo el amor matrimonial es capaz de satisfacer el instinto sin degradarlo, al contrario, dándole una sublimidad que de por sí no podía alcanzar.

Comprender al hombre, porque nos es connatural la necesidad de amar y ser amados de una manera concreta e inmediata. Además, si el amor significa la comprensión, el apoyo, ayuda del otro, ¿no necesita el ser humano esta seguridad para toda la vida? Cuando se es pequeño y cuando se es anciano de una manera muy especial, pero en realidad en todos los momentos de la vida. Esa es la mutua fidelidad para siempre. Es la indisolubilidad matrimonial puesta por Dios en esa relación de amor mutuo reforzándola de una manera muy especial, pues, “*Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre*” (Mt 19, 6). No es la cadena que quita la libertad sino la firmeza, la garantía de esa presencia que todos necesitamos. ¿Conoces la fórmula del consentimiento matrimonial? Es este: “*NN, ¿prometes ser fiel a NN en la prosperidad y en la adversidad, en la salud como en la enfermedad, amándola (o) y respetándola (o) durante toda tu vida?*” Visto de ambas partes es algo hermoso. Tienes alguien por quién dar lo mejor de tu vida a la vez que tienen a alguien que estará contigo aún en la enfermedad y en la adversidad. ¿No es consoladora esta garantía de quién sé que me ama? ¿No es para entusiasmarse esta ofrenda por un ser querido? ¿Qué natural resulta esa unión de los que se aman! No es una imposición desde fuera sino una exigencia intrínseca. Por otro lado, cuando faltan esas dos presencias o no viven en armonía, ¿cuánto sufren los hijos! Ese vínculo que nacerá entre los padres y los hijos no es una cuestión jurídica, legal. Es naturaleza pura. ¿Has visto cómo se aferran los niños a sus padres, cómo los necesitan, cómo viven de ellos? ¿Y los padres de los hijos? ¿Crees que esto será sólo por un tiempo? Se es padre, madre, hijo o hija hasta la muerte. Esto también “*Dios lo ha unido*”. ¿Crees que se puede separar tan fácilmente? ¿No son sabias entonces las leyes que Dios ha puesto a la familia? Para esa clase de amor, para esa fidelidad debes prepararte. Ese ya no es el amor fácil del tiempo del noviazgo, donde se compartían unos pocos momentos agradables y nada o casi nada de responsabilidades. Ahora se prueba el amor y ahora crece y se forja el verdadero amor. Compartir todos los días tiene sus exigencias. ¿Hasta dónde piensas que puede llegar esa concepción del amor como un simple placer o que no piensa más que en sentirse bien? ¿Comprendes la razón de

tantas separaciones tempranas? Hoy se tiene poca capacidad para los compromisos permanentes, los sacrificios y las renunciaciones. Es un signo de inmadurez de la sociedad y no debes contagiarte.

Una antigua copla española expresa con humor ese amor superficial y precario:

El domingo la vi en Misa
y el lunes le mandé un recado;
el martes me casé con ella
y el miércoles le pegué un palo;
el jueves se metió en la cama
y el viernes la sacramentaron;
el sábado se murió
y el domingo la enterraron;
y en una semana fui
soltero, viudo y casado.

Debes prepararte para el amor grande, para el amor sacrificado, para el amor constante. Allí encontrarás la verdadera felicidad y harás feliz a otros. La vida compartida, la realización de los ideales, las etapas de los hijos y tantas otras cosas son novedades que en el noviazgo sólo se percibían desde lejos. Es la diferencia que va del entrenamiento de un andinista para una cumbre y la conquista de ella con toda la belleza del paisaje que te ofrece el camino.

Por otra parte los hijos son la culminación de ese amor mutuo. Como una síntesis de su padre y de su madre. ¿No suelen buscar en ellos su parecido? Ellos son una de las alegrías más grandes de una pareja. Las etapas de su vida son un paisaje inédito cada día: el primer embarazo, el nacimiento, aquella primera sonrisa, sus primeras palabras y pasos, ... la escuela, el noviazgo, su matrimonio,... ¡Cuántas páginas habría que dedicarle ahora a lo que significa la paternidad y la maternidad! ¿No valen la pena todos los esfuerzos, las renunciaciones, los sacrificios, las esperas para prepararse a recibir este don milagroso que es un hijo? Transcribiré algunas de las estrofas de una bellísima poesía a la madre del extraordinario escritor español José María Gabriel y Galán:

Mi madre me dio la vida;
Mi madre arrulló mis sueños
Cuando en mi infancia querida
Soñaba el alma dormida
Con horizontes risueños
 Alzóme su amor altares,
 Sembró mi vida de flores
 Y un templo fueron mis lares
 Al rumor de sus cantares
 Y al calor de sus amores.
¡Cómo poderlo olvidar
Si ella me enseñó a marchar
Por la senda del deber,
Y ella me enseñó a rezar,
Y ella me enseñó a creer!
 ¡Qué dulzura tan ardiente
 Me daba su labio amante,
 Cuando besaba mi frente

Con ese amor delirante
Que sólo una madre siente!
Ella me supo infundir
Esa santa fe cristiana
Que me ha ayudado a vivir,
Y ha de ser quizá mañana
La que me enseñe a morir.
Sus labios me la enseñaron
Y en mi mente la infundieron,
Sus virtudes la cantaron,
Sus ejemplos me la dieron,
Sus besos me la grabaron.

3- Gran “misterio” el matrimonio

Es una idea bastante generalizada que el llamado *casamiento por la Iglesia* es una simple *bendición* que se agrega a los casados. Como se podría bendecir un automóvil o una casa que ya están en uso. En verdad que se trata de mucho más que eso, muchísimo.

En realidad, el simple matrimonio civil entre bautizados, y por lo tanto hijos de Dios, es un simple trámite burocrático, un simple papel de control por parte del Estado. Nada más. No producen ningún vínculo, ninguna unión matrimonial ni garantizan ayuda alguna. Tanto es así que siglos atrás ni existía tal trámite para nuestros matrimonios. El *casamiento por la Iglesia* es otra cosa, mucho más que una bendición que puede faltar o no. Para dos hijos de Dios se trata de la única verdadera unión matrimonial. Recién después de darse mutuamente el consentimiento se podrá decir: “*Ya no son dos sino una sola carne*” y “*lo que Dios ha unido no lo separe el hombre*” (Mt 19, 6). ¿Comprendes todo lo que significa? Es Dios mismo quien une dos vidas, dos amores. Y esa unión que nace allí lleva consigo una presencia muy especial de Cristo en ese hogar, en esa familia. San Pablo tiene una expresión muy elocuente para significarla: unirse “*en el Señor*” (1 Cor 7, 39). Esto no es poesía, es realidad. Cristo acompaña desde entonces a ese matrimonio con todas las gracias necesarias para su vida de esposos y de padres. Es esta una promesa Divina que no falla como suelen fallar tantas promesas humanas. Esto es lo que se llama un *sacramento*, es decir un don de Cristo que hace sagrada esa realidad tan humana. Si pueden abrigar dudas sobre la mutua fidelidad o el cumplimiento de tantas promesas, de esta no. Cristo no les fallará con su gracia cuando lo necesites: en los momentos de dolor, duda, incertidumbre o alegría. “*Sacramento o misterio grande*” (Ef 5, 32) lo llama San Pablo. El matrimonio cristiano es una puerta por donde se ingresa en el corazón abierto de Cristo. Si al darse el consentimiento se han prometido mutua fidelidad, hay otra fidelidad que está presente en el mismo rito, en el mismo momento: la de los dos con Cristo y la de Cristo con ambos. La misma fórmula podría aplicarse a esta otra alianza, a esta otra promesa. Los anillos que el sacerdote bendecirá serán el signo visible para ambos de esas fidelidades.

Es necesario agregar más. Ya ves que no se trata de un rito externo y vacío, puramente convencional. La familia cristiana, que se alimenta constantemente de este sacramento, es toda una manera distinta de vivir el matrimonio. Es darle otra dimensión. Ya no se vive simplemente para ser feliz en la tierra y darle un futuro a los hijos. Se vive ahora cada momento de cara a la eternidad. El amor humano cobra entonces otro vuelo, otra dimensión. El vivir sólo para este mundo o esperar el cielo cambian fundamentalmente todas las cosas. Un hijo que se espera u otro que se ha perdido; el deseo de cambiar o la educación de los hijos; el uso del tiempo y de las cosas materiales. Así se entiende ese pedido a Dios que hizo una madre: quisiera ver muertos a mis hijos

antes que vivan en pecado mortal. O aquella otra que al tener su decimosegundo hijo le pidió que fueran como los 12 Apóstoles. O tantas otras que le piden el día del matrimonio que les de algún hijo sacerdote o hija religiosa. Muchos he visto que el día que se casan consagran su familia a la Santísima Virgen.

Es toda una manera de vivir lo que nace con ese sencillo rito que realiza la Iglesia. Una riqueza, un capital de gracias, una presencia que les hará vivir cada día en serenidad, paz y alegría. Cristo es una presencia viva, que estará en vuestro hogar como estuvo en esa frágil nave de los Apóstoles. En los momentos de zozobra y temor calmará la tormenta con su sola palabra (Mt 8, 23-27). Hará fecundo vuestros trabajos como lo hizo en aquella pesca milagrosa luego de haberlo intentado en vano toda la noche (Lc 5, 5-7). Los espera glorificado con un banquete en la tierra firme de la eternidad como a los Apóstoles aquella aurora de Pascua (Jn 21, 4-8). A vosotros sólo os debe preocupar serle fieles. En una imagen del Sagrado Corazón había esta inscripción: “*Ocúpate de mí y de mis cosas que yo me ocuparé de ti y de las tuyas*”. No conozco mejor fórmula de esa mutua fidelidad.

4- Hay otras cosas también necesarias.

Un viejo refrán español decía: “*Contigo, pan y cebolla*”. Esto puede decirlo un enamorado con muy poca experiencia de la vida. La realidad humana supone muchas otras cosas más que el *pan* y la *cebolla*. Bajando un poco a la tierra, no basta el amor, por grande que sea, para fundar una familia. Es necesario pensar en otras cosas necesarias a la vida. Hay que pensar en dónde vivirán porque la independencia y la intimidad de la familia es fundamental. “*El casado, casa quiere*”, dice la sabiduría popular. ¡Cuanto tienen que penar muchas jóvenes parejas que tienen que vivir en la casa de los suegros, o en un departamentito al fondo de los padres, o consumiendo su sueldo en un alquiler! Sin intimidad ni libertad se lesiona la convivencia. También hay que pensar en los medios de subsistencia. A veces la urgencia de casarse hace que quede sin terminar una carrera que luego se les hará más difícil concluir. He conocido jóvenes que han necesitado 8 o 10 años para terminar una carrera de dos o tres. Tal vez les convenga esperar a tener un trabajo seguro que les de tranquilidad...

Aunque se trate de cosas materiales, un mínimo de ellas les asegurará una vida tranquila y la libertad para disfrutar los bienes del matrimonio. Entonces cuando lleguen los hijos no vivirán en esa zozobra que afectara a toda la familia. ¿No has visto que los pájaros no ponen sus huevos hasta haber concluido perfectamente sus nidos? ¿No hacen lo mismo los homeros? ¡Cuántas cosas nos enseña la naturaleza! No obstante las previsiones, tendrán todos los días muchísimas preocupaciones pequeñas, medianas o grandes, con las que podrán ejercitar la confianza en la *Providencia Divina* como tanto nos recomendó Cristo. Esa será la última y más firme seguridad.

5- Sexualidad responsable

La vida matrimonial, en lo que a las relaciones sexuales se refiere, debe estar regulada no por el simple placer sino por otras normas más altas y humanas. Gran parte de estas normas de vida matrimonial son dictadas por el mismo sentido moral. En esto la Iglesia siempre ha afirmado estas enseñanzas, las ha profundizado y las ha fundamentado de una manera única. Todo ello expresión de la doctrina que el mismo Cristo nos ha transmitido cuando restauró definitivamente el matrimonio. Hay un principio fundamental expuesto en varias encíclicas (*Casti connubii*, *Humanae vitae*, *Familiaris consortio*): *Todo acto matrimonial debe quedar abierto a la transmisión de la vida*. Si se ha entendido el sentido del matrimonio, del amor y la sexualidad en la vida del hombre, este principio tan fundamental para los casados será comprensible.

Es decir, no se debe separar el sentido unitivo y procreador que Dios ha puesto en ese acto.

Por ello “*queda excluida toda acción que, en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga como fin o como medio hacer imposible la procreación*” (Pablo VI). Esta es la razón natural por la que es contrario a la naturaleza del acto matrimonial los hoy llamados *métodos anticonceptivos*. No es una ocurrencia de los sacerdotes o de un Papa. Es algo que debe ser entendido incluso por un no creyente pues pertenece a la moral natural. La enseñanza del Evangelio sólo ha venido a reforzarla y darle más luz y sentido. Este principio no impide que se haga uso del matrimonio en los períodos infecundos. Esto es justamente lo que descubrió el matrimonio Billings: un modo fácil de descubrir esos períodos de infertilidad en la mujer. Aunque hay muchos que lo ignoran, médicos inclusive, y por ello lo consideran inseguro, bien usado posee una certeza de casi el 100 %. Es un modo no sólo conforme a la moral matrimonial, al bien de los cónyuges, sino el más sano y el más barato. Tal vez por estas últimas razones es que uno de los países que más lo está estudiando y aplicando es China.

Este método supone un previo aprendizaje que debe realizarse antes del matrimonio. Para ello debe la mujer dirigirse a algún centro especializado o instructora debidamente autorizada. Pero sobre todo ambos deben crecer en la virtud y estar espiritualmente preparados para que este ritmo que les impone la naturaleza sea un medio más que los haga crecer juntos en la unidad mutua y en la unión a Cristo. Siempre deben recordar este gran principio: todas la leyes que Dios en su Providencia ha puesto en la naturaleza del matrimonio están sabiamente dispuestas para bien de la familia. A nosotros nos queda comprenderlas, aceptarlas y abrazarlas.

6- El matrimonio no es un escape sino una meta

Hay algunos que ven el casamiento como un escape desesperado de situaciones difíciles. Ya hemos visto el caso de la chica que queda embarazada. Otros lo hacen para huir de los problemas de la casa. No niego que haya situaciones dramáticas pero ellas deben resolverse de otro modo. Un caso muy particular se presenta con aquellos que, por haber padecido rupturas familiares u otros problemas, están muy necesitados de afecto y comprensión. Con frecuencia estos son muy vulnerables en sus sentimientos y se apresuran a entregar su vida en quien encuentran un refugio afectivo. También hay quienes tienen verdadero pánico a la soltería, especialmente entre las mujeres. A medida que pasan los años se van poniendo menos exigentes en la elección y pueden terminar, agotados los plazos, con una decisión muy condicionada. No deben olvidar que siempre es mejor una soltería bien llevada que un mal matrimonio.

He conocido también casos donde una de las partes continúa con una relación y llega al casamiento ¡por lastima!. “Cada vez que le proponía terminar, era un mar de lágrimas”, contaba un joven de estos. Así se puede llegar a postergar años una decisión que interesa a los dos. Ambos pierden un tiempo precioso y, si llegan al matrimonio, de más está decir que allí se acabo la lástima.

En todos estos casos hay una situación que puede apresurar o condicionar una decisión que hay que madurarla con otros criterios. El matrimonio no es un escape sino una meta. No debe pesar tanto lo que dejo sino lo que busco. Eso no quita que me resuelva, *por añadidura*, muchos otros problemas, que me haga encontrar algo que antes no tenía. No hay que olvidar tampoco que Dios está por encima de los hombres y tiene su plan para cada uno y para cada una de nuestras pruebas o situaciones sin salida. ¡Hace tantos milagros la Providencia! ¡He visto en mi vida tantas salidas inesperadas! Recuerdo a aquella joven tan poco dotada que yo me preguntaba, sin quererlo, ¿con quién se va a casar esta pobre chica? Pasó el tiempo y me la encuentro un día con varios hijos y muy feliz. Se había casado... con un ciego.

7- Hay también otros caminos

Tal vez te extrañes de este último punto del capítulo. Pero no es raro que algunos jóvenes, luego de un tiempo de noviazgo descubran otra cosa, en cierto sentido, inesperada: que no están hechos para el matrimonio, que no los ha llenado esa relación. Han llevado un hermoso noviazgo, sano, limpio, lleno de ideales, pero ahora ven que están llamados para *algo más*. Están convencidos que la vida es algo grande, que Dios nos necesita y que el matrimonio con ser algo sagrado, no colma sus anhelos. Esa chica o ese chico eran una ilusión.... antes, cuando lo veían de lejos. Pero esta nueva experiencia ha demostrado que no era ese su camino. Esperaba más... Incluso esa carrera comenzada con tantas expectativas también me ha desilusionado.

Te habrás dado cuenta que me estoy refiriendo a la *vocación*, sea sacerdotal o religiosa. Dios permite muchas veces que un buen grupo de amigos o un buen noviazgo terminen de madurar afectivamente un joven para que adquieran mayor certeza, más luz de que les está pidiendo otra cosa.

No es que vea la familia y el hogar como algo malo. Simplemente se trata de dejar algo bueno, porque Dios lo inspira, por algo mejor. Aquello no es para mí. No es tampoco una evasión ni el resultado de una decepción amorosa. Es una búsqueda positiva de un ideal distinto que se expresa en una palabra: *consagración*. Es decir todo, para siempre, para Dios.

El tema exige más consejos y precisiones que no es el lugar de tratarlos. Debes tratarlo personalmente con un buen sacerdote que te sabrá aconsejar.

CAPITULO CUARTO NO ESTÁN SOLOS

Hay un antiguo proverbio Ruso que dice: “*Debes rezar una vez antes de ir a la guerra, dos veces antes de embarcarte hacia alta mar y tres veces antes de casarte*”. Ya casi al final de esta exposición es posible que tengas la impresión que todo lo dicho y propuesto es muy lindo, muy elevado, pero demasiado *ideal*, irrealizable teniendo en cuenta lo que somos y lo que es el mundo que nos rodea. No es un error pensar así. Por supuesto que ustedes dos solos no podrán sino sólo ilusionarse con alcanzar esta meta. Pero me faltaba en cierto sentido lo más importante. Me faltaba explicarles que tanto el noviazgo como el matrimonio es entre tres. El tercero es Jesucristo. Me recuerdo una hermosa estampa que llegó a mis manos. Está el timonel de un barco en su puesto en medio de bravísimas olas con un rostro de gran seguridad: detrás suyo se ve a Jesucristo tomando el timón. Así veo a veces la vida de los casados. Por momentos el mar está calmo y por momentos se embravece. Pero siempre está Cristo dando confianza y seguridad. Cristo los conoce hasta en los pensamientos más íntimos. Conoce las cualidades y las debilidades, los más secretos pensamientos y anhelos, mi pasado y mi futuro. Quiere ayudarlos y que se dejen ayudar. Para ustedes también, como para María hermana de Lázaro, es ese mensaje tan conmovedor: “*El Señor está aquí y te llama*” (Jn 11, 28). Cuando una pareja ha captado el lugar que tiene Cristo en cada etapa de la maduración de su amor, lo ha encontrado todo. El no solamente nos ha dejado hermosas enseñanzas sino que nos ha dado su heroico ejemplo.

El Señor los llama pero ustedes también deben buscarlo. Es cierto que ya no lo verán como en su vida mortal. Ahora se presenta de mil modos sin hacerse visible. Te dejaré estos siete consejos para que lo encuentres.

El primero es tener las ideas claras sobre las grandes realidades que vas a vivir: el amor, la castidad, la paternidad y la maternidad, la fidelidad, la confianza en Dios, las renunciaciones, etc. Es el primer don que trajo Cristo al mundo: la luz. Por eso él mismo dijo que vino al mundo como “*Maestro*” (Jn 13, 13), y maestro de las más grandes y más necesarias verdades. En mi larga

exposición he tratado de transmitirte.

El segundo es sobre la importancia de la amistad. Amistad entre ustedes, ya lo hemos visto, pero también amistad con otros jóvenes o con otras parejas que tengan los mismos ideales. Hay que formar *microclimas*. Un buen ambiente hace muchísimo más fácil la vida sana, recta y virtuosa. Incluso ayudarán, sin advertirlo, a tantos otros que se apoyarán en el ejemplo de ustedes. Un mal ambiente hace imposible la práctica del bien. Cuando empiezan las bromas, las burlas, las malas propuestas y los malos ejemplos, ¿quién es capaz de ir contra la corriente?

El tercero es buscar un sacerdote de confianza que pueda ser un consejero de ambos a la vez que confesor. Es lo que se suele llamar *director espiritual*. Les mostrará los ideales, les aclarará problemas que para ustedes son complejos, los ayudará en las decisiones, los animará en las caídas.

El cuarto es que alimenten el alma con buenas lecturas. El alma como el cuerpo necesita su nutrición. Hoy los medios audiovisuales han hecho perder mucho el hábito de la lectura. Los gruesos errores y el espíritu superficial y mundano que difunden los medios masivos de comunicación nos atrofian el paladar para el alimento sólido. Hay que habituar el alma al alimento sustancioso de las grandes obras como se educa el paladar para el buen vino. Es un pequeño esfuerzo que luego les compensará muchísimo. ¡Las riquezas que se pierde quien no se habitúa a leer buenas obras! ¿Cómo podremos tener un alma sana y capaz de un alto vuelo si está debilitada o tiene un horizonte demasiado pequeño? Luego, en tu hogar, la biblioteca con buenos libros debe ser un elemento fundamental para el crecimiento de toda la familia.

El quinto es que se aparten de todas las ocasiones de pecado, de todo aquello que saben que no les hace bien: diversiones, lugares, compañías, ambientes, circunstancias, etc.

El sexto es que no dejen de tener, juntos o individualmente algunos momentos de trato amistoso con el Señor. Me refiero a la oración diaria de la mañana y la noche. A la Misa en el “*Día del Señor*” (Ap 1, 10). A la profunda y tierna devoción a la Santísima Virgen, que también estuvo de *novia* como ustedes, y formó la más extraordinaria familia que ha conocido la historia. Es una hermosa costumbre *consagrar* a ella la pareja para que sea desde ya su madre educadora así como rezar el *Rosario*. Pueden decirle muchas veces esta estrofa de un himno en su honor:

María, pureza en vuelo,
Virgen de vírgenes, danos
la gracia de ser humanos,
sin olvidarnos del cielo.

El séptimo y más importante es que vivan cerca de Cristo, en intimidad con Cristo. Esta cercanía a Cristo se da ante todo por la fe, por una fe lúcida, formada y viva. Que ilumine toda tu vida con sus enseñanzas, con su luz, con sus ejemplos. Más aún, significa vivir en *gracia de Dios*, sin pecado mortal ni venial que me separe de aquel que es la “*f fuente de agua viva*” (Za 14, 8), el “*pan vivo bajado del cielo*” (Jn 6, 51). Porque la fe queda muerta, raquítica y sin fuerzas cuando no estás en gracia. Esa gracia que viene de Cristo y que la debes buscar en los sacramentos. Especialmente en los del *perdón* y de la *Eucaristía*. Allí los espera el mismo Jesucristo en persona, el “*Pan vivo bajado del cielo*”.

Compartir todo esto es unirse cada vez más y “*edificar la casa sobre roca*” (Mt 7, 24).

CAPITULO QUINTO

CONCLUSION

Todo lo que he querido decirte tal vez no esté muy de moda. Pero eso no te debe importar. Es lo que corresponde a la naturaleza del hombre, de la mujer y del amor, y por lo tanto lo único que *funcionará* porque así ha hecho Dios las cosas. Es lo que ha enseñado Jesucristo y la Iglesia lo va transmitiendo generación tras generación. Es lo que ha hecho y hace feliz a tantos matrimonios. Espero que a ustedes también. Ni lo duden, y algún día no lejano lo agradecerán.

Es tan misteriosamente grande e importante el matrimonio que el mismo Jesús hizo el primer milagro en una boda (Jn 2,1-11) y San Pablo compara la unión de la Iglesia con Cristo a la unión matrimonial (Ef 5, 1-33). El ingreso en la eternidad se la explica con la participación en una fiesta de bodas (Ap 19,7). En el desolado mundo de la condenación eterna se dice que ya “*no se oirá la voz del novio ni de la novia*” (Ap 18, 23). ¿Te das cuenta de lo grande y hermoso que es un noviazgo bien vivido y un hogar según la ley de Dios? Encierra riquezas mucho más grandes que las que imaginas.

Termino con una carta que expresa todo lo que te he dicho. Es de Bartolomé Blanco Márquez, un joven español de veintiún años, un joven como ustedes. Era un brillante dirigente sindical católico y fue muerto por odio a la fe el 2 de octubre de 1936. Al escuchar la sentencia dijo que no tenía nada que alegar, pues de conservar la vida seguiría la misma conducta de católico militante. Sale con los pies descalzos para parecerse a Cristo, besa la esposas y no acepta recibir la descarga de espaldas: “*Quien muere por Cristo debe hacerlo de frente y con el pecho descubierto*”, dice. Al grito de “*Viva Cristo Rey*”, cae. Esta carta que transcribo se la escribió a su novia el día antes del fusilamiento.

“Prisión provincial de Jaén. 1 de octubre de 1936.

Maruja del alma:

Tu recuerdo me acompañará a la tumba: mientras haya un latido en mi corazón, éste palpará en cariño para ti. Dios ha querido sublimar estos afectos terrenales ennobleciéndolos cuando nos amamos en Él. Por eso, aunque en mis últimos días Dios es mi lumbrera y anhelo, no impide para que el recuerdo de la persona que más quiero me acompañe hasta la hora de la muerte. Estoy asistido por muchos sacerdotes que, como bálsamo benéfico, van derramando los tesoros de la gracia dentro de mi alma fortificándola. Miro la muerte de cara y, en verdad te digo, que no me asusta ni le temo. Mi sentencia en el tribunal de los hombres será mi mayor defensa ante el tribunal de Dios. Ellos, al querer denigrarme me han ennoblecido, al querer sentenciarme me han absuelto, al intentar perderme me han salvado. ¿Me entiendes? Claro está, puesto que al matarme me dan la verdadera vida y al condenarme por defender siempre los altos ideales de la religión, patria y familia, me abren de par en par las puertas de los cielos.

Cuando me quedan pocas horas para el definitivo reposo, sólo quiero pedirte una cosa: que en recuerdo del amor que nos tuvimos, y que en este momento se acrecienta, atiendas como objetivo principal a la salvación de tu alma, porque de esa manera conseguiremos reunirnos en el cielo para toda la eternidad, donde nadie nos separará. ¡Hasta entonces, pues, Maruja de mi alma! No olvides que desde el cielo te miro y procura ser modelo de mujeres cristianas, pues al final de la partida de nada sirven los goce y bienes terrenales si no acertamos a salvar el alma. Un pensamiento de reconocimiento para toda la familia y para ti todo mi amor sublimado en las horas de la muerte. No me olvides Maruja mía y que mi recuerdo te sirva para tener presente que existe otra vida mejor y que el conseguirlo debe ser la máxima aspiración. Se fuerte y rehace tu vida. Eres buena y joven, y tendrás la ayuda de Dios que yo imploraré desde su Reino.

Hasta la eternidad donde continuaremos amándonos por los siglos de los siglos.”

Bartolomé

INDICE

INTRODUCCIÓN

CAPITULO PRIMERO: EL NOVIAZGO ES UNA AMISTAD

- 1- ¿Qué es un amigo?
- 2- La importancia de conocerse
- 3- ¿Lleva mucho tiempo conocerse?
- 4- Hay que conocer y compartir otras cosas...
- 5- Enamorarse...
- 6- Del enamoramiento al amor
- 7- Las dimensiones del amor
- 8- “Me enamoré de un separado...”
- 9- El amor no es posesión
- 10 - ¿Son malos los celos?
- 11- El amor no es sexomanía
- 12- Tienes que hacer a tu esposo, tienes que hacer a tu esposa
- 13- Crecer juntos
- 14- La edad del amor
- 15- El lugar donde madura el amor
- 14- Cuando nace la verdadera amistad

CAPITULO SEGUNDO: EL NOVIAZGO ES DE UN VARON CON UNA MUJER

- 1- Al final, ¿cuántos sexos hay?
- 2- ¿Es malo el sexo?
- 3- Aquella vieja historia de Adán y Eva
- 4- ¿Cómo se reconstruye el hombre?
- 5- ¿Es bueno el pudor?
- 6- ¿Tiene aún sentido la virginidad?
- 7- Lo que está permitido y no en el noviazgo
- 8- La *prueba de amor* o el *chantaje amoroso*
- 9- Cómo se cazan los cóndores
- 10- El drama de las diversiones
- 11- ¿Educación sexual?
- 12- El *accidente* de un embarazo inesperado
- 13- Los desórdenes de la sexualidad en la vida del hombre
- 14- La sexualidad en el matrimonio
- 15- ¿Qué es ser varón?
- 16- ¿Qué es ser mujer?
- 17- Dos psicologías complementarias

CAPITULO TERCERO: EL NOVIAZGO SE ORDENA AL MATRIMONIO

- 1- ¿Noviazgo sin matrimonio?
- 2- Lo que significa casarse
- 3- Gran *Misterio* el matrimonio

- 4- Hay otras cosas también necesarias
- 5- Sexualidad responsable
- 6- El matrimonio no es un escape sino una meta
- 7- Hay también otros caminos

CAPITULO CUARTO: NO ESTAN SOLOS

CAPITULO QUINTO: CONCLUSION